

INTRODUCCIÓN

La violencia es un fenómeno global que afecta a millones de personas en todo el mundo, impactando no solo a las parejas involucradas, sino también a sus hijos e hijas. Según datos de la Organización Mundial de la Salud (OMS), aproximadamente una de cada tres mujeres ha experimentado violencia física o sexual por parte de su pareja en algún momento de su vida. Esta problemática trasciende fronteras culturales, sociales y económicas, convirtiéndose en un tema de gran relevancia y preocupación a nivel internacional. Este fenómeno, aunque puede afectar a cualquier estrato socioeconómico, tiende a ser subestimado u ocultado debido a la vergüenza, el miedo a las represalias, la falta de apoyo o recursos, y en ocasiones, la normalización cultural de la violencia en las relaciones de pareja.

La percepción de violencia entre los padres durante la infancia de un individuo puede tener efectos duraderos y profundos en su desarrollo psicológico y emocional. Diversos estudios han sugerido una relación directa entre la exposición a la violencia en la niñez y la replicación de esta violencia por parte de los hijos e hijas cuando alcanzan la juventud o la adultez joven. Los estilos de amor que practicamos a lo largo de nuestras vidas se aprenden principalmente a través de las experiencias significativas que presenciamos y vivimos, siendo una de las más influyentes la percepción de los estilos de amor practicados por nuestros padres. La dinámica familiar, particularmente el modelo de relación entre los padres, ejerce una gran influencia en la forma en que percibimos y entendemos el amor. Las interacciones observadas entre los padres, su nivel de afecto, compromiso, respeto o la presencia de conflictos, violencia o abuso, moldean nuestra comprensión sobre cómo deben ser las relaciones amorosas.

Asimismo, la percepción de violencia entre los padres en la infancia puede moldear los estilos de amor predominantes en los hijos e hijas cuando alcanzan la edad adulta. La exposición a entornos violentos puede influir en la formación de modelos de amor basados en la agresión, el control o la desconfianza, afectando la manera en que estos individuos experimentan y expresan sus sentimientos en sus relaciones afectivas. Los hijos que percibieron problemas entre sus padres desarrollan una sensibilidad especial hacia la percepción de dichos problemas en etapas posteriores de su vida. Aquellos que han sido testigos de disputas conyugales en su niñez o adolescencia llevan

consigo un prisma particular hacia las relaciones afectivas. Esta lente, teñida por los desencuentros parentales, tiende a proyectar sombras donde otros ven luz. La percepción, moldeada por la vivencia de conflictos, actúa como un filtro que tiñe las relaciones propias.

La relación entre la percepción de violencia entre los padres en la infancia y la presencia de infidelidad en las relaciones afectivas de los hijos e hijas ha sido objeto de interés en la investigación. Experiencias tempranas de violencia podrían contribuir al desarrollo de patrones de comportamiento que propician la infidelidad como una forma de escape o búsqueda de relaciones alternativas. En el contexto de la violencia motivada por la infidelidad, algunos hijos, particularmente los varones, tienden a identificarse con el progenitor infiel y violento, asociando estos comportamientos con roles dominantes y exitosos. Esta identificación puede estar arraigada en una percepción evolutiva de la reproducción exitosa: aquellos que han mostrado una mayor capacidad para tener múltiples parejas sexuales podrían ser vistos, desde una perspectiva evolutiva, como más exitosos en la propagación de los genes.

La importancia de estudiar este tema radica en la necesidad imperante de prevenir la perpetuación del ciclo de violencia. Comprender cómo la percepción de violencia entre los padres en la infancia afecta a los hijos e hijas en sus relaciones y comportamientos futuros es fundamental para desarrollar estrategias de prevención y tratamiento que rompan este ciclo, promoviendo relaciones saludables y libres de violencia en las generaciones venideras.

CAPITULO I. PLANTEAMIENTO Y JUSTIFICACIÓN DEL PROBLEMA

1.1 Planteamiento del Problema.

El presente trabajo investigativo se centra en comprender el perfil psicológico de aquellos jóvenes-adultos que en su infancia percibieron violencia entre sus padres. Uno de los aspectos clave que se busca indagar es la replicación de la violencia por parte de los hijos en sus relaciones afectivas en etapas posteriores, entendiendo cómo la exposición a este tipo de violencia durante la infancia puede influir en la internalización de patrones agresivos o conflictivos en sus interacciones de pareja. Asimismo, se pretende informar en el impacto que esta experiencia traumática podría tener en el establecimiento de relaciones afectivas, específicamente en la presencia o grado de infidelidad en las mismas, la valoración de ciertos hechos comunes en la relación de pareja, el estilo de amor predominante, etc. Según diferentes estudios, la percepción de la violencia de género durante la infancia puede incidir en ciertos patrones de comportamiento de los hijos, como la socialización el autoconcepto y la forma de relacionarse con los demás, particularmente en la conformación de la pareja y el trato con los hijos (Carracedo, 2015).

Como se mencionó en el anterior párrafo, el presente estudio tiene como meta indagar sobre el perfil psicológico de hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres, en la ciudad de Tarija. Dentro del perfil psicológico se considera 4 variables: violencia de género, estilos de amor predominante, percepción de conflictos en pareja, e infidelidad.

*“El **perfil psicológico** de una persona está formado por los rasgos psicológicos más estables que caracterizan su manera de pensar, sentir, relacionarse con los demás y que permite predecir de cierta manera su comportamiento futuro”* (Chiner, 2005: 124). En un perfil psicológico se estudian diferentes rasgos del individuo, por ejemplo su grado de afectividad, socialización, satisfacción con la vida; si es una persona consistente, firme, con principios enraizados o es alguien que vive al día y se desprende con facilidad del pasado, etc. (Chiner, 2005).

El concepto violencia da nombre a un problema, que incluso hace poco, formaba parte de la vida personal de los individuos; era considerado un asunto de familia que no debía trascender de puertas para fuera y, por lo tanto, en el que no se debía intervenir. Hay diferentes formas de definir la violencia. Adoptamos la citada por Jara y Romero,

autores de la Escala de Violencia que se emplea para medir la mencionada variable. “Se entiende por violencia de género cualquier acto violento o agresión, basados en una situación de desigualdad en el marco de un sistema de relaciones de dominación de los hombres sobre las mujeres (o viceversa) que tenga o pueda tener como consecuencia un daño físico, sexual o psicológico, incluidas las amenazas de tales actos y la coacción o privación arbitraria de la libertad, tanto si ocurren en el ámbito público como en la vida familiar o personal” (Jara y Romero, 2009: 275).

En la presente investigación es indagar si existe relación entre la percepción de la violencia entre los padres y el estilo de amor que los jóvenes-adultos practican con sus parejas. El estilo de amor “Es la manera particular de cada persona para establecer y mantener una relación íntima. Esta manifestación del sentimiento basada en conductas indicará la forma de amar específica del individuo” (Lee, 2000, citado por Ojeda, 2006: 52). El estilo de amor que practica una persona está profundamente influido por las experiencias significativas que tuvo a lo largo de su vida. Entre estos hechos relevantes está la percepción de la calidad de la relación marital de los padres (Peña, 2017).

La percepción de conflictos en la pareja es en gran medida un hecho subjetivo, pues muchas personas ven conflictos donde para otros no existe nada. La experiencia vivida en la infancia junto a los padres influye de manera considerable en este hecho. Dicha variable se define como “Un conflicto de pareja surge cuando en los 2 miembros existen dos motivaciones de carácter opuesto, pero de igual intensidad. Estas dos motivaciones que compiten por imponerse son la base de los malos entendidos de la relación de pareja y son los causantes de la insatisfacción, frustración y debilitamiento y hasta pérdida de la pareja si no están bien resueltos. La percepción de los conflictos depende del punto de vista de cada miembro de la pareja y los valores que emplee para enjuiciar una acción o determinada situación” (Arévalo, 2014: 18).

La violencia percibida entre los padres muy a menudo tiene estrecha relación con la infidelidad. “La infidelidad es conceptuada como la conducta romántica y sexual que se da fuera de una relación convenida de pareja entre miembros casados o no y que cohabitan o no, y quienes tienen una expectativa de mantener una relación formal con exclusividad sexual en sus relaciones iniciales” (Romero, Rivera y Díaz-Loving, 2007: 43). En algunos casos, la infidelidad puede ser utilizada como una excusa o justificación por parte del perpetrador de violencia de género para ejercer control, manipulación o abuso sobre su pareja. Por otro lado, en ciertas situaciones, la infidelidad puede ser una

consecuencia de una relación marcada por la violencia de género. Algunas personas que experimentan abuso pueden buscar relaciones fuera de la pareja como una forma de escape, búsqueda de apoyo emocional o como un intento de recuperar su autonomía y autoestima (Torres, et al, 2016).

En relación al perfil psicológico de hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres, se han realizado numerosas investigaciones a nivel internacional. Entre las principales investigaciones se tiene la realizada por Carracedo Cortiñas Sandra (2015) en la Universidad de Vigo, Pontevedra, España, la cual se tituló: “Menores testigos de violencia entre sus progenitores: repercusiones a nivel psicoemocional”. En dicho estudio se encontró que los hijos que han experimentado situaciones de violencia entre sus progenitores, en comparación con los de familias intactas, manifestaron más inadaptación (personal, educativo, social y familiar). En el nivel de inadaptación personal, los resultados establecen diferencias entre el grupo de hijos con exposición a violencia entre sus progenitores y el grupo sin violencia en torno a dos dimensiones: personal y familiar. La inadaptación personal, valoró la presencia reiterada de pensamientos pesimistas, autodesprecio, miedo, tristeza, preocupación, capacidad para huir de la realidad (o disociativa) y somatización física. Los datos demuestran que la presencia de violencia en las dinámicas familiares genera, por sí sola, sentimientos y percepciones de índole negativa (tanto personales como del conjunto familiar); sensación de inseguridad y malestar que, lejos de reducirse con el tiempo o con el final de la violencia, se siguen manteniendo; aumentado así las posibilidades de padecer alteraciones psicoemocionales de mayor gravedad (Carracedo, 2015).

En otro estudio relevante, Cantón, Cortés y Justicia (2007) realizaron la investigación titulada “Conflictos entre los padres, divorcio y desarrollo de los hijos”, en la Universidad de Madrid, España. En dicho estudio se pudo verificar que los hijos que han experimentado situaciones de violencia entre sus progenitores, en comparación con los de familias intactas, presentan un nivel más bajo de autoconcepto (global, conductual, intelectual, físico, social, felicidad y satisfacción). Los resultados relacionados con el autoconcepto indican que el grupo de adolescentes y jóvenes que en su infancia fueron expuestos a violencia entre sus progenitores tuvieron puntuaciones significativamente inferiores en autoconcepto intelectual, académico, apariencia física y en cuanto a felicidad-satisfacción. En el ámbito educativo se ha comprobado que las dificultades psicoemocionales, producto de la situación familiar adversa que tuvieron, tienen una

influencia directa sobre el desempeño académico y el deterioro del rendimiento en el colegio o en la universidad (Cantón, Cortés y Justicia, 2007).

Desde otro punto de vista, se tiene la investigación realizada por Tarragona Oriols María Jesús (2016) publicado con el título de “Historia de victimización materna y su impacto sobre la salud mental de los menores en entornos de violencia de pareja” efectuado en la Universidad autónoma de Barcelona. Esta autora afirma que los hijos que han experimentado situaciones de violencia entre sus progenitores, en comparación con los de familias intactas, presentan más desajuste psicoemocional y conductual. Los resultados obtenidos evidencian que los individuos que han estado expuestos a conductas violentas entre sus progenitores en la infancia, en comparación con aquellos que no las han vivido, presentan un menor nivel de éxito en sus relaciones interpersonales o sociales. Así, estos jóvenes obtienen un menor grado de satisfacción con las relaciones que mantienen con otros individuos de su edad y con adultos. Estos resultados ya fueron identificados por otros autores, quienes trataron de explicarlos desde diferentes puntos de vista. Se ha planteado que el modelo de interacción social asimilado por el individuo en la adolescencia y juventud, depende mayoritariamente del tipo de relaciones que observa un sujeto en el contexto doméstico a edades tempranas. Las relaciones sociales de los adolescentes y jóvenes que fueron testigos de violencia, tienden a estar mediatizadas por una visión alterada del mundo que les rodea y que, a su vez, les genera gran desconfianza hacia los demás (Tarragona, 2016).

A **nivel nacional** se ha realizado numerosos estudios sobre la violencia entre los padres, también sobre violencia doméstica contra menores, pero no se ha encontrado ningún estudio que trata el tema de los hijos que perciben violencia entre sus padres. A continuación, se citan las investigaciones más pertinentes encontradas a nivel de Bolivia.

Chirino Ortiz Fabiana (2016) en su estudio “Violencia de género, desde las concepciones y vivencias de los habitantes de Ascensión de Guarayos del Departamento de Santa Cruz”, indica que la violencia de género se ha convertido en los últimos tiempos en un problema social y de salud pública de gran preocupación, debido al aumento de casos de violencia hacia la mujer y en casos extremos de feminicidio. La autora resalta el aprendizaje que tiene la mujer del oriente sobre la identidad como tal al lado de un hombre. El rol de esposa y de madre se impone al de mujer. Enfatiza en el hecho que la mujer puede soportar años de malos tratos por la familia, particularmente por los hijos.

Las mujeres encuentran consuelo en la esperanza de que el hombre cambie por la vía del tiempo, de la madurez, de la toma de conciencia y por los hijos (Chirino, 2016).

Por su parte, Farah & Salazar (2009) en el artículo publicado con el título de “Neoliberalismo y desigualdad entre mujeres”, en base a un estudio realizado en la ciudad de La Paz, aseguran que la violencia de género tiene su base en el machismo imperante. Este es un problema mundial unido al poder, privilegios y control masculinos. La violencia es diversificada (física, psicológica, moral, sexual), pudiendo la opresión venir de diversos agentes (padre, enamorado, marido, hermano, entre otros), pero las consecuencias, la mayoría de las veces, son las mismas (limitación, desagrado, sufrimiento o hasta incluso la muerte). El instrumento del machismo es la dependencia creada en la mujer. La dependencia emocional o financiera de la víctima para con el agresor genera limitaciones en el momento de tratar de rebelarse. El sentimiento de vergüenza, los hijos y el miedo a nuevas agresiones también hacen que las mujeres que sufren violencia se sientan menos capaces de enfrentar este problema, llevándolas a perpetuar el sometimiento.

En otra publicación titulada “Violencia contra las mujeres: entre avances y resistencias”, Sanabria, C. E. (2016), expone los datos recabados en tres ciudades de Bolivia. En el meollo del artículo está el concepto de representaciones sociales. Al respecto el autor indica que cuando los hijos observar comportamientos de violencia y discriminación entre sus padres, pueden internalizar ciertas dinámicas como modelos de comportamiento y roles de género. Por ejemplo, si un hijo observa a un padre ejercer violencia hacia la madre, puede interpretar este comportamiento como un ejemplo de masculinidad dominante o como una forma aceptable de resolver conflictos en una relación. Del mismo modo, si una hija es testigo de este tipo de violencia, podría interiorizar la idea de que las mujeres son menos valiosas o merecen ser tratadas de manera violenta, lo que refuerza estereotipos de género nocivos. Estas observaciones pueden contribuir a la construcción y mantenimiento de representaciones sociales basadas en la supuesta supremacía de un sexo sobre el otro. Los estereotipos de género se refuerzan mediante la internalización de roles y comportamientos observados en el entorno familiar. Los hijos pueden ser similares a estas conductas y creencias como parte inherente de la identidad masculina o femenina (Sanabria, 2016).

A **nivel regional** existen algunas investigaciones sobre el tema de violencia intrafamiliar, pero ninguna de ellas toca el tema de la percepción de la violencia por parte de los hijos y la influencia que tiene sobre éstos en etapas posteriores.

Por ejemplo, se tiene la tesis de grado defendida por López Eva (2012), titulada “Actitud frente a la violencia intrafamiliar de los adolescentes de la ciudad de Tarija que presentan y no presentan violencia en su hogar”, en la cual se compara hogares con violencia familiar y otros sin violencia. Entre las conclusiones se comenta que el clima familiar en hogares con violencia intrafamiliar suele ser tenso, estresante y lleno de incertidumbre para los adolescentes. La presencia de violencia, ya sea física, psicológica o verbal, impacta profundamente en el ambiente familiar y en el bienestar de los jóvenes-adultos que lo experimentan. La sensación de estar constantemente bajo amenaza puede afectar su salud mental y emocional, ocasionando ansiedad, depresión, bajo rendimiento escolar y problemas de comportamiento.

En otro estudio llevado a cabo por Vargas Zulma el 2014, en el cual se analiza la “Violencia intrafamiliar y escolar en adolescentes de bajo rendimiento escolar de la ciudad de Bermejo” se manifiesta la relación entre estas dos variables, pues se indica que la violencia intrafamiliar que algunos adolescentes experimentan puede tener un efecto negativo en el ambiente educativo pues estos adolescentes pueden llevar consigo las tensiones y conflictos de sus hogares al entorno escolar, lo que puede dar lugar a diferentes formas de violencia en ese ambiente. De manera general se afirma que los adolescentes que han sido testigos o víctimas de violencia tienen dificultades para regular sus emociones y resolver conflictos de manera pacífica, lo que contribuye a un clima escolar cargado de tensiones y enfrentamientos.

También Colque Magaly (2016) realizó un estudio sobre el tema, titulado “Actitud de los estudiantes universitarios de la Universidad Autónoma Juan Misael Saracho de la ciudad de Tarija frente a la violencia de género”. En dicha investigación se expresa que de manera general la actitud de los estudiantes universitarios frente a la violencia de género ha experimentado cambios positivos en los últimos años, en gran parte debido a los esfuerzos de concientización, programas educativos y movimientos sociales que han destacado la importancia de la equidad de género y el rechazo a la violencia y la discriminación. Sin embargo, a pesar de todo persisten ciertas conductas, actitudes y estereotipos arraigados que desfavorecen a la mujer en el contexto educativo y profesional.

En base al planteamiento del tema a nivel internacional, nacional y regional, se ha podido evidenciar la importancia que tiene la cuestión de la violencia entre los padres y la repercusión que tiene en los hijos cuando estos son jóvenes y adultos. Además la relevancia del tema se acrecienta debido a la casi inexistencia de investigaciones sobre el tema en particular, tanto a nivel nacional como regional. En este sentido, se plantea el tema de estudio a través de la siguiente pregunta:

¿Cuál es el perfil psicológico de hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres, en la ciudad de Tarija?

1.2 Justificación del problema

La presente investigación tiene **justificación científica** porque el tema que aborda ha despertado especial interés para la ciencia en las últimas décadas, debido al incremento exponencial de la violencia en la familia. Investigaciones previas, realizadas a cabo por destacados expertos en psicología como Murray A. Straus, Jennifer Langhin richsen-Rohling, entre otros, han puesto de manifiesto la asociación entre la exposición a la violencia doméstica y el desarrollo de problemas emocionales, trastornos psicológicos como ansiedad, depresión, estrés postraumático y dificultades en el establecimiento de relaciones interpersonales saludables en la vida adulta. Además, centros científicos de renombre mundial, como el Instituto Nacional de Salud Mental (NIMH, por sus siglas en inglés) y el Centro Nacional para la Prevención de la Violencia en Familias, han manifestado un creciente interés en comprender los efectos a largo plazo de la exposición a la violencia en la niñez. Sin embargo, aún persisten preguntas abiertas en la investigación, tales como la profundización en la comprensión de los mecanismos psicológicos y sociales que mediatizan el impacto de la violencia en el desarrollo emocional de los hijos e hijas, así como la identificación de estrategias de intervención y prevención más efectivas para mitigar los efectos negativos de esta experiencia traumática en su salud mental y emocional a lo largo de sus vidas. Por lo tanto, el abordaje científico de este tema es importante para mejorar las estrategias de prevención, intervención y tratamiento, contribuyendo así a la salud mental y el bienestar de las generaciones futuras (Cantón et al, 2007).

Desde otro punto de vista, el presente estudio tiene **justificación social** ya que el tema de los hijos e hijas que han percibido violencia entre sus padres es de suma relevancia social debido a las implicaciones profundas que esta experiencia tiene en la sociedad en su conjunto. Organismos internacionales como la Organización de las

Naciones Unidas (ONU), la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la UNESCO han hecho llamados incisivos para investigar y abordar la violencia en todas sus manifestaciones, reconociéndola como un grave problema social que afecta la salud mental, la estabilidad emocional y el desarrollo de las personas desde temprana edad. Estudios previos han destacado la relación entre la exposición a la violencia en la infancia y el riesgo aumentado de perpetuar y normalizar este tipo de comportamientos en la edad adulta. Investigaciones científicas y sociales en este campo podrían contribuir significativamente a la prevención y erradicación de la violencia, al proporcionar una comprensión más profunda de sus raíces, consecuencias y factores de riesgo. Asimismo, el conocimiento derivado de estos estudios podría respaldar el diseño de políticas públicas más efectivas, programas de intervención temprana y estrategias de educación y concientización en la sociedad, fomentando entornos más seguros, equitativos y libres de violencia para las generaciones futuras. En última instancia, la investigación en este ámbito no solo beneficia a los individuos afectados directamente, sino que también contribuye al avance de sociedades más justas, igualitarias y libres de violencia de género (Tarragona, 2016).

Asimismo, este estudio tiene **justificación teórica** pues su principal aporte es la generación de datos nuevos sobre el tema abordado. Si bien el tema ha sido estudiado en diferentes partes del mundo, pero las variables que en este documento se proponen como tema de análisis son prácticamente inexistentes en otras investigaciones. Por ejemplo, identificar los estilos de amor predominantes en este grupo brindaría una comprensión más amplia sobre cómo las experiencias traumáticas como la violencia pueden influir en la formación de patrones emocionales y relaciones afectivas en la adultez. Por otra parte, estudiar la percepción de conflictos en pareja en estas personas contribuiría a dilucidar cómo estas vivencias impactan en la percepción y manejo de conflictos en relaciones afectivas futuras. Además, establecer el grado de infidelidad en sus relaciones afectivas podría arrojar luz sobre la posible conexión entre la exposición a la violencia en la niñez y la vulnerabilidad a conductas de infidelidad en la vida adulta. De manera general, estos datos nuevos podrían contribuir modestamente a esclarecer de alguna manera incógnitas sobre los mecanismos psicológicos y sociales que mediatizan el impacto de la violencia en el desarrollo de los hijos e hijas, así como la identificación de factores protectores o de riesgo que podrían influir en los resultados.

También se podría decir que la investigación que se reporta en este documento tiene **justificación práctica**, aunque no pretende dar solución en el presente al problema de la violencia en la familia y su impacto en los hijos, pero podemos decir que aporta con información que puede contribuir a plantear políticas de prevención sobre este tema. Los datos nuevos y detallados obtenidos a través de este estudio podrían resultar de especial interés, por ejemplo, en el ámbito universitario de la ciudad de Tarija, particularmente entre los docentes del área clínica. Para otras instituciones como la Defensoría de la Niñez y Adolescencia, este estudio puede aportar con información valiosa para mejorar sus estrategias de intervención y protección de los derechos de estos menores, adaptando sus políticas y protocolos para abordar las necesidades específicas de estos niños y niñas. Además, para los Juzgados de la Niñez y Adolescencia, juzgados de Familia los resultados de esta investigación podrían ser útiles para respaldar decisiones judiciales más fundamentadas y adecuadas en casos relacionados con la protección de menores expuestos a violencia, proporcionando evidencia empírica que respalde las medidas de protección.

CAPÍTULO II. DISEÑO TEÓRICO

2.1. Formulación del Problema

¿Cuál es el perfil psicológico de hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres, en la ciudad de Tarija?

2.2. Objetivos

2.2.1. Objetivo General

Determinar el perfil psicológico de hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres, en la ciudad de Tarija.

2.2.2. Objetivos Específicos

1. Analizar la percepción que tuvieron los hijos e hijas durante su infancia sobre la violencia entre sus padres.
2. Identificar los estilos de amor predominante en los hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres.
3. Evaluar la percepción de conflictos de pareja que tienen los hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres.
4. Establecer el grado de infidelidad que presentan en sus relaciones los hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres.

2.3. Hipótesis.

1. La fase de violencia que presentan los hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres, es de nivel medio.
2. Los estilos de amor predominante en los hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres corresponde, a amor de entretenimiento lúdico (juego).
3. Los conflictos en pareja que tienen los hijos e hijas, que en su infancia percibieron violencia entre sus padres, se debe al manejo de los celos como relación insostenible de conflicto.
4. Las relaciones de los hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres, se debe al grado de infidelidad entre sus padres de tipo sexual.

2.4. OPERACIONALIZACIÓN DE VARIABLES.

CONCEPTO	DIMENSION	INDICADORES	ESCALAS
<p>Violencia. <i>“Cualquier acto, basados en una situación de desigualdad que tenga o pueda tener como consecuencia un daño físico, sexual, social o psicológico, tanto si ocurren en el ámbito público como en la vida familiar o personal”.</i> (Jara y Romero, 2009: 275).</p>	Violencia Física	Golpes, encierros, empujones, etc.	<p>ESCALA DE EVALUACIÓN DEL TIPO Y FASE DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO (EETFVG)</p> <p>Jara y Romero. Violencia:</p> <p>Baja (0-25) Medio baja (26-50) Medio alta. (51-75) Alta. (76-100)</p>
	Violencia psicológica	Amenazas, denigración, insultos, amenazas, etc.	
	Violencia sexual	Relaciones forzadas, vejaciones, sodomía, etc.	
	Violencia social	Encierros, prohibición de hablar con amigos o diversiones.	
<p>Estilos de amor. <i>“Es la manera particular de cada persona para establecer y mantener una relación íntima. Esta manifestación del sentimiento basada en conductas indicará la forma de</i></p>	Amor sexual	Eros:Cupido entre los romanos)que simboliza el deseo sexual	<p>Inventario sobre estilos de amor (IEAA).</p> <p>Adaptado por Ojeda (2006)</p> <p>Por cada dimensión se emplea esta escala:</p> <p>Muy alto Alto Medio Bajo Muy bajo</p>
	Amor de entretenimiento Ludico = juego	Ludus: Termino latino con significado primario de”juego”,”entretenimiento”	
	Amor de compañeros	Amistoso (Storge)	
	Amor práctico y lógico	Pragma: Este tipo de amor se basa en la toma de decisiones racionales	
	Amor posesivo y obsesivo	Manía: Es un amor inestable y quienes lo practican suelen experimentar emociones extremas, pasión intensa y una necesidad excesiva de estar cerca de su pareja.	

<p><i>amar específica del individuo”</i> (Lee, 2000 citado por Ojeda, 2006: 52).”</p>	<p>Amor desinteresado o altruista</p>	<p>Ágape : renuncia absoluta y entrega totalmente desinteresada, se expresa en un amor que busca el bien del otro independiente de la reciprocidad</p>	
<p>Percepción de conflictos en pareja”. <i>“Un conflicto de pareja surge cuando en los 2 miembros existen dos motivaciones de carácter opuesto pero de igual intensidad. Estas dos motivaciones que compiten por imponerse son la base de los malos entendidos de la relación de pareja y son los causantes de la insatisfacción, frustración y debilitamiento y hasta pérdida de la pareja si no están bien resueltos.”.</i> (Arévalo, 2014: 18).</p>	<p>Doméstica y de crianza.</p>	<p>Desacuerdo en los estilos de crianza del/os hijo/s, cuidado, tareas escolares y hábitos.</p>	<p>Cuestionario de percepción de conflictos de pareja (PCP). Arévalo Luna Edmundo (2014).</p> <p>Los resultados se expresan por el predominio de un área de conflicto:</p> <p>Doméstica. Económica. Hábitos personales. Familia colateral. Intereses. Intimidad sexual. Social. Metas. Celos.</p> <p>VALORACIÓN GENERAL DE CADA CONFLICTO:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Relación insostenible por los conflictos (90-99). - grado de experiencias conflictivas (75-89).
	<p>Económica.</p>	<p>Desacuerdos originados por el manejo y distribución del dinero, priorizar las necesidades y diferenciar de los gastos superficiales.</p>	
	<p>Hábitos personales.</p>	<p>Comportamientos típico que cada miembro de la pareja asume y genera malestar o incomodidad en el otro.</p>	
	<p>Familia Colateral.</p>	<p>Desacuerdos ocasionados por el tipo de relación con la familia o parientes del cónyuge.</p>	
	<p>Intereses.</p>	<p>Pérdida de interés por las actividades de ocio que al inicio de la relación ambos disfrutaban.</p>	
	<p>Intimidad sexual.</p>	<p>Desacuerdos e insatisfacción en el plano sexual, afectivo-emocional, en la calidad en complacencia mutua.</p>	
	<p>Social.</p>	<p>Desacuerdos y conflictos por la relación con amigos o conocidos, sea en el ámbito laboral de recreación o esparcimiento.</p>	
	<p>Metas.</p>	<p>Incompatibilidad y desacuerdos para tomar decisiones en los proyectos a futuro.</p>	
	<p>Manejo de Celos.</p>	<p>Discrepancias permanentes debido a sentimientos de</p>	

		pérdida o abandono de su pareja por la intromisión de otro/a.	<ul style="list-style-type: none"> - Presencia moderada de conflictos (50-74). - Bajo riesgo de experiencias conflictivas (25-49). <p>Ausencia total de conflictos (24 a menos).</p>
<p>Infidelidad: “La infidelidad es conceptualizada como la conducta romántica y sexual que se da fuera de una relación convenida de pareja entre miembros casados o no y que cohabitan o no, y quienes tienen una expectativa de mantener una relación formal con exclusividad sexual en sus relaciones iniciales”. (Romero, Rivera y Díaz-Loving, 2007: 43).</p>	Infidelidad sexual	Conductas que denotan el mantenimiento de un vínculo sexual con otra persona además de la pareja primaria	<p>Inventario multidimensional de infidelidad (IMIN), (Romero, Rivera y Díaz-Loving, 2007).</p> <p>Escala por ítem:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Nunca 2. Rara vez 3. Algunas veces 4. Frecuentemente 5. Siempre <p>Escala de la variable:</p> <p>Inexistente 48 – 59 Baja 60 – 119 Mediana 120 – 179 Alta 180 - 240</p>
	Deseo de infidelidad emocional	Denota el deseo de un vínculo romántico con otra persona además de la pareja primaria, sin necesariamente llevarlas a cabo	
	Deseo de infidelidad sexual	Deseo de un vínculo sexual con otra persona además de la pareja primaria, sin necesariamente llevarlas a cabo	
	Infidelidad emocional	Aquellas conductas que denotan el mantenimiento de un vínculo emocional romántico con otra persona además de la pareja primaria	

CAPÍTULO III. MARCO TEÓRICO

3.1. Violencia.

La violencia se constituye en uno de los elementos preponderantes de estudio debido a que todo ser humano a estado sometido o está sometido a experiencias de esa naturaleza.

Refiere Gómez et al. (2008: 532) indican que la violencia es definida como la acción u obra con ímpetu y fuerza y quien se deja arrebatar por ella, se deja llevar por la ira. Sin embargo, afirman estos investigadores, hay muchas formas de definir la violencia, por lo que es mejor utilizar un concepto que sea aceptado mundialmente; Así la OMS (Organización Mundial de la Salud) la define como el “uso intencional de la fuerza o el poder físico, de hechos o como amenaza contra uno mismo, otras personas o un grupo o comunidad que tenga probabilidad de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastorno de desarrollo o privaciones”.

La raíz etimológica de la palabra violencia remite al concepto de “fuerza”. La violencia implica siempre el uso de la fuerza para producir daño (Whaley, 2001: 21). En todos los casos el uso de la fuerza remite al concepto de poder.

3.1.1. Definición de violencia de género.

El concepto violencia de género da nombre a un problema, que incluso hace poco, formaba parte de la vida personal de los individuos; era considerado un asunto de familia que no debía trascender de puertas para fuera y, por lo tanto, en el que no se debía intervenir. Hay diferentes formas de definir la violencia de género. Adoptamos la citada por Jara y Romero, autores de la Escala de Violencia que se emplea para medir la mencionada variable. “*Se entiende por violencia de género cualquier acto violento o agresión, basados en una situación de desigualdad en el marco de un sistema de relaciones de dominación de los hombres sobre las mujeres (o viceversa) que tenga o pueda tener como consecuencia un daño físico, sexual o psicológico, incluidas las amenazas de tales actos y la coacción o privación arbitraria de la libertad, tanto si ocurren en el ámbito público como en la vida familiar o personal*” (Jara y Romero, 2009: 275).

La violencia de género ha sido y sigue siendo una de las manifestaciones más claras de la desigualdad, subordinación y de las relaciones de poder entre las personas. Este tipo de violencia se basa y se ejerce por la diferencia subjetiva entre los sexos. En pocas palabras, las mujeres sufren violencia por el mero hecho de ser mujeres, y las víctimas son mujeres de cualquier estrato social, nivel educativo, cultural o económico. La violencia de género es aquella que se ejerce sobre las mujeres por parte de quienes estén o hayan estado ligados a ellas por relaciones de afectividad (parejas o ex-parejas). El objetivo del agresor es producir daño y conseguir el control sobre la mujer, por lo que se produce de manera continuada en el tiempo y sistemática en la forma, como parte de una misma estrategia (Alberdi y Matas, 2003).

3.1.2. La violencia de género entre los padres.

Las estadísticas de violencia de género en parejas de casados reflejan una realidad alarmante a nivel mundial. Estudios realizados por organizaciones internacionales, agencias gubernamentales y grupos defensores de los derechos humanos han revelado que 7 de cada 10 mujeres casadas experimenta algún tipo de violencia por parte de sus parejas. Estos actos violentos abarcan desde agresiones físicas como golpes, empujones o estrangulamiento, hasta formas más sutiles, pero igualmente dañinas como el control coercitivo, el aislamiento social o el menosprecio constante. Este fenómeno, aunque puede afectar a cualquier estrato socioeconómico, tiende a ser subestimado u ocultado debido a la vergüenza, el miedo a las represalias, la falta de apoyo o recursos, y en ocasiones, la normalización cultural de la violencia en las relaciones de pareja. Es importante destacar que las estadísticas sobre violencia de género en parejas de casados no se limitan únicamente a la violencia ejercida contra las mujeres. Los hombres también pueden ser víctimas de violencia de género en el ámbito doméstico, aunque en menor proporción y con menor visibilidad debido a factores culturales que estigmatizan o minimizan esta problemática. Además, las investigaciones han comenzado a resaltar que la violencia de género no se circunscribe exclusivamente a lo físico, sino que también puede manifestarse de manera emocional, psicológica y económica, y su impacto puede extenderse a diferentes aspectos de la vida de las personas afectadas. incluyendo la salud mental, la seguridad económica y la calidad de vida en general (Batiza, 2017).

En Bolivia la Encuesta de Prevalencia de Violencia 2016, reveló que 74,7% de las mujeres encuestadas, casadas o en unión libre, han sufrido algún tipo de violencia. Este dato se incrementa en el área rural donde 82,5% de las mujeres encuestadas han sufrido

algún tipo de violencia. 7 de cada 10 mujeres ha sufrido al menos un incidente de violencia psicológica, económica, física o sexual en algún momento de su vida, las cuales pueden derivar en el feminicidio, y según la Fiscalía General cada tres días hay un feminicidio en el país. Tres de cada 10 mujeres justifican la violencia y la toma de decisiones tiene niveles alarmantes: solamente 6 de cada 10 decide cuándo comprarse cosas y 7,5% decide cuándo tener relaciones sexuales. Según datos del Ministerio Público (2015), la violencia intrafamiliar es el segundo delito más denunciado y según la Fuerza Especial de Lucha contra la Violencia (FELCV) (INE, 2016).

La permanencia de las parejas casadas en situaciones de violencia de género, a pesar de las difíciles circunstancias que atraviesan, se debe a una serie de factores complejos. Entre los motivos más frecuentes se encuentran las barreras emocionales y psicológicas que experimentan las víctimas, como la dependencia emocional o económica del agresor. Esta dependencia puede dificultar la toma de decisiones para abandonar la relación, especialmente cuando existe la percepción de que no hay alternativas viables para sobrevivir sin el apoyo económico o emocional del agresor. Asimismo, el miedo a represalias o un aumento de la violencia, tanto para la víctima como para sus hijos, puede ser un factor disuasorio para buscar ayuda o abandonar la relación. Además, la falta de apoyo social y familiar, la vergüenza, el estigma social asociado a la separación o el miedo al juicio de la sociedad son obstáculos adicionales que dificultan la búsqueda de ayuda y la ruptura de la relación violenta. El ciclo de la violencia, caracterizado por períodos intercalados de abuso y arrepentimiento por parte del agresor, también puede contribuir a la permanencia en la relación. Los episodios de violencia son seguidos por disculpas, promesas de cambio y manifestaciones de afecto por parte del agresor, lo que puede generar confusión y esperanza en la víctima, alimentando la ilusión de que la situación puede mejorar. Esta manipulación psicológica y emocional dificulta que las víctimas se alejen del ciclo de violencia, ya que pueden creer que su agresor cambiará o que tienen la responsabilidad de salvar la relación. Todos estos elementos hacen que las parejas mantengan una convivencia en un entorno de violencia de género, a pesar del daño físico, emocional y psicológico que este contexto conlleva (Alberdi y Matas, 2003).

El impacto de la violencia de género en los hijos que presencian estos episodios es profundo y abarca múltiples dimensiones de su vida. Estos niños pueden experimentar una variedad de efectos adversos que van desde problemas emocionales y conductuales hasta dificultades en su rendimiento académico y en sus relaciones sociales. La

exposición a la violencia entre los padres puede generar en los niños sentimientos de ansiedad, miedo, confusión, culpabilidad e inseguridad. Estos niños pueden vivir en un estado de estrés constante, anticipando y temiendo los conflictos entre sus padres, lo que puede generar un impacto negativo en su bienestar psicológico y emocional a corto y largo plazo. Cuando estos niños se convierten en adolescentes y jóvenes las consecuencias también se dejan sentir. Los hijos expuestos a la violencia de género en el hogar pueden internalizar patrones de comportamiento inapropiados, ya sea replicando la violencia que han presenciado o desarrollando problemas de conducta y agresividad. Además, es común que presenten dificultades en sus relaciones sociales, lo que puede repercutir en su adaptación al contexto y limitar sus oportunidades de desarrollo personal. La exposición a estas situaciones de violencia en el hogar influye decisivamente en la forma en que los hijos perciben las relaciones interpersonales y las normas sociales, moldeando su visión del mundo y condicionando su futuro comportamiento en las relaciones adultas (Batiza, 2017).

3.1.3. El modelo teórico de Audrey Mullender y Lenore Walker.

La escala de evaluación del tipo y fase de la violencia de género (EETFVG) de Jara y Romero (2009) se basa en el modelo teórico de Mullender (2000) y en el "Ciclo de la Violencia" de Lenore Walker (2000).

Mullender explica la complejidad del ciclo de la violencia de género a través del llamado "síndrome de la perpetuación de la violencia o síndrome de Mullender". Este síndrome resalta la complejidad de las relaciones afectadas por la violencia doméstica, donde la víctima puede quedar atrapada en un ciclo de abuso que va más allá de lo físico y se adentra en el ámbito emocional y psicológico. Esta dinámica se caracteriza por una atmósfera constante de miedo, angustia y dependencia emocional hacia el agresor, lo que dificulta que la víctima pueda salir de esa situación.

Las causas de este fenómeno son diversas y pueden incluir factores sociales, psicológicos e incluso culturales. Desde una perspectiva psicológica, este síndrome se atribuye a la manipulación emocional y psicológica ejercida por el agresor sobre la víctima. Los abusadores pueden alternar momentos de violencia con períodos de afecto, disculpas y promesas de cambio. Esta mezcla de episodios violentos con expresiones de cariño o arrepentimiento crea confusión emocional en la víctima, lo que puede llevarla a justificar o minimizar la gravedad del abuso. En términos clínicos, este fenómeno puede entenderse a través del concepto de trauma psicológico. Las víctimas de violencia

doméstica pueden desarrollar una forma de apego desorganizado, donde experimentan una mezcla de miedo, amor y lealtad hacia el agresor. Estos sentimientos contradictorios se ven reforzados por la falta de apoyo social o recursos que les permitan salir de esa situación, así como por el impacto psicológico del trauma sufrido. Las promesas de cambio o momentos de afecto que el agresor ofrece después del episodio violento crea una especie de "vínculo traumático" que puede llevar a la víctima a sentirse atrapada y con dificultades para tomar decisiones para su propia protección.

El "Ciclo de la Violencia" de Lenore Walker (2000) es un modelo que describe las fases recurrentes presentes en las relaciones abusivas. Esta teoría destaca tres etapas principales que se repiten en un ciclo continuo:

1) Fase de acumulación de tensión: En esta etapa inicial, se acumulan tensiones y conflictos en la relación. El agresor puede mostrar irritabilidad, celos, control excesivo o críticas hacia la víctima. La comunicación se vuelve tensa y hay un aumento progresivo de la ansiedad y la hostilidad en el ambiente.

2) Fase aguda de agresión: En esta etapa, se produce el estallido de la violencia. Las tensiones acumuladas en la fase anterior alcanzan un punto crítico, lo que desencadena la agresión física, emocional o sexual hacia la víctima. El agresor ejerce control y poder sobre la víctima, manifestando comportamientos violentos y abusivos. Este momento puede ser de gran peligro y riesgo para la víctima.

3) Fase de reconciliación o luna de miel: Después del episodio de agresión, el agresor muestra remordimiento, culpa o arrepentimiento. Puede ofrecer disculpas, mostrar afecto, prometer cambiar y pedir perdón. En esta fase, busca reconciliarse con la víctima y restablecer la relación. Esta etapa es manipulativa y busca mantener el control sobre la víctima, ofreciendo una especie de período de calma y tranquilidad en contraste con la violencia anterior.

A pesar de la aparente tranquilidad de la fase de reconciliación, este ciclo tiende a repetirse de manera continua y se intensifica con el tiempo. La fase de reconciliación suele ser utilizada por el agresor como estrategia para retener a la víctima en la relación, generando un ciclo de abuso que puede ser difícil de romper. La teoría de Lenore Walker (2000) destaca la dinámica cíclica y repetitiva de la violencia doméstica, donde la escalada de tensiones, seguida por el episodio de violencia y luego la fase de reconciliación, mantiene a la víctima atrapada en un ciclo destructivo (Walker, 2000).

3.1.4. Dimensiones de la Escala de evaluación del tipo y fase de la violencia de género de Jara y Romero (EETFVG).

La Escala de evaluación del tipo y fase de la violencia de género de Jara y Romero (2009) está compuesta por cuatro dimensiones:

1) Violencia física. Valora los diferentes tipos de agresiones físicas que pueden sufrir las víctimas en relaciones de violencia de género. Esta dimensión abarca una amplia gama de actos violentos, que van desde golpes, patadas, empujones, estrangulamientos hasta encierros forzados, entre otros. La evaluación de esta dimensión se centra en la gravedad y la frecuencia de los actos físicos violentos que sufre la víctima por parte del agresor.

2) Violencia psicológica. Describe las diversas formas de maltrato emocional y psicológico que sufren las víctimas de violencia de género. Esta dimensión abarca un amplio espectro de comportamientos y actitudes nocivas por parte del agresor, que van desde el uso de insultos, humillaciones, descalificaciones, amenazas, aislamiento social, hasta el control extremo sobre la vida de la víctima, entre otros. Esta dimensión busca identificar la frecuencia, intensidad y variedad de conductas que buscan debilitar la autoestima, la confianza y la autonomía de la víctima.

3) Violencia sexual. Esta dimensión abarca una serie de comportamientos coercitivos o forzados de índole sexual, que van desde las relaciones sexuales no consentidas, vejaciones, tocamientos no deseados, hasta la sodomía y cualquier acto de naturaleza sexual impuesto sin el consentimiento explícito de la víctima. En esta dimensión se describe la frecuencia, la gravedad y la diversidad de los actos de violencia sexual que sufre la persona, así como el impacto psicológico y emocional que estos actos han tenido en su bienestar y salud mental.

4) Violencia social. Comprende las formas de maltrato que afectan la vida social y el entorno relacional de la víctima en situaciones de violencia de género. Esta dimensión abarca una serie de comportamientos coercitivos por parte del agresor que tienen como objetivo limitar y controlar las relaciones sociales y el círculo de apoyo de la persona afectada. Incluye comportamientos como ser el aislamiento forzado, encierros, prohibición de contactos con amigos, familiares o participación en actividades de ocio, hasta el control excesivo de la comunicación y la movilidad de la víctima (Jara y Romero, 2009).

Los resultados de la Escala de evaluación del tipo y fase de la violencia de género de Jara y Romero (2009) se deben interpretar tomando en cuenta el acercamiento a los puntajes altos o bajos.

Los puntajes altos equivalen a violencia alta. Esta situación se asocia con niveles significativos de agresión en la relación marital, implicando una presencia constante y varios actos violentos o abusivos en la relación de la persona evaluada. Indica una situación donde la víctima está expuesta a un alto nivel de riesgo, ya que las conductas violentas o agresivas son frecuentes, intensas y pueden tener consecuencias graves para su salud física, mental y emocional. Por lo general esta situación requiere una intervención inmediata y especializada para garantizar la protección y seguridad de la víctima.

Por otra parte, los puntajes bajos equivalen a Violencia Baja dentro de la pareja. La persona evaluada puede estar experimentando situaciones de malestar o conflictos leves, pero no se encuentran expuestas a conductas de violencia o agresión significativas que puedan comprometer su integridad física o emocional (Jara y Romero, 2009).

3.2. Estilos de Amor.

3.2.1. Definición de estilos de amor.

El amor es la emoción más compleja del ser humano. Si bien todos tienen una idea de lo que esto representa, pero existen diferentes maneras de expresarlo, las mismas que varían con la edad, la cultura y la historia. *“El amor es el conjunto de pensamientos, sentimientos, motivaciones, reacciones fisiológicas, acciones (incluye la comunicación no verbal, con frecuencia inconsciente) y declaraciones (conducta verbal) que incluye el fenómeno del amor en lo que refiere a las relaciones amorosas, íntimas y sexuales de pareja. El amor romántico es fundamentalmente un impulso humano; es decir, una necesidad fisiológica que consiste en cortejar y conseguir a un determinado compañero para aparearse. Este sentimiento humano universal es producido por sustancias químicas y estructuras específicas que existen en el cerebro. Estas sustancias producidas difieren en relación a su concentración y combinación según avance o retroceda la relación”*. (Lee, 2000 citado por Ojeda, 2006: 55).

3.2.2. Relación entre los estilos de amor y la violencia de género percibida en la familia.

Los estilos de amor que practicamos a lo largo de nuestras vidas se aprenden principalmente a través de las experiencias significativas que presenciamos y vivimos, siendo una de las más influyentes la percepción de los estilos de amor practicados por nuestros padres. La dinámica familiar, particularmente el modelo de relación entre los padres, ejerce una gran influencia en la forma en que percibimos y entendemos el amor. Las interacciones observadas entre los padres, su nivel de afecto, compromiso, respeto o la presencia de conflictos, violencia o abuso, moldean nuestra comprensión sobre cómo deben ser las relaciones amorosas. Las experiencias positivas y saludables pueden fomentar estilos de amor basados en la empatía, el respeto y la comunicación, mientras que situaciones de conflicto, violencia o disfunción pueden internalizarse como modelos negativos, contribuyendo a la normalización de comportamientos violentos o agresivos en las relaciones futuras (Peña, 2017).

Según la teoría de Albert Bandura sobre el aprendizaje social, cuando un niño es testigo de violencia de género entre sus padres, puede internalizar esos patrones de conducta y modelos relacionados. La observación directa de comportamientos violentos o agresivos en el hogar puede influir en la manera en que el niño percibe las interacciones de género y las relaciones amorosas. Bandura sugiere que los niños pueden llegar a identificarse con uno de los roles presentes en la dinámica de violencia, ya sea como la víctima que sufre la agresión o como el agresor que ejerce violencia. Esta identificación con los roles observados puede influir en la forma en que el niño internaliza y reproduce esos estilos de conducta en su vida adulta. Los patrones de violencia percibidos en la infancia pueden arraigarse como modelos de comportamiento normativos, lo que puede aumentar la probabilidad de reproducir o aceptar la violencia de género en sus propias relaciones (Ojeda, 2001).

Desde la perspectiva psicoanalítica, la identificación con los estilos de amor practicados por los padres tiene su base en las teorías de Sigmund Freud y las posteriores expansiones de psicoanalistas como Melanie Klein. Según este enfoque, los niños internalizan patrones y comportamientos de sus figuras parentales mediante el proceso de identificación. Los padres actúan como figuras de autoridad y modelos a seguir para los hijos durante las etapas tempranas del desarrollo psicológico. Durante la infancia, los niños idealizan y buscan imitar a sus padres, convirtiéndolos en modelos de

comportamiento. La relación que el niño establece con sus figuras parentales influye significativamente en la formación de su identidad y en la internalización de patrones amorosos. En el caso específico de los estilos de amor, si los padres practican un estilo de amor basado en el respeto, la comprensión y la empatía, es más probable que los hijos adopten esos patrones como modelos positivos a seguir en sus propias relaciones amorosas futuras. Por otro lado, si los padres tienen relaciones disfuncionales o practican estilos de amor caracterizados por la violencia o la agresión, los niños pueden internalizar esos patrones como normativos, influyendo en la configuración de sus propias relaciones sentimentales en la edad adulta (Peña, 2017).

3.2.3. Modelo teórico de John Allan Lee.

El inventario sobre los estilos de amor de Ojeda (2001), se basa en la teoría de John Allan Lee (1973), quien desarrolló dicha propuesta teórica en la década de 1970, siendo presentada por primera vez en su libro "The Colors of Love". Esta teoría se construye sobre la base de tres componentes clave: intimidad, pasión y compromiso. Lee sugiere que cada uno de estos componentes puede combinarse en diversas proporciones para formar siete estilos de amor distintos. El estilo de amor Eros, por ejemplo, se centra en la pasión y la atracción física, mientras que Ludus se caracteriza por la falta de compromiso y un enfoque más lúdico hacia las relaciones. Storge refleja la amistad y el afecto duradero, Pragma se basa en la lógica y la racionalidad en la elección de pareja, Manía está marcada por la intensidad emocional, Ágape representa el amor altruista y desinteresado, y el Estilo de amor no correspondido implica una relación unilateral.

Según Lee, el desarrollo de estos estilos puede estar influenciado por experiencias de vida, relaciones previas, valores culturales y aprendizaje social. Por ejemplo, un individuo que ha experimentado relaciones intensas y emocionalmente cargadas puede adoptar el estilo de amor denominado Manía. La crianza, los modelos parentales y las interacciones tempranas también pueden moldear las preferencias amorosas de una persona. Lee se basó en trabajos anteriores de psicólogos como Zick Rubin y Robert Sternberg, quienes contribuyeron con ideas sobre la naturaleza y los componentes del amor. La teoría de Lee ofrece una perspectiva multidimensional del amor, que va más allá de simplemente describirlo como un fenómeno unitario. Sus categorías permiten entender cómo diferentes cogniciones, emociones y comportamientos se interrelacionan para formar patrones complejos de expresión amorosa en las relaciones interpersonales (Lee, 1973).

3.2.4. Dimensiones del Inventario sobre estilos de amor de Ojeda (2006).

Ojeda G., en el año 2006 realizó una amplia investigación en la Universidad de Lima, Perú, sobre la teoría de Lee (2000) producto de la cual se adaptó al castellano la escala sobre los estilos de amor. En dicha escala se definen las siguientes dimensiones, que corresponden con los tipos de amor:

1. **Eros.** Eros (amor pasional): Se caracteriza por sentimientos intensos, fuerte atracción hacia la apariencia física y actividad sexual. Se esfuerzan por ser sinceros, buscan una comunicación abierta permitiendo que las situaciones surjan espontáneamente. Los celos pueden surgir por exclusividad (no por posesión), no son temerosos de sus potenciales rivales. Las personas que adoptan este estilo tienden a sentir una fuerte conexión emocional y física con su pareja, buscando la excitación y el romanticismo en la relación. Los individuos que practican el amor eros suelen sentir una intensa atracción desde el principio de la relación y dan gran importancia al deseo sexual ya la química física entre ellos y su pareja. Las cogniciones asociadas al estilo eros incluyen una idealización de la pareja, donde se resaltan sus cualidades físicas y atractivas. Las personas que practican este estilo de amor a menudo tienden a centrarse en el aspecto físico y en la belleza, considerando estos elementos como fundamentales para el desarrollo y mantenimiento de la relación. Este enfoque apasionado puede ser arrollador y eclipsar otros aspectos de la relación, como la compatibilidad emocional o la estabilidad a largo plazo.

Si bien el amor eros puede ser emocionante y estimulante en las etapas iniciales de la relación, con el tiempo, puede presentar algunos riesgos. La intensidad y el enfoque en la pasión pueden disminuir, lo que puede llevar a una falta de satisfacción si no se equilibra con otros aspectos más profundos de la conexión emocional. Las parejas cuyo amor se basa predominantemente en eros pueden enfrentar problemas cuando la intensidad inicial disminuye y necesitan encontrar formas de mantener viva la chispa emocional para evitar que la relación se desgaste. En general, el devenir promedio de las parejas con un estilo de amor eros puede ser emocionalmente intenso al principio, pero tiende a volverse menos apasionado con el tiempo.

2. **Ludus.** En este estilo, el amor se percibe como un juego y una diversión, donde el compromiso y la profundidad emocional no son una prioridad, sino que sobresale el entretenimiento. Las personas que adoptan el amor ludus suelen tener

múltiples relaciones informales, disfrutan de la conquista y la seducción, y tienden a evitar compromisos serios. Este tipo de amor se enfoca en el disfrute, la coquetería y la espontaneidad en lugar de la estabilidad emocional y el compromiso a largo plazo.

Las cogniciones asociadas al estilo ludus implican un enfoque despreocupado hacia las relaciones, con poca importancia otorgada a la profundidad emocional o al compromiso duradero. Las personas que practican este estilo de amor pueden verse a sí mismas como conquistadores o seductores, buscando la emoción del momento y disfrutando del placer fugaz de las relaciones informales.

Los riesgos asociados al amor ludus incluyen la falta de compromiso emocional y la incapacidad para establecer relaciones profundas y significativas. Las personas que priorizan este estilo de amor pueden experimentar dificultades para establecer vínculos emocionales estables, lo que podría llevar a relaciones superficiales ya una sensación de insatisfacción o vacío emocional a largo plazo.

En cuanto al devenir promedio de las parejas con este tipo de amor, tiende a experimentar relaciones superficiales, centradas en la diversión y la coquetería por lo cual no son tan duraderas. Sin embargo, estas relaciones pueden carecer de la profundidad emocional necesaria para un compromiso serio y duradero. A menudo, las parejas basadas en el amor ludus pueden encontrar problemas al buscar una conexión emocional más profunda, ya que el enfoque principal está en la pasión fugaz y el juego en lugar de la intimidad duradera.

3. **Amistoso (Storge)**. Es el llamado amor de compañeros, el cual se caracteriza por una conexión basada en la amistad y la camaradería. Este tipo de amor se fundamenta en la confianza, la afinidad y la comprensión mutua entre los compañeros. Las personas que practican el amor amistoso valoran la comunicación abierta, la confianza y la lealtad en sus relaciones. Este estilo se asemeja a una profunda amistad en la que la pareja comparte intereses comunes, disfruta de pasar tiempo juntos y se apoya mutuamente. El contacto sexual llega tarde, pues considera que la rápida exposición del cuerpo es bastante distante con el proceso gradual de contacto emocional e intelectual. Toma en cuenta las opiniones de la familia y los amigos acerca de su pareja. Es silenciosamente posesivo, pero no celoso o temeroso de rivales hasta que la amenaza real ocurre. De surgir infidelidades, estará dispuesto a perdonar y olvidar, asumiendo que los lazos de la amistad duradera son más poderosos que las indiscreciones.

Las cogniciones asociadas al estilo amistoso incluyen una fuerte conexión emocional basada en la confianza y el respeto mutuo. Las personas que se identifican con este estilo de amor valoran la comunicación abierta, se sienten cómodas compartiendo sus pensamientos y emociones con su pareja, y crean relaciones basadas en una amistad sólida. Los riesgos asociados al amor amistoso pueden incluir una falta de pasión romántica y la posibilidad de caer en la zona de confort. Aunque la amistad es una base sólida para una relación, centrada únicamente en esta dimensión puede resultar en una falta de intimidad romántica y en una rutina monótona.

En este sentido, el futuro de esta pareja es de una duración promedio, pues una pareja de novios o casados no solo se basa en la amistad y el respeto mutuo. Si bien disfrutan de compartir momentos juntos, desarrollando gran confianza y aprecio mutuo, pero si no se complementa con otros aspectos, como romanticismo y erotismo, el futuro de la pareja puede ser comprometedor, pues pronto se cae en la monotonía y aburrimiento.

4. **Pragma.** Es el amor lógico, el cual está compuesto por *storge* y *ludus*. Se basa en la búsqueda racional de la pareja compatible ideal, mediante el cual se tienen presentes aspectos determinados que debe presentar la pareja. Se busca una pareja acorde a características como la edad, religión, vocación, posición social, etc. Considera la compatibilidad sexual importante, que puede ser resuelto a través del esfuerzo mutuo y si es necesario del asesoramiento de expertos. Este estilo de amor se caracteriza por ser práctico y lógico en las relaciones sentimentales. Este tipo de amor se basa en la toma de decisiones racionales y en la búsqueda de parejas que se ajustan a ciertos criterios y expectativas establecidas. Las personas que practican el amor pragma buscan relaciones que sean convenientes, prácticas y que cumplan con sus metas y objetivos personales.

Las cogniciones asociadas al estilo pragma implican una mentalidad orientada a objetivos y a la búsqueda de la compatibilidad pragmática en una relación. Las personas que se identifican con este estilo buscan características específicas en sus parejas, como estabilidad financiera, compatibilidad de valores y metas, y una relación que se ajusta a sus planos a largo plazo.

Los riesgos asociados al amor pragma incluyen la posibilidad de ser percibido como frío o calculador, ya que las decisiones en la relación pueden parecer más lógicas que emocionales. Además, centrado demasiado en aspectos prácticos puede

llevar a pasar por altos aspectos emocionales y la conexión profunda con la pareja. Por lo general este tipo de parejas suelen mantener relaciones estables y centradas en metas comunes. Buscan mantener la armonía y la estabilidad en la relación, aunque pueden enfrentar algunos problemas al equilibrar la lógica y la emoción en la interacción con su pareja.

5. **Manía.** Es el amor posesivo y obsesivo. Está constituido por la combinación de eros y ludus, se caracteriza por una fuerte dependencia de la pareja, celos intensos, desconfianza y ambivalencia, se experimenta la relación de manera intensa y apasionada, cuando la pareja está ausente se presenta ansiedad por el miedo a la pérdida. Creen que no son nada hasta que alguien los ama. El más pequeño malentendido pueden agrandarlo, les encanta el drama. Están ansioso por ver o comunicarse todos los días y con mayor frecuencia. La persona no aceptará las dificultades o crisis de la relación, pues las tomará como una prueba de la inexistencia del amor. Considera los celos de amor como el amor verdadero, por tanto, no necesitan evidencia alguna para justificarlo. Se convencen de que la vida sin su pareja apenas vale la pena vivir.

Es un amor inestable y quienes lo practican suelen experimentar emociones extremas, pasión intensa y una necesidad excesiva de estar cerca de su pareja. Este tipo de amor se centra en el deseo de ser amado y reconocido por la pareja, y a menudo lleva a comportamientos de celos, ansiedad y dependencia emocional. Las cogniciones asociadas al estilo de amor maníaco incluyen una preocupación constante por la relación, la necesidad de confirmación y la constante búsqueda de reafirmación de amor por parte de la pareja. Los individuos con este estilo pueden interpretar incorrectamente la falta de atención o el espacio personal como señales de rechazo, lo que puede aumentar su ansiedad y conducir a comportamientos posesivos o controladores.

Los riesgos asociados al amor de manía incluyen la posibilidad de desarrollar una relación desequilibrada y agotadora, donde la intensidad emocional puede abrumar y asfixiar a la pareja. Esto puede llevar a ciclos de relaciones inestables, cambios bruscos de humor y comportamientos impulsivos que afectan negativamente la estabilidad de la relación.

El devenir promedio de las parejas con este tipo de amor puede ser tumultuoso, ya que la intensidad emocional puede llevar a relaciones inestables y problemas de

comunicación. Aunque puede haber momentos de pasión y conexión profunda, la inseguridad y los altibajos emocionales pueden hacer que estas relaciones sean difíciles de mantener a largo plazo.

6. **Ágape.** Amor desinteresado o altruista. Está formado por eros y storge, consiste en la renuncia absoluta y entrega totalmente desinteresada, se expresa en un amor que busca el bien del otro independiente de la reciprocidad; en ciertos casos se puede anteponer las necesidades de la pareja por las propias. La esencia de ágape es poder prometer amar ahora y en el futuro. Este tipo de amor se enfoca en el bienestar de la pareja, expresando cuidado, generosidad y sacrificio sin esperar reciprocidad. Los individuos que practican este estilo amoroso buscan el beneficio y la felicidad de su pareja, sin esperar nada a cambio, lo que se traduce en actos de comprensión, apoyo y empatía.

Las cogniciones asociadas al estilo de amor ágape incluyen una percepción desinteresada del amor, donde se valora la felicidad y el bienestar del otro por encima de los intereses personales. Se manifiesta una sensibilidad especial hacia las necesidades y deseos del ser amado, junto con la capacidad de brindar apoyo incondicional, comprensión y aceptación.

Los riesgos asociados a este estilo de amor pueden incluir un desequilibrio en la relación si una de las partes da continuamente sin recibir nada a cambio, lo que podría generar resentimiento o desequilibrios emocionales. Además, existe el riesgo de que la persona que practica el amor ágape pueda ser explotada o maltratada emocionalmente por su pareja, ya que pueden ser percibidos como vulnerables o fáciles de manipular.

El futuro de las parejas que practican el amor ágape suele ser estable y armonioso, ya que se basa en una dinámica de cuidado mutuo y apoyo desinteresado. Sin embargo, la ausencia de reciprocidad puede generar desequilibrios en la relación si no se maneja adecuadamente, siendo crucial establecer límites claros y fomentar una comunicación abierta para mantener la relación sana y equilibrada (Lee, 2000, citado por Peña, 2017).

3.3. Percepción de Conflictos de Pareja.

3.3.1. Definición de los conflictos dentro de la pareja.

La percepción de conflictos en la pareja es en gran medida un hecho subjetivo, pues muchas personas ven conflictos donde para otros no existe nada. La experiencia vivida en la infancia junto a los padres influye de manera considerable en este hecho. Dicha variable se define como *“Un conflicto de pareja surge cuando en los 2 miembros existen dos motivaciones de carácter opuesto, pero de igual intensidad. Estas dos motivaciones que compiten por imponerse son la base de los malos entendidos de la relación de pareja y son los causantes de la insatisfacción, frustración y debilitamiento y hasta pérdida de la pareja si no están bien resueltos. La percepción de los conflictos depende del punto de vista de cada miembro de la pareja y los valores que emplee para enjuiciar una acción o determinada situación”*. (Arévalo, 2014: 18).

No es un hecho inusual que los hijos perciban conflictos en la relación de sus padres, pues los conflictos son parte insoslayable de la relación cotidiana de pareja, y hasta se puede considerar como una fuente de constante aprendizaje. Si bien tener conflictos significa estar vivo y lo saludable es aprender a manejarlos, principalmente porque algunos son inevitables, también es verdad que existen diferentes tipos de conflictos y algunos que exceden el promedio pueden resultar perniciosos y traumáticos para los hijos. Para muchos autores una buena relación de pareja o una pareja funcional no es aquella que nunca tiene problemas, es la que sabe confrontar y manejar sus conflictos y permite que estos surjan sólo cuando realmente son necesarios; en este contexto los hijos no solo perciben los conflictos, sino que aprenden a resolverlos. En esa perspectiva, se puede aseverar que no existe una familia en la cual los hijos no perciban conflictos entre los padres, pero sí se puede estar seguros que existen familias cuyo manejo ineficaz y patológico de los conflictos afecta negativamente o trauma a los hijos asociando emociones negativas a determinadas maneras de gestionar los conflictos (Bernal, 2005).

3.3.2. La percepción de los conflictos de la pareja por parte de los hijos.

Los hijos que percibieron problemas entre sus padres desarrollan una sensibilidad especial hacia la percepción de dichos problemas en etapas posteriores de su vida. La infancia, como un lienzo en blanco, se pinta con los colores de las interacciones que observamos en el núcleo familiar. Los hijos, como esponjas, absorben cada matiz de los

conflictos entre sus padres, y estas pinceladas, una vez imprimidas, perduran en el tiempo. Aquellos que han sido testigos de disputas conyugales en su niñez o adolescencia llevan consigo un prisma particular hacia las relaciones afectivas. Esta lente, teñida por los desencuentros parentales, tiende a proyectar sombras donde otros ven luz. La percepción, moldeada por la vivencia de conflictos, actúa como un filtro que tiñe las relaciones propias. La semilla plantada durante los años de infancia germina en la adultez, manifestándose en una mayor propensión a interpretar y amplificar pequeños desacuerdos como conflictos significativos. La determinación se establece con firmeza entre la intensidad de los problemas que perciben y la historia tumultuosa que presenciaron entre sus padres. Los recuerdos de la discordia paterna se entrelazan con las relaciones actuales, influyendo sutil pero poderosamente en la forma en que los hijos procesan y perciben los desafíos de la convivencia en pareja.

La sombra de los conflictos parentales proyecta su influencia en la forma en que los hijos, cuando son jóvenes o adultos inmersos en relaciones afectivas propias, abordan los desafíos de la convivencia. Los recuerdos de esas tensiones presenciadas en la infancia se entrelazan con las estrategias de afrontamiento, tejidas más por emociones que por la lógica. En lugar de abordar los problemas de manera estructurada y constructiva, estos individuos optan por senderos menos racionales y más impregnados de la carga emocional que los aflige. Las cicatrices de la discordia parental dan forma a una serie de cogniciones erróneas, como la negación del problema, un mecanismo de defensa que actúa como un velo ante la incomodidad del conflicto, o la deformación del mismo, donde la percepción distorsionada se convierte en un intento de manejar una realidad dolorosa. La visión sesgada adquirida durante los años formativos es el prisma a través del cual interpretan los conflictos, llevándolos a adoptar estas estrategias de afrontamiento emocionales que, si bien podrían proporcionar un alivio temporal, no abordan de manera efectiva la raíz del conflicto, perpetuando así un ciclo de respuestas poco adaptativas en la resolución de problemas.

Las huellas indelebles de los conflictos parentales se manifiestan como un resabio del pasado en las relaciones amorosas de los hijos, ahora adultos. Como si fueran manuscritos encriptados en lo más profundo del ser, estas experiencias infantiles resurgen en las interacciones actuales de manera sutil pero innegable. Las actitudes, emociones y respuestas ante los conflictos, moldeadas en la infancia al presenciar las disputas entre sus padres, se convierten en una suerte de guion subconsciente. Estas pautas, arraigadas

en el inconsciente, se manifiestan como mecanismos de defensa, reeditando estrategias de afrontamiento que, si bien fueron útiles en el contexto familiar original, resultan obsoletas o inapropiadas en el entorno de las relaciones adultas. Estos individuos se encuentran atrapados en una pugna entre lo consciente y lo inconsciente, incapaces de evitar la reproducción de patrones emocionales aprendidos en la niñez. Los problemas percibidos entre los padres se convierten en piezas clave de un complejo, incrustados en las profundidades del ser, influyendo en la forma en que se desenvuelven en sus propias relaciones afectivas, a menudo sin siquiera ser conscientes de la fuente de esas actitudes arraigadas y repetitivas (Bernal, 2015).

3.3.3. Modelo teórico de Gottman.

El cuestionario de percepción de conflictos de pareja, propuesto por Arévalo Luna Edmundo (2014), se basa en el modelo teórico de John Mordecai Gottman (2001).

Gottman es un psicólogo norteamericano y terapeuta familiar reconocido por su enfoque en la investigación de las relaciones interpersonales y su contribución al estudio de las dinámicas de pareja. Actualmente es profesor emérito de Psicología en la Universidad de Washington y miembro electo de la Asociación Americana de Psicología (APA). Su modelo teórico se centra en comprender los patrones de interacción entre las parejas y predecir la estabilidad o el deterioro de una relación calculada en diferentes indicadores. El modelo de Gottman se basa en varios principios fundamentales:

- **Las Cuatro Conductas Críticas.** Gottman identificó cuatro conductas que consideran perjudiciales para la relación. Estos son el desprecio, la crítica, la actitud defensiva y el distanciamiento emocional. Según su investigación, la presencia repetida de estas conductas puede ser predictora de la ruptura de la relación.
- **El Ratio de 5 a 1.** Gottman propuso que, para que una relación sea estable, las interacciones positivas deben superar en número a las negativas en una proporción de al menos 5 a 1. Esto significa que, por cada interacción negativa, debe haber al menos cinco interacciones positivas para mantener la estabilidad de la relación.
- **Las Señales de Alerta.** A través de extensos estudios, Gottman identificó "señales de alerta" que podrían indicar un riesgo significativo para la relación. Estos incluyen el menosprecio, la falta de comunicación positiva, la incapacidad para resolver conflictos y la falta de compromiso.

- La Fisiología del Conflicto. Gottman también ha estudiado la fisiología de las interacciones conflictivas. Descubrió que la activación fisiológica durante los conflictos, como el aumento del ritmo cardíaco o la sudoración excesiva, está correlacionada con una mayor probabilidad de problemas en la relación.

- El Análisis de Observación. Utilizando técnicas de observación detallada y análisis de interacciones en tiempo real, Gottman y su equipo desarrollaron métodos para evaluar las relaciones de pareja. Estos métodos incluyen el registro de micro conductas, la identificación de patrones específicos de comunicación y la predicción de resultados basada en estos patrones (Gottman, 2001).

3.3.4. Las dimensiones en la percepción de los conflictos de la pareja.

- Según Arévalo (2014) en la relación de pareja no todos los escenarios implican problemas, pero si algunos son más proclives. A esos espacios se los ha denominado zonas críticas. Entendemos por zonas críticas como aquellas áreas de responsabilidad en que los miembros de la pareja tienen mayor incidencia de problemas. Las zonas, son los roles o funciones en que los miembros tienen posiciones distintas y marcadas; cada miembro tiene una mejor o peor disposición ante dichas responsabilidades; en algunas de esas zonas la pareja se complementa o se siente a gusto, en otras existe mayores desacuerdos y desavenencias. Una zona es una parte del escenario, considerado como escenario a la relación de convivencia en su totalidad, porque es propio de la relación asumir responsabilidades en diversos aspectos de la vida de pareja; en tal sentido la zona crítica vendría a ser aquella área de responsabilidad en que ambos tienen dificultades para complementarse y consecuentemente los conflictos se agudizan.

Arévalo (2014) identifica 9 zonas críticas en la relación de pareja, las cuales constituyen las 9 dimensiones del test que propone. Dichas zonas crítica son:

1) Zona Doméstica y de Crianza. Desacuerdo en los estilos de crianza del/os hijo/s, cuidado, tareas escolares y hábitos; indiferencia o rigidez ante sus conductas. Dificultades en la distribución de tareas del hogar, falta de equidad y apoyo mutuo. Todas las parejas en algún momento discuten pues tienen diferentes ópticas de criar a los hijos, y este hecho en sí no es algo negativo. Es importante controlar la intensidad, la frecuencia y la utilidad de las discusiones. Nunca hay que faltar el respeto, agredir física o verbalmente a la otra persona, tolerar menosprecios o

humillaciones. Si las discusiones se dan con demasiada frecuencia es probable que la pareja haya entrado en una fase en la que, lejos de luchar codo a codo para lograr un objetivo común, luchan entre ellos para evitar invasiones a su terreno. La discusión debe servir para llegar a un punto en el cual se desbloquee el tema que les ha llevado ahí, y cuando no son capaces de llegar a un acuerdo es preferible solicitar ayuda profesional.

2) Zona Económica. Desacuerdos originados por el manejo y distribución del dinero, priorizar las necesidades y diferenciar de los gastos superficiales. Actitudes frente al ahorro, independencia y compartimiento en el manejo económico. Una fuente de conflicto es cuando uno de los miembros de la pareja no trabaja, o gana menos. En estos casos surge un problema de dependencia económica y emocional. En una situación de una relación de pareja, se puede producir un conflicto (problema), que haga que los miembros de la pareja tomen 2 decisiones: o trabajar conjuntamente para solucionarlo o romper la relación (a veces es un único miembro de la pareja el que toma la decisión de dejarlo). Pero puede ocurrir que uno de los miembros de la pareja opte por negar la evidencia de este conflicto, o se auto inculpe constantemente cada vez que hay un problema. Si esta situación de autoinculpación se perpetúa, se produce entonces una desigualdad de roles en la relación, donde uno tiene más poder que el otro. El que tiene menos poder, se queda enganchado al otro, produciéndose entonces una relación adictiva ya que éste “necesita al otro” de una manera enfermiza y es capaz de anularse y negar evidencias solo por estar con él. El resultado final es que la personalidad del dependiente se anula en la del dominante, que puede o no ser consciente de lo que hace.

3) Zona de Hábitos Personales. Comportamientos que cada miembro de la pareja asume y genera malestar o incomodidad en el otro, como en la alimentación, bebidas, costumbres, o manifestaciones personales que generan discrepancias entre los cónyuges. Cada miembro de la pareja, por provenir de una familia diferente, tiene hábitos personales distintos. La vida cotidiana está repleta de hábitos que sirven para organizar el día a día. Sin estas conductas repetidas sería difícil sostener actividades que requieren cumplir con horarios y tareas pautadas de antemano. Sin embargo, lo que sirve para organizar el trabajo y las horas del día no cumple la misma función en el ámbito amoroso y sexual de las parejas. Los vínculos de pareja, en forma inconsciente, van naturalizando lo conocido, repitiendo día a día acciones que si no

se cuestionan y se modifican llevan al aburrimiento y al conflicto. Pareciera que lo conocido es la regla, y cuando se toma conciencia, la crisis ya está instalada. Existe la creencia de que es mejor mantener lo conocido que innovar, romper con la secuencia preestablecida de actos, cuando en realidad provocar cambios renueva la dinámica de la relación.

4) Zona de la Familia Colateral. Desacuerdos ocasionados por el tipo de relación con la familia o parientes del cónyuge (padres, abuelos, hermanos, hijos, otros) cambios generados desde el inicio de la relación en las visitas, paseos, reuniones de esparcimiento, tipo de interacción y tolerancia hacia la familia del otro. Cuando la familia afecta a la relación de pareja, los cimientos se tambalean y el escenario se complica. En el momento en el que se forma una pareja con quien compartir la vida, de alguna manera también se elige a su familia. Según las estadísticas actuales los conflictos, choques y discrepancias originados por la familia de los cónyuges es algo bastante recurrente. Las cifras más actuales indican que tres de cada cuatro parejas experimentan problemas significativos con sus suegros, y un 60% de las mujeres suelen experimentar discrepancias con las madres de sus parejas.

5) Zona de Intereses. Pérdida de interés por las actividades de ocio que al inicio de la relación ambos disfrutaban, tales como de paseos, deportes, juegos, pasatiempos, entre otros. Desinterés y poca disposición para acompañar o compartir en los hobbies de su pareja. Uno de los conflictos más frecuentes en las relaciones de pareja es la diferente perspectiva de ambos miembros para organizar su tiempo libre y sus actividades sociales. Pudiera ser que ambos se hayan dejado llevar por la rutina cotidiana, embargados por sus respectivos trabajos y quehaceres diarios y que hayan olvidado cómo divertirse. O bien porque cada uno busca su propia diversión independientemente de su pareja y/o al revés: se pasan la vida juntos y no se relacionan con nadie más. También suele ocurrir jóvenes que al tener un hijo, el punto de vista sobre cómo organizar las actividades sociales, ya que un miembro de la pareja puede querer centrarse únicamente en el cuidado del niño (dejando el área social de lado) y el otro demanda intentar planificar un tiempo propio de la pareja. Sea como fuere, la persona como individuo independiente tiene sus propias necesidades y es difícil adaptarlas y compaginarlas con tu pareja. Si yo tengo la necesidad de quedarme encasa los fines de semana porque realmente me apetece y disfruto de ello, esto no me genera ningún problema, es más, me produce felicidad.

Pero independiente. Ahora bien, si mantengo una relación de pareja donde el otro necesita y disfruta saliendo los fines de semana y a mí no me apetece, aparece un conflicto de intereses. La manera de solucionar este conflicto y la importancia o relevancia que la pareja le otorgue, va a depender de los recursos emocionales, de comunicación, de empatía, de cada uno de los miembros.

6) Intimidad sexual. Desacuerdos e insatisfacción en el plano sexual, afectivo-emocional, en la calidad en complacencia mutua. Desinterés en la vida íntima-sexual. Problemas de infidelidad o conflictos no resueltos. Hay infinidad de motivos por los que la sexualidad se puede ver afectada en la relación de pareja y no siempre tiene que ver con la vida sexual en sí. Lo que sucede es que la sexualidad es una función sumamente sensible a la estabilidad o desequilibrio de otros factores que confluyen en la vida de pareja. Diversos estudios revelan que el enfado, el resentimiento, las enfermedades, el aumento de peso o el estrés son las principales causas por las que no se tiene una sexualidad satisfactoria. Muchos de los motivos por los que el sexo no funciona tienen que ver con un deterioro en la relación de pareja debido a diversos acontecimientos, tanto laborales, como personales, el nacimiento de un hijo, un “fracaso” sexual ocasional que puede provocar ansiedad a posteriori.

7) Social. Desacuerdos y conflictos por la relación con amigos o conocidos, sea en el ámbito laboral de recreación o esparcimiento. Interferencias en los vínculos sociales de cada miembro de la pareja, que al inicio de la relación disfrutaban mutuamente. Los problemas en esta dimensión se dan porque uno de los cónyuges tiene amigos incompatibles con su pareja o, bien, no tiene amigos y se vuelve dependiente de su pareja. Existen varios factores que marcan el perfil de los codependientes ya que, a diferencia del concepto de dependencia emocional, se hace hincapié en los dos miembros de la pareja. Estas personas llegan a estar juntas porque son como piezas que quisieran encajar a toda costa. El conflicto surge cuando uno de los miembros de la pareja quiere salir con sus amigos y el otro se pone celoso o se siente desplazado o descuidado. Esta situación lleva a que uno de los cónyuges se aleje de su familia o de sus amigos de antaño. Puesto que se siente responsable del bienestar de su pareja, carga con todos sus problemas y frustraciones hasta tal punto que descuida sus relaciones personales y sus aspiraciones. En el caso de la codependencia, se corre el peligro de que la pareja se convierta en un potenciador del aislamiento social. Los seres queridos se ven como enemigos ya que se contraponen

al núcleo creado dentro de la pareja. Esto hace imposible que los miembros de una pareja codependiente sean conscientes de la situación hasta que ya han perdido sus apoyos externos.

8) Metas. Incompatibilidad y desacuerdos para tomar decisiones en los proyectos a futuro; sea para los hijos (estudios, colegios, otros.), viviendas, adquisición de bienes y materiales, entre otros. Ausencia de planes a futuro. Las ideas que cada miembro de la pareja se referencia a su vida en común, a su convivencia, a sus perspectivas de futuro...en ocasiones son punto de conflicto ya que puede ocurrir que los 2 miembros de la pareja no lo vean de la misma manera. Sin embargo, todo ello hace referencia las ideas que cada miembro tiene sobre lo que debería ser su relación para que ésta sea totalmente satisfactoria “lo que debería ser y lo que es en realidad”, siendo fuente de numerosos conflictos en el caso en el que los miembros no lo perciban de la misma manera. Nos referiremos sobre todo a cómo cada miembro de la pareja puede interpretar los problemas que les ocurren. Las interpretaciones de estos motivos son lo que llamamos atribuciones. Cuando tu pareja, no recoge la mesa después de comer que: es egoísta que siempre piensa en sí mismo y que nunca te tiene en cuenta. Si cambias este planteamiento y piensas que no es que sea egoísmo, sino que en su casa nadie le enseñó y realmente es una falta de “aprendizaje” la reacción que se tiene hacia el otro es completamente diferente.

9) Manejo de Celos. Discrepancias permanentes debido a la presencia de celos que no son abordados sinceramente entre los miembros. Problemas de infidelidad que no han sido resueltos; sentimientos de pérdida o abandono de su pareja por la intromisión de otro/a. Los celos sanos suponen el preocuparse por el miedo a perder a la persona amada, porque tenga una relación real o imaginaria con alguien. Los celos patológicos están acompañados de intensos sentimientos de inseguridad, auto - compasión, hostilidad y depresión y suelen ser destructivos para la relación. En el caso de los celos hay mucha relación con la autoestima, pues si yo me veo fuerte y seguro y tengo una opinión favorable de mí mismo, no magnificaré ciertas conductas de duda. Los celos se basan en creencias irracionales: si yo pienso “mi pareja no puede dejarme nunca porque sabe que, si lo hace, me producirá mucho dolor, por lo cual, sería una mala persona”, estoy utilizando un pensamiento irracional. Rondando a los celos, está el conflicto de la infidelidad. En una relación de pareja no influyen sólo los factores internos de la misma (habilidades de comunicación,

expectativas de futuro, compromiso, etc.), también hay factores externos que la influyen directamente: estrés laboral y personal de cada uno de los miembros, la rutina, problemas relacionados con el ambiente como familia y amigos. En estos momentos donde la relación pudiera estar más baja a nivel emocional, por esta serie de conflictos externos e internos de la propia pareja es cuando la pareja está más vulnerable (más probabilidad de que ocurran cosas negativas). Es esta vulnerabilidad la que puede desencadenar que entre otra persona en la relación y aparezca entonces la infidelidad. (Arévalo, 2015).

3.4. Infidelidad.

3.4.1. Definición de infidelidad.

“La infidelidad es conceptualizada como la conducta romántica y sexual que se da fuera de una relación convenida de pareja entre miembros casados o no y que cohabitan o no, y quienes tienen una expectativa de mantener una relación formal con exclusividad sexual en sus relaciones iniciales”. (Romero, Rivera y Díaz-Loving, 2007: 43).

La infidelidad como un quebrantamiento de la confianza, una traición a la relación, una ruptura de la exclusividad emocional; sin embargo, lo que se considera infidelidad depende de los valores de cada uno de los integrantes de la pareja y del tipo respecto al espacio de exclusividad, para algunos es algo "normal" que puede darse y va con la idea de que la monogamia es antinatural, esto como una racionalización de la infidelidad; otros piensan que mientras uno no se comprometa emocionalmente se puede tener una aventura sexual sin ser infiel, lo que no es cierto puesto que de todas formas viola el acuerdo monogámico de la pareja y porque muchas personas, especialmente las mujeres, terminan involucrándose emocionalmente en la relación extramarital, con consecuencias muy difíciles de manejar que pueden llevar a destruir una situación de pareja a todas luces rescatable. (Torres et al, 2016).

3.4.2. Infidelidad y violencia de género.

El engaño masculino, si puede incomodar mucho a la pareja, de manera habitual es mejor tolerada que la femenina, esta última choca con un índice de ideologías culturales según los cuales la infidelidad masculina es tan innata como la fidelidad femenina. Muchos hombres han sido infieles no una sino muchas veces, sin pasar por la sanción moral o social. En la concepción social y moral actual, el engaño femenino es mucho

más grave y sancionable. *“La infidelidad femenina generalmente va asociada a la desilusión en la relación, a la falta de satisfacción sexual, y algunas veces puede ser una forma de desquite; otras veces ocurre que las damas, para justificar la infidelidad, crea todo un romance de película que la lleva a convencerse que esta locamente enamorada de su amante, lo que es falso en la mayoría de los casos, el amor que cree sentir por su amante puede ser producto de las distorsiones que acompañan el estado de enamoramiento, en el cual, se magnifica lo "positivo", se minimiza lo "negativo" y se percibe lo correspondiente al creencia romántica que domina en ese momento”* (Quevedo, 1996: 16).

La intersección entre la violencia de género, la infidelidad y su influencia en la conducta de los hijos ha sido analizada desde la perspectiva de la Teoría de la Selección Sexual. Desde esta óptica, se plantea que la infidelidad podría interpretarse como una estrategia adaptativa para maximizar la reproducción y la propagación de los genes. En el contexto de la violencia de género motivada por la infidelidad, algunos hijos, particularmente los varones, tienden a identificarse con el progenitor infiel y violento, asociando estos comportamientos con roles dominantes y exitosos. Esta identificación puede estar arraigada en una percepción evolutiva de la reproducción exitosa: aquellos que han mostrado una mayor capacidad para tener múltiples parejas sexuales podrían ser vistos, desde una perspectiva evolutiva, como más exitosos en la propagación de los genes. Esta percepción distorsionada, ligada a la imagen de éxito y dominancia, puede llevar a los hijos a emular y glorificar el comportamiento infiel y violento de sus padres, perpetuando así estos patrones en sus propias interacciones y relaciones. En consecuencia, la identificación con el padre infiel y violento se convierte en una manifestación de la selección sexual, donde los patrones de comportamiento son modelados para reflejar una supuesta ventaja evolutiva en la competencia reproductiva, aunque en la realidad estos comportamientos sean perjudiciales y destructivos en las relaciones humanas contemporáneas (Camacho, 2004).

Desde otro punto de vista, los hijos que han presenciado y asociadas emociones negativas con la infidelidad de sus padres pueden llegar a normalizar este comportamiento en su propia vida adulta. Al ser testigos de relaciones marcadas por la infidelidad y las emociones insanas que la acompañan, estos individuos pueden internalizar la idea de que la infidelidad es una respuesta común y justificable a la insatisfacción en una relación. La falta de conexión emocional, problemas de comunicación o insatisfacción sexual

percibida durante la infancia se convierten en marcadores de alerta que predicen la posibilidad de recurrir a la infidelidad como un medio para buscar satisfacción emocional fuera de la relación de pareja. Los hijos que han internalizado este patrón pueden asumir que la infidelidad es una consecuencia natural cuando una relación no funciona bien, y pueden justificarla como una forma de compensar las deficiencias emocionales y afectivas que experimentan en el contexto familiar. Este proceso de normalización y justificación de la infidelidad puede llevar a estos individuos a reproducir el mismo comportamiento en sus relaciones adultas, sin experimentar un malestar emocional significativo, ya que lo conciben como algo común y una respuesta aceptable ante la insatisfacción relacional, perpetuando así un ciclo de patrones poco saludables en las relaciones de pareja.

La influencia de los medios de comunicación social y la ideología del amor libre e individualismo pueden contribuir a la normalización de la infidelidad en hijos que han presenciado la violencia asociada a este comportamiento en sus padres. En la época actual, los medios de comunicación social presentan una imagen del mundo que promueve una percepción de abundancia en términos de oportunidades para la infidelidad. Esta representación, junto con la ideología del amor libre y el individualismo, alimenta la idea de que ser infiel es algo inevitable y hasta esperado en un contexto donde se glorifica la libertad individual y se minimizan las restricciones éticas y morales asociadas con la fidelidad. La disminución percibida de las consecuencias negativas de la infidelidad en la sociedad contemporánea, así como la reducción de su carga pecaminosa y ética, propician una percepción de que los costos de ser infiel son cada vez menos relevantes. Esta visión, influenciada por los medios y la cultura contemporánea, puede moldear la percepción de los hijos que han presenciado la violencia vinculada a la infidelidad, llevándolos a considerar esta conducta como algo normal y menos problemático de lo que podría ser en un contexto ético y moral más tradicional (Torres et al, 2016).

3.4.3. La teoría de Kinsey, Pomeroy, Martin y Gebhard.

El inventario multidimensional de infidelidad (IMIN) de Romero et al (2007) se basa en diferentes modelos teóricos, entre los cuales sobresale la teoría de propuesta por Kinsey, Pomeroy, Martin & Gebhard (1953) expuesta en el libro “El comportamiento sexual en el ser humano”. Esta obra revolucionaria se basó en el estudio sistemático y exhaustivo de la sexualidad humana, utilizando métodos de investigación cuantitativa y

entrevistas detalladas con miles de participantes. Kinsey y su equipo recopilaron datos sobre experiencias sexuales, orientación sexual, prácticas sexuales, comportamientos y actitudes en un intento de comprender y describir la diversidad del comportamiento sexual humano. La teoría principal de este libro se basa en la idea de que la sexualidad humana es amplia y variada, y que existe una amplia gama de comportamientos sexuales dentro de la población. Los autores desafiaron las percepciones convencionales sobre la sexualidad, cuestionando las normas sociales y culturales predominantes de la época. Presentaron datos que sugerían que muchas prácticas sexuales, consideradas tabú o inusuales, eran más comunes de lo que se pensaba en ese momento, particularmente la infidelidad.

El trabajo de Kinsey, Pomeroy, Martin y Gebhard clasificó la sexualidad humana en una escala continua, desde la heterosexualidad hasta la homosexualidad, reconociendo que las experiencias sexuales podían variar a lo largo del tiempo y no siempre ajustarse a categorías rígidas. Además, desafiaron la noción de que la sexualidad era simplemente un fenómeno moral o biológico, destacando su complejidad y su relación con el contexto social y cultural.

Kinsey, Pomeroy, Martin y Gebhard revolucionaron la comprensión de la sexualidad humana al desafiar las normas sociales y culturales existentes en su época. Desde su óptica, el fenómeno de la infidelidad es visto como algo común y cada vez más normalizado en la sociedad contemporánea. Estos investigadores sostuvieron que las restricciones morales y sociales en torno a la fidelidad matrimonial, si bien existen, no siempre se alinean con la realidad de las prácticas y actitudes sociales hacia la infidelidad. La doble moral imperante sanciona la infidelidad, presentándola como un comportamiento reprobable o inaceptable desde una perspectiva moral o ética. No obstante, los estudios de Kinsey y su equipo destacaron que, en la práctica, muchas instituciones y prácticas sociales están diseñadas para convivir con la infidelidad de manera implícita. A pesar de la condena social, se observa una tolerancia implícita hacia la infidelidad en diversos contextos sociales. En la sociedad actual, se evidencia una discrepancia entre las expectativas sociales y las realidades del comportamiento humano en relación con la fidelidad. A pesar de la sanción moral hacia la infidelidad, las estadísticas y estudios demuestran la presencia extendida de este fenómeno en diferentes estratos sociales y culturales. Kinsey y sus colegas señalan que la naturaleza humana

tiende a manifestar una diversidad sexual y afectiva más amplia de lo que las normas sociales convencionales pueden admitir (Kinsey et al, 1953).

3.4.4. Dimensiones de la infidelidad.

Las dimensiones del inventario multidimensional de infidelidad (IMIN) de Romero, A., Rivera, S. & Díaz-Loving, R. (2007), son las siguientes:

1. **Infidelidad sexual.** Esta dimensión se refiere a las conductas que implican mantener relaciones sexuales o algún tipo de actividad sexual con alguien que no es la pareja primaria. Las conductas de infidelidad sexual pueden manifestarse de varias formas, como tener relaciones íntimas fuera de la relación de pareja, mantener encuentros sexuales esporádicos o tener relaciones emocionales y sexuales con una tercera persona. Esto puede incluir desde un único encuentro hasta relaciones sexuales continuas y duraderas con otra persona. Las cogniciones asociadas a esta dimensión pueden estar vinculadas a la búsqueda de satisfacción sexual, el deseo de experimentar algo nuevo o la atracción hacia otra persona. En algunos casos, puede existir una percepción de que la infidelidad sexual es una forma de mantener la excitación o la pasión que se ha perdido en la relación principal. Los refuerzos sociales a menudo están relacionados con estereotipos difundidos por los medios de comunicación, que pueden glorificar la infidelidad sexual como algo emocionante o aventurero. Por ejemplo, películas, programas de televisión o canciones a menudo retratan relaciones extramatrimoniales como emocionantes, románticas o incluso glamorosas, creando la idea de que es aceptable buscar relaciones sexuales fuera de la pareja. Estos estereotipos pueden reforzar la idea de que la infidelidad sexual es algo normal o incluso deseable en ciertos contextos, lo que a su vez puede influir en las percepciones individuales y en la toma de decisiones relacionadas con la conducta sexual fuera de la relación primaria.

2. **Deseo de infidelidad emocional.** Denota el deseo de un vínculo romántico con otra persona además de la pareja primaria, sin necesariamente llevarlas a cabo. El deseo de infidelidad emocional puede manifestarse en la atracción emocional hacia otra persona, la fantasía de una relación romántica con alguien que no es la pareja principal, el deseo de intimidad emocional o incluso el desarrollo de un fuerte apego emocional hacia otra persona. Las ideas concomitantes a esta conducta están relacionadas con la búsqueda de conexión emocional, la insatisfacción con la relación actual, la sensación de carencia emocional en la pareja o la percepción de que se puede encontrar una mayor compatibilidad emocional con alguien más. A menudo se romantiza el concepto de tener

una conexión emocional o romántica con alguien fuera de la relación principal. Por ejemplo, películas, series de televisión o canciones pueden retratar historias de amor prohibido, relaciones secretas o amores platónicos que generan la idea de que buscar o anhelar una conexión emocional con otra persona es algo natural o incluso emocionante. Estos estereotipos pueden reforzar la idea de que el deseo de infidelidad emocional es algo común o justificable en ciertos contextos, lo que puede influir en las actitudes individuales hacia la fidelidad emocional en una relación.

3. **Deseo de infidelidad sexual.** Esta dimensión se refiere al anhelo o deseo de establecer un vínculo sexual con otra persona además de la pareja principal, aunque no necesariamente se materialice en acciones concretas. El deseo de infidelidad sexual puede manifestarse en fantasías sexuales con alguien que no es la pareja principal, la atracción sexual hacia otra persona, el deseo de experimentar encuentros íntimos o la búsqueda de satisfacción sexual fuera de la relación principal. Esta conducta se ve apoyada por intereses de búsqueda de placer sexual, la curiosidad por experimentar nuevas experiencias sexuales, la insatisfacción sexual en la relación actual o la percepción de que se puede encontrar una mayor compatibilidad sexual con alguien más. Los refuerzos sociales pueden estar influenciados por ciertos estereotipos que a menudo glorifican el concepto de tener encuentros sexuales fuera de la relación principal. En las películas se retrata la infidelidad sexual como algo emocionante, excitante o incluso como una aventura romántica, generando la idea de que buscar o desear encuentros sexuales con otra persona es algo natural o incluso emocionante.

4. **Infidelidad emocional.** Esta dimensión implica mantener un vínculo emocional romántico con otra persona, además de la pareja principal, y no necesariamente está relacionada con conductas sexuales. La infidelidad emocional puede manifestarse en el desarrollo de una conexión emocional profunda y romántica con alguien fuera de la relación principal. Esto puede incluir compartir sentimientos íntimos, crear lazos afectivos, tener conversaciones profundas o confiar secretos emocionales a otra persona que no es la pareja principal. A esta conducta se asocian fantasías de establecer conexión emocional con nuevas personas que compensen la insatisfacción emocional en la relación actual, además de la percepción de que se puede encontrar una mayor compatibilidad emocional con alguien más o la sensación de estar más entendido o valorado por alguien fuera de la relación principal (Romero et al, 2007).

3.5. Investigaciones Relacionadas con la Violencia de Género en el Contexto Familiar.

Carracedo Cortiñas Sandra (2015) realizó una investigación titulada “Menores testigos de violencia entre sus progenitores: repercusiones a nivel psicoemocional”, en la Universidad de Vigo, Pontevedra, España. En dicho estudio se encontró que los hijos que han experimentado situaciones de violencia entre sus progenitores, en comparación con los de familias intactas, manifestaron más inadaptación (personal, escolar, social y familiar).

En el nivel de inadaptación infantil, los resultados establecen diferencias entre el grupo de hijos con exposición a violencia entre sus progenitores y el grupo sin violencia en torno a dos dimensiones: personal y familiar. La inadaptación personal, valoró la presencia reiterada de pensamientos pesimistas, autodesprecio, miedo, tristeza, preocupación, capacidad para huir de la realidad (o disociativa) y somatización física. En esta línea, existen numerosos estudios que sostienen que la exposición a violencia en la pareja desencadena en los hijos síntomas relacionados con el TEPT, entre los que se incluyen pensamientos negativos recurrentes, reactivación fisiológica, miedos, inseguridad, depresión, problemas de sueño e intento de evasión en momentos de crisis. Además, la presencia de violencia en las dinámicas familiares genera, por sí sola, sentimientos y percepciones de índole negativa (tanto personales como del conjunto familiar); sensación de inseguridad y malestar que, lejos de reducirse con el tiempo o con el final de la violencia, se siguen manteniendo; aumentado así las posibilidades de padecer alteraciones psicoemocionales de mayor gravedad.

El desajuste personal que muestran estos menores, dada su incapacidad para controlar la situación familiar, hace que el autoconcepto y la autoimagen personal se resienta todavía más. El estrés que sufren los niños y niñas expuestos a eventos de esta naturaleza en el ámbito doméstico suele provocar repercusiones a nivel físico y también orgánico como consecuencia de la reactivación fisiológica que desencadena una situación que ellos mismos consideran peligrosa o, simplemente, una amenaza para sus progenitores, hermanos y para ellos mismos. Múltiples estudios realizados con menores testigos de violencia intrafamiliar han informado de trastornos somáticos (p. e., dolores de cabeza, estómago, náuseas, asma, etc.), retraso en el crecimiento y bajo peso, alteraciones en el sueño, de la alimentación, problemas regresivos tales como encopresis, enuresis, a nivel psicomotor o del lenguaje y conductas dependientes, índices elevados en

la tasa cardíaca y presión sanguínea e, incluso, alteraciones en la actividad eléctrica de la piel. De acuerdo con la American Academy of Pediatrics, la presencia prematura de estrés durante la infancia y la persistencia de la sintomatología física descrita pueden causar patologías con pronóstico grave en el futuro como cardiopatías, ictus cerebrales y cáncer.

En relación al ámbito familiar, los niños y niñas participantes, que habían vivido en hogares con violencia familiar, mostraron una amplia y generalizada insatisfacción. Concretamente, el instrumento utilizado achaca esta actitud negativa al clima familiar, en general, y a la relación presente entre los progenitores, en particular. Es necesario tomar en cuenta que el ejercicio habitual o puntual de la violencia entre los progenitores altera el normal funcionamiento familiar, así como, las relaciones que tienen lugar en este contexto (incluidas, naturalmente, las interacciones paterno o materno filiales) debido a las características del conflicto, sus consecuencias y como resultado de las sinergias que aplican tanto el hombre violento como la mujer víctima. Los problemas psicoemocionales en ambos progenitores, la adopción de estilos parentales inconsistentes o negativos y la presencia de problemas en la relación entre padres e hijos son cuestiones concomitantes cuando hablamos de ambientes familiares caracterizados por la violencia. Ante esta situación, se ha demostrado que los hijos tienden a valorar negativamente la relación que mantienen con sus progenitores y la disciplina o educación recibida, especialmente, cuando se refieren a sus padres.

Al mismo tiempo, esta forma de interpretar las circunstancias familiares agrava el desajuste que manifiestan los niños; o lo que es lo mismo, aumenta el efecto que la exposición a violencia puede causar a nivel psicoemocional y conductual. Precisamente, es habitual la presencia de conductas-problema en el ámbito familiar y así lo confirman las madres. En una realidad familiar como la descrita, los problemas de comportamiento se convierten en un nuevo objeto de conflicto parental, predisponiendo a los hijos a presenciar actos violentos cada vez más frecuentes o a sufrir prácticas parentales inadecuadas e, incluso, próximas al maltrato que, con el paso de los años, pueden conducir a relaciones filo parentales conflictivas. Por este motivo, la American Academy of Pediatrics declaró que, en situaciones de violencia Inter parental, la inadecuada interpretación que los adultos realizan de las necesidades que los hijos exteriorizan aumenta, aún más si cabe, la situación de desprotección en la que se encuentran estos menores. A medio y largo plazo, la literatura científica advierte que la manifestación de inadaptación e insatisfacción familiar por parte de los hijos que han estado expuestos a

violencia entre sus progenitores puede derivar en futuras conductas antisociales, delictivas, agresivas y ligadas al consumo de sustancias tanto dentro como fuera del domicilio familiar (Carracedo, 2015).

En otro estudio relevante, Cantón, Cortés y Justicia (2007) realizaron la investigación titulada “Conflictos entre los padres, divorcio y desarrollo de los hijos”, en la Universidad de Madrid, España. En dicho estudio se pudo verificar que los hijos que han experimentado situaciones de violencia entre sus progenitores, en comparación con los de familias intactas, presentan un nivel más bajo de autoconcepto (global, conductual, intelectual, físico, social, felicidad y satisfacción).

Los resultados relacionados con el autoconcepto indican que el grupo de hijos que en su infancia fueron expuestos a violencia entre sus progenitores tuvieron puntuaciones significativamente inferiores en autoconcepto intelectual, escolar, apariencia física y en cuanto a felicidad-satisfacción. En el ámbito educativo se ha comprobado que las dificultades psicoemocionales, producto de la situación familiar adversa que tuvieron, tienen una influencia directa sobre el desempeño académico y el deterioro del rendimiento en el colegio o en la universidad. Esta condición suele afectar al procesamiento cognitivo, memoria, concentración y atención; disminuyendo la capacidad para hacer frente a las responsabilidades del estudio y para el aprendizaje. Al mismo tiempo, la presencia reiterada de estas dificultades acompañadas de un menor rendimiento, de la falta de apoyo necesario y el hecho de repetir materias pueden generar frustración, ansiedad, insatisfacción y dañar, aún más si cabe, el sentido de valía personal y autoestima de estos menores.

Otros autores encontraron llamativos niveles de problemas de conducta que, inevitablemente, interfieren en sus relaciones con iguales y profesorado; agravando el aislamiento y la situación de riesgo en la que se encuentran los menores que fueron testigos de violencia entre sus padres. Por todos y cada uno de estos aspectos, la vida en el colegio o la universidad puede convertirse en un estresor añadido para aquellos alumnos que cuentan con estas características familiares y, como tal, desencadenar una actitud rebelde que aumenta las probabilidades de ausentismo y, posterior, fracaso educativo. En general, la literatura científica refiere falta de autoestima en aquellos menores que han estado expuestos a situaciones de violencia intrafamiliar; quienes, además, suelen manifestar sentimientos de incapacidad y tienden a infravalorarse. Incluso, esta imagen negativa de sí mismos llega a extenderse también a sus progenitores,

de manera especial hacia las madres, así como al conflicto que ambos mantienen y a la relación entre madres, padres e hijos.

Por otra parte, las diferencias encontradas en torno a la imagen y apariencia social muestran que los menores que han crecido en contextos familiares violentos tienden a mostrar una mayor preocupación por la imagen que proyectan hacia los demás; o lo que es lo mismo, se valoran a sí mismos de manera más negativa y, tras compararse con otros menores de su edad que no han vivido violencia en su entorno, infravaloran las características y rasgos que definen su aspecto físico. También, se ha observado que los menores que han experimentado violencia familiar en sus hogares manifiestan más insatisfacción y/o menor felicidad; siendo ello indicativo del descontento generalizado que presentan los hijos testigos de violencia entre los progenitores con respecto a su situación personal y familiar. La carga emocional que sufren aquellos hijos que están expuestos a violencia entre sus progenitores es de naturaleza negativa, al igual que la percepción que tienen con respecto al conflicto parental, su alcance en las dinámicas familiares, nivel de seguridad, y su propia capacidad para zanjarlo. Los recuerdos del pasado doloroso provocan respuestas de carácter pesimista que, a su vez, están muy relacionadas con una menor aceptación y sentido de capacidad. Otros estudios, relacionaron esta perspectiva negativa en menores expuestos a esta casuística con problemas psicoemocionales, de la conducta y en las relaciones interpersonales y familiares (Cantón, Cortés y Justicia, 2007).

En un tercer estudio revisado, se tiene la investigación realizada por Tarragona Oriols María Jesús (2016) publicado con el título de “Historia de victimización materna y su impacto sobre la salud mental de los menores en entornos de violencia de pareja” efectuado en la Universidad autónoma de Barcelona.

Tarragona (2016) afirma que los hijos que han experimentado situaciones de violencia entre sus progenitores, en comparación con los de familias intactas, presentan más desajuste psicoemocional y conductual. Los resultados obtenidos evidencian que los menores que han estado expuestos a conductas violentas entre sus progenitores, en comparación con aquellos que no las han vivido, presentan un menor nivel de éxito en sus relaciones interpersonales o sociales. Así, estos menores obtienen un menor grado de satisfacción con las relaciones que mantienen con otros niños de su edad y con adultos. Estos resultados ya fueron identificados por otros autores, quienes trataron de explicarlos desde diferentes puntos de vista. Se ha planteado que el modelo de interacción social

asimilado por el individuo en la adolescencia y juventud, depende mayoritariamente del tipo de relaciones que observa un sujeto en el contexto doméstico a edades tempranas. Las relaciones sociales de los adolescentes y jóvenes que fueron testigos de violencia, tienden a estar mediatizadas por una visión alterada del mundo que les rodea y que, a su vez, les genera gran desconfianza hacia los demás.

De esta manera se relaciona la exposición de los hijos a la violencia familiar con dificultades a la hora de empatizar con los demás, interpretar la comunicación social y expresar adecuadamente sus pensamientos y emociones, en etapas posteriores de la vida. Otros estudios encuentran diferencias en inhibición social, inseguridad, excesivo sentido del ridículo, aislamiento y deseo de soledad. Por todo ello, los menores testigos de violencia interparental muestran más dificultades que otras personas a la hora de mantener interacciones sociales duraderas entre pares, integrarse en el grupo educativo y social y, como consecuencia, disponen de una red de apoyo menor que les pueda servir de ayuda cuando la necesiten. Además, existe el riesgo de que esta manera de afrontar las relaciones, y la distorsión cognitiva que hay detrás de ella, se mantengan en el tiempo y acaben afectando a futuras relaciones materno o paterno-filiares, en sus relaciones de noviazgo o de pareja.

Otros datos importantes son los relativos a las variables, locus de control, presencia de estrés social, sintomatología cercana a la depresión, baja autoestima, sentido de incapacidad, actitud negativa hacia la educación, relaciones problemáticas con los progenitores, un menor ajuste personal (con tendencia al retraimiento e introversión) y la manifestación de malestar emocional grave. La percepción de amenaza que experimentaron los menores con respecto al conflicto parental y los episodios violentos, así como su incapacidad para controlarlos podrían afectar negativamente la adaptación personal de estos individuos en las etapas posteriores de la vida. Las dificultades de aprendizaje que pueden desencadenar este tipo de situaciones familiares convierten al colegio y la universidad en una nueva fuente de frustración personal; llegando a generar rechazo, insatisfacción, sentimientos de alienación y hostilidad manifiesta hacia todo lo que tenga que ver con estas instituciones.

A nivel global, los resultados encontrados indican que los hijos que presencian violencia entre sus progenitores tienden a futuro a interiorizar los problemas familiares, a ser más pesimistas y a mostrar mayores síntomas emocionales. Las madres de estos menores, informan la presencia de conductas problemáticas en las etapas posteriores a la

niñez, entre las que destacan: hiperactividad, dificultades comportamentales y de atención. En cuanto al origen de tales respuestas, este se ha asociado principalmente con el estrés que produce el conflicto de pareja y que aumenta la irritabilidad, intolerancia o enfado ante la frustración, impulsividad y agresividad en los hijos. Precisamente, la presencia de dificultades conductuales es mayor en aquellos casos en los que los conflictos parentales son más intensos, revisten una mayor gravedad y, por lo tanto, se convierten en un potente estresor ambiental. A nivel fisiológico, hay que recordar que la exposición temprana a situaciones altamente estresantes puede causar importantes modificaciones en la estructura neurológica (concretamente, en la amígdala, el córtex prefrontal y el hipocampo) que están directamente relacionadas con dificultades para autorregular la conducta y la atención. Otros autores afirman que se trata de una cuestión de aprendizaje, pues, los niños pueden normalizar e interiorizar este tipo de conductas debido a que las observan a diario, asumiendo que la hostilidad es la mejor manera de expresar el malestar y la insatisfacción que la situación familiar les produce.

También se ha manejado la hipótesis que los comportamientos inadaptados en hijos expuestos a situaciones de violencia entre sus progenitores se deben, en gran parte, a las dificultades que ambos adultos tienen para ejercer de manera responsable sus funciones parentales, principalmente a nivel educativo y en relación a pautas consistentes y estables. En cualquier caso, se considera que las alteraciones conductuales manifiestas en este grupo de menores constituyen un factor de riesgo de cara a respuestas parentales impulsivas, agresivas, violentas o, incluso, maltrato físico como método correctivo. Es más, la exposición previa a violencia familiar durante la niñez se ha considerado un factor determinante, pues, aumenta la tolerancia de las madres y, con ella, su predisposición al empleo de métodos de disciplina agresivos. Entre las manifestaciones conductuales más comunes en menores expuestos a violencia en el ámbito familiar, destacan los problemas en las relaciones sociales derivados de su comportamiento atípico y/o alterado; problemas de conducta tendientes a la desobediencia, transgresión de normas y mentiras; uso generalizado de la violencia; aprendizaje de roles de género inadecuados y modelos de interacción social inadaptados; conductas que buscan llamar la atención de los demás y agresividad verbal, tales como discutir, gritar, mostrar terquedad e irritabilidad (Tarragona, 2016).

CAPITULO IV. DISEÑO METODOLÓGICO

4.1. Área a la cual pertenece la investigación.

La presente investigación, que trata sobre el perfil psicológico de hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres, en la ciudad de Tarija, corresponde al Área de la Psicología Clínica, ya que estudia diferentes variables psicológicas de individuos que tuvieron una niñez particular. En esta investigación se realiza un diagnóstico de: la violencia de género, estilos de amor predominante, percepción de conflictos en pareja e infidelidad.

“La psicología Clínica y de la Salud es la disciplina o el campo de especialización de la Psicología que aplica los principios, las técnicas y los conocimientos científicos desarrollados por ésta para evaluar, diagnosticar, explicar, tratar, modificar y prevenir las anomalías o los trastornos mentales o cualquier otro comportamiento relevante para los procesos de la salud y la enfermedad en los distintos y variados contextos en que estos pueden tener lugar” Definición dada por el COP “Perfiles profesionales del Psicólogo” (Ruiz, 2012; 34).

4.2. Tipificación de la investigación.

El diseño de investigación que se ha utilizado, corresponde a un estudio **exploratorio**, ya que en la ciudad de Tarija no existe ningún estudio sobre los hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres.

La investigación exploratoria *“es un tipo de investigación utilizada para estudiar un problema que no está claramente definido, por lo que se lleva a cabo para comprenderlo mejor, pero sin proporcionar resultados concluyentes. Aunque la investigación exploratoria es una técnica muy flexible, comparada con otros tipos de estudio, implica que el investigador esté dispuesto a correr riesgos, ser paciente y receptivo. Suele llevarse a cabo cuando el problema se encuentra en una fase preliminar. A menudo, se le llama enfoque de teoría fundamentada o investigación interpretativa, ya que se utiliza para responder las preguntas que, por qué y cómo”* (Chiner, 2005: 8). Por otra parte, el estudio exploratorio no se basa en criterios estadísticos rigurosos, por lo tanto, no se tomará el 10% de la población.

La investigación es de tipo **descriptivo**, ya que a través de las variables investigadas (violencia de género, estilos de amor predominante, percepción de conflictos en pareja e infidelidad) se describe el perfil psicológico de los hijos e hijas que en su

infancia percibieron violencia entre sus padres, sin entrar a consideraciones causales. Los métodos descriptivos *“simplemente proporcionan información sobre opiniones, hechos, fenómenos, actitudes, etc. Su finalidad es describir la situación prevaleciente de un fenómeno en el momento de realizarse el estudio. Utilizan básicamente la estadística descriptiva para el análisis de los datos. Los diseños mediante encuestas son un claro ejemplo de una investigación descriptiva”* (Chiner, 2005: 10).

Tomando en cuenta la información que aporta esta tesis, se la puede calificar como de tipo **Teórico**, puesto que el fin elemental de la misma es proporcionar información y tratar de absolver dudas científicas. Puntualmente se pretende conocer el perfil psicológico de los hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres. La investigación pura o teórica, *“corresponde al tipo de investigación según el objeto. El propósito de la investigación teórica es mejorar las bases del conocimiento científico, así como mejorar el conocimiento humano antes de los fenómenos o los comportamientos. La investigación teórica no pretende absolver problemas prácticos o concretos, sino comprenderlos, prevenirlos y dar las bases de su control. La investigación teórica emplea el análisis lógico para identificar los elementos fundamentales y la inducción para alcanzar síntesis predictivas”* (Ruiz, 2012: 37).

Según el tratamiento de los datos se puede indicar que el estudio realizado es de tipo **cuantitativo**. Todos los test empleados son de naturaleza estadística y los resultados son expuestos de forma numérica, empleando medidas de tendencia central, tablas cruzadas y porcentajes. Asimismo, la aceptación o rechazo de las hipótesis se basa en criterios proporcionales. La metodología cuantitativa consiste en *“la recolección y el análisis de datos para contestar preguntas de investigación y probar hipótesis establecidas previamente, y confía en la medición numérica, el conteo y frecuentemente el uso de estadística para establecer con exactitud patrones de comportamiento en una población”* (Ruiz, 2012: 38).

Según el tiempo de recojo de los datos y la estrategia para seleccionar la muestra, la investigación realizada corresponde al tipo **transversal** puesto que la misma se realizó en un grupo de distintos sujetos y no se realizó un seguimiento exhaustivo de una o pocas unidades de estudio. Concretamente se analizó un grupo de jóvenes-adultos que en su infancia percibieron violencia entre sus padres. *“Los estudios transversales realizan el levantamiento de datos en un corto tiempo y en una muestra seleccionada según criterios estadísticos, respetando la estratificación y la heterogeneidad. Este tipo de estudio*

también se conoce como estudio de corte transversal, estudio transversal y estudio de prevalencia” (Chiner, 2005: 11).

4.3. Población y Muestra

4.3.1. Población

Se establece como población o universo de estudio a todos los jóvenes-adultos que en su infancia percibieron violencia entre sus padres, en la ciudad de Tarija. No existe ningún registro de cuántos jóvenes-adultos existen en la ciudad de Tarija que en su infancia hayan percibido violencia entre sus padres. Por tanto, se puede decir que el número de la población de esta investigación es desconocido.

VARIABLES DE INCLUSIÓN:

1. Jóvenes-adultos que en su infancia hayan presenciado violencia entre sus padres (que hayan dado un puntaje de 25 o más en la prueba rápida de la OSM, 2018).
2. Que vivan en la ciudad de Tarija.

VARIABLES DE EXCLUSIÓN:

1. Jóvenes-Adultos que en su infancia no hayan percibido violencia entre sus padres (que hayan dado un puntaje de 24 o menos en la prueba rápida de la OSM, 2018).
2. Que no vivan en la ciudad de Tarija desde su infancia.

VARIABLES SOCIO DEMOGRÁFICAS:

1. Sexo:
 - a) Hombre.
 - b) Mujer.
3. Estado civil actual de sus padres:
 - a) Siguen juntos (casados o concubinos).
 - b) Separación temporal.
 - c) Separación definitiva.
4. Nivel educativo del padre:
 - a) Bachiller.
 - b) Universitario / técnico medio.
 - c) Profesional.

4.3.2. Muestra

La muestra seleccionada para esta investigación estará compuesta por 60 jóvenes-adultos que en su infancia percibieron violencia entre sus padres. Por constituirse un tipo de estudio exploratorio.

4.4. Métodos, técnicas e instrumentos

4.4.1. Métodos

En esta investigación los métodos que se emplearon son los siguientes:

Método empírico.

En este estudio se empleó el método empírico, pues todos los datos que se manejan surgieron del contacto directo con la realidad. La fuente primaria son los test; asimismo se trabajó con información secundaria, proveniente de los libros consultados. *“El método empírico es un modelo de investigación que pretende obtener conocimiento a partir de la observación de la realidad. Por ende, está basado en la experiencia. En este modelo, la observación de la realidad es el punto de partida para formular hipótesis, las cuales deben ser sometidas a prueba mediante la experimentación. Estos aspectos diferencian al método empírico de los métodos que sólo se basan en el razonamiento lógico, en los cuales no se acude a la realidad para recabar información, sino que se acumula esta por simple deducción.*

Las ciencias que usan el método empírico son las llamadas ciencias fácticas. Entre ellas están las ciencias naturales (como la química, la física o la biología) y las ciencias sociales (como la economía, la antropología o la psicología, entre otras)” (Hernández Sampieri et al, 2014: 112).

Método analítico.

En esta tesis, luego de recoger la información a través de un procedimiento empírico, se procedió a analizar la información, vale decir, descomponerla en sus partes esenciales, según las dimensiones y elementos identificados por cada uno de los autores de los test y de las teorías consultadas. Si bien el objetivo de esta tesis es determinar el perfil psicológico de los hijos que percibieron violencia de género entre sus padres cuando eran niños, también se analizó en detalle los datos de las variables seleccionadas en los objetivos específicos.

“El método analítico es aquel método de investigación que consiste en la desmembración de un todo descomponiéndolo en sus partes o elementos para observar las causas, naturaleza y los efectos. El análisis es la observación y examen de un hecho en particular. A partir del conocimiento general de una realidad se realiza la distinción, conocimiento y clasificación de los distintos elementos esenciales que forman parte de ella y de las interrelaciones que sostienen entre sí.” (Hernández Sampieri et al, 2014: 115).

4.4.2 Técnicas

En la presente tesis se emplearon las siguientes técnicas:

Escala. En esta investigación se empleó la siguiente escala: Escala de evaluación del tipo y fase de la violencia de género; autores: Jara Romero Pilar, Romero Felip Antoni (2009). Una escala es una técnica de la investigación científica diseñada para medir variables no objetivas ni perceptibles a simple vista, como son las opiniones y actitudes. Tienen la característica que no tienen un cero absoluto y tampoco un límite superior; además, no tienen una unidad de medida discreta (Hernández Sampieri et al, 2014).

Inventario. En nuestra investigación se ha empleado dos inventarios: Inventario sobre estilos de amor; autor. Ojeda, G. (2006). Inventario multidimensional de infidelidad (IMIN) de Romero, Rivera y Díaz-Loving (2007). *“Un inventario es un instrumento de medición que permite conocer una determinada variable registrando el número de atributos tangibles o intangibles relacionados con ella. El inventario parte de un cero absoluto y no tiene un límite superior. Se emplea en aquellos casos donde la mejor manera de medir una dimensión psicológica es contando el número de conductas o atributos relacionados con la misma* (Hernández Sampieri et al, 2014: 85).

Cuestionario. En el estudio realizado se empleó el siguiente cuestionario: Cuestionario de percepción de conflictos de pareja (PCP); cuyo autor es Arévalo Luna Edmundo (2014). *“Un cuestionario es un instrumento que consiste en un conjunto de preguntas previamente diseñadas y estructuradas, las cuales son aplicadas a los participantes con el propósito de recopilar información sobre un tema específico dentro de una investigación (...) Debe presentar una estructura lógica y clara, con preguntas bien formuladas, evitando ambigüedades, dobles negaciones o términos confusos que puedan generar malentendidos en los participantes. Además, las preguntas deben ser*

redactadas de manera objetiva y neutral, sin inducir respuestas o sesgar la información que se busca recabar” (Hernández Sampieri et al, 2014: 87).

4.4.3 Instrumentos

En el siguiente cuadro se expone de manera esquemática los instrumentos que se aplicaron para recoger los datos necesarios para dar cumplimiento a los objetivos:

OBJETIVOS	METODOS	TECNICAS	INSTRUMENTOS
Violencia de género	Test psicológicos	Escala	Escala de evaluación del tipo y fase de la violencia de género. Autores: Jara Romero Pilar, Romero Felip Antoni (2009).
Estilos de amor	Test psicológico	Inventario	Inventario sobre estilos de amor. Autor. Ojeda, G. (2006)
Percepción de conflictos en pareja	Test psicológico	Cuestionario	Cuestionario de percepción de conflictos de pareja (PCP). Arévalo Luna Edmundo (2014).
Infidelidad	Test psicológicos	Inventario	Inventario multidimensional de infidelidad (IMIN) de Romero, Rivera y Díaz-Loving (2007).

A continuación, se describirá la ficha técnica de cada uno de los instrumentos que se emplearon en la presente investigación:

1. ESCALA DE VIOLENCIA DE GÉNERO

Autores. Jara Romero Pilar, Romero Felip Antoni (2009).

Objetivo. Mide el tipo y fase de violencia de género.

Técnica. Test estandarizado. Escala.

Historia de creación y baremación.

La escala fue creada con la finalidad de constar con un instrumento de Evaluación del Tipo y Fase de la Violencia de Género. El primer paso para la construcción del cuestionario fue utilizar la técnica del Brainstorming o lluvia de ideas, de la cual surgieron los primeros ítems.

Después, se pasó a la redefinición y construcción de los ítems, por medio de dos jueces, los cuales valoraron 102 ítems como los más significativos.

El tercer paso fue, utilizar la Técnica del Grupo Nominal, aplicada con el programa estadístico SSPS, en la cual se realiza la valoración total de la importancia de los 102 ítems, según el juicio valorativo de los 25 inter jueces que han participado. Esta técnica selecciona los ítems más valorados, es decir, el 25% con más valor y el 25% con menos valor.

Naturalmente, al tratarse de seleccionar los ítems más valorados, los primeros seleccionados fueron los que obtuvieron un 25% de valoración más alta. Los restantes, hasta 42 ítems seleccionados, fueron elegidos por orden de puntuación siguiendo el criterio de la Técnica del Grupo Nominal. Finalmente, se construyó la escala, los ítems que conforman el cuestionario son un total de 42, con los cuales se está realizando un primer estudio exploratorio y un Análisis Factorial exploratorio (AFE). (Jara y Romero, 2009).

Posteriormente la escala original de Jara y Romero fue adaptada por Jaramillo J. y cols. (2012) para ser aplicado en un entorno latinoamericano, reduciendo la misma a 20 ítems y reordenando los mismos en 4 áreas: Violencia física, Violencia psicológica, Violencia sexual y Violencia social. Esta adaptación de Jaramillo J. y cols. (2014) es la que se emplea en esta tesis.

Validez y confiabilidad.

Con respecto a la validez de la prueba se empleó la correlación de Spearman con el diseño octogonal de Aiken donde se obtuvo un valor mayor a 0,85; esto significa que el total de los puntajes de los ítems tiene un nivel alto de validez.

Además, en el cálculo de la confiabilidad se aplicó los instrumentos a 500 mujeres atendidas en el centro de salud, lo cual su valor fue de 0.797 indicando que es un nivel alto de confiabilidad. Estudios posteriores mediante el cálculo del Alfa de Cronbach se evidenció niveles promedio superiores al 0.77.

Procedimiento de aplicación y calificación.

La escala se aplica de manera individual y se le solicita a la persona que dé las respuestas de manera lo más objetiva y honesta posible, asegurándole la respectiva privacidad y confidencialidad del caso.

La escala se aplica a personas de 16 años en adelante que mantienen una relación afectiva, formal o informal; no tiene tiempo límite y termina cuando el entrevistado dice que completó con todos los ítems.

La forma de calificar las respuestas es sumando los valores respectivos de cada alternativa:

Nunca/ Nada:	0 puntos.
Algunas veces:	1 punto.
Muchas veces:	2 puntos.
Casi siempre:	3 puntos.
Siempre:	4 puntos.

La escala evaluativa consta de un total de 20 ítems, los cuales miden los comportamientos que subyacen al tipo y fase/s de la violencia. Los ítems, evalúan el grado de acuerdo o desacuerdo que poseen las personas afectadas sobre algunas situaciones relacionadas con la violencia contra las mujeres.

Los resultados se expresan tanto en áreas como de manera total o general:

ÁREAS	ÍTEMS	PUNTAJES MÁXIMOS
Violencia física	1-4	16
Violencia psicológica	5-9	20
Violencia sexual	10-15	24
Violencia social	16-20	20
Violencia total	1-20	80

Los puntajes directos expresados en la anterior tabla se los transforma en percentiles (escala de 0-100) y se los ubica en una tabla de doble entrada, obteniéndose de esta manera un perfil de violencia, tanto por dimensión como de manera general.

ESCALA DE VIOLENCIA

NIVEL

Violencia Baja (0 – 25)
Violencia Medio Baja (26 – 50)
Violencia Medio Alta (51 – 75)
Violencia Alta (76 – 100)

2. INVENTARIO SOBRE ESTILOS DE AMOR.

Autor. Ojeda, (2006)

Objetivo. Identifica el estilo de amor predominante.

Técnica. Inventario.

Historia de creación y baremación. *” Diversos autores se han preocupado por generar un instrumento que permita cuantificar las características humanas y objetivar el proceso de evaluación. En relación de las tipologías del amor, se han desarrollado pruebas que indican el estilo de amor de los involucrados en una relación romántica. Sternberg desarrolló la Escala triangular del amor (1989), constituida por 45 ítems, Mazadiego y Norberto (2011) realizaron una investigación a una muestra de 1000 estudiantes de un rango de 19 a 31 años. El inventario sobre Estilos de amor es un constructo evaluado por el estilo de amor y el modo de aplicación es individual o colectivo basado en IEAA, Ojeda, 2006 con respuestas tipo escala Likert con 69 ítems (Peña, 2017:3).*

Para la elaboración de baremos, considerando los seis estilos de amor, se utilizó rangos percentiles mediante el programa SPSS. Los percentiles dividen la distribución en 99 valores, cada percentil indica el porcentaje de elementos del conjunto que se encuentra por debajo del valor de la variable que representa (Peña, 2017:34).

Validez y confiabilidad. Se adaptó y estimó las propiedades psicométricas del Inventario Sobre Estilos de Amor (IEAA) en 410 jóvenes y adultos de Lima Metropolitana que tienen una relación en la actualidad. Se proporcionaron evidencias de validez relacionadas al contenido de la prueba por medio del criterio de cinco jueces. Además, se obtuvo evidencias de validez vinculadas a la estructura interna de la prueba mediante el análisis factorial confirmatorio (CFI=.967, TLI=.966, SRMR=.080 y RMSEA=.077) y confiabilidad compuesta de las puntuaciones obtenidas en la escala (ágape=.840, manía=.785, pragma=.808, amistoso=.967, ludus=.891 y eros=.940).

Procedimiento de aplicación y calificación. El formato de respuesta corresponde a un tipo de escala Likert de cinco puntos, que comprende desde 1 (totalmente en desacuerdo), 2 (en desacuerdo), 3 (ni de acuerdo ni en desacuerdo), 4 (de acuerdo) hasta 5 (totalmente de acuerdo).

Para obtener la calificación del inventario es necesario:

- Seleccionar los reactivos que pertenecen a cada factor.
- Sumar la calificación de los puntajes (1, 2, 3, 4 ó 5) dados por el sujeto.
- El puntaje obtenido es la calificación para ese factor.

Comparar el puntaje con el punto medio para evaluar si la persona está por arriba o debajo de la tendencia. Además, tomar en cuenta el puntaje máximo que se puede alcanzar, así como el mínimo. Al tener todos los resultados se obtiene los porcentajes de cada uno de los factores para poder comparar en cuál de los estilos de amor la persona puntúa más alto.

Este instrumento se aplica a personas de 15 años en adelante, consta de 69 ítems, los cuales corresponden a seis estilos de amor: Estilo erótico (Ideología que se funda en la atracción física hacia la pareja. Expresa el amor a través de una búsqueda constante de nuevas formas de coquetear y seducir a la pareja, pues desea llegar al goce y a la consumación sexual) Estilo lúdico (Ideología bajo el pensamiento que solo se vive una vez, por tanto, se debe conocer personas de todo tipo, tener muchas parejas y buscar nuevas relaciones). Estilo amistoso (Ideología cuya expresión de amor se funda en alimentar día a día una amistad profunda con la pareja. Se caracteriza porque en la relación existe entendimiento y acuerdo mutuo en cuanto a compartir actividades). Estilo maníaco (Ideología que se basa en ser demandante con la pareja y celarla muy frecuentemente. Manifiesta su amor por el otro a través de una búsqueda constante por controlar todo lo que hace; por ello, supervisa y le pide cuentas de su comportamiento). Estilo pragmático (Ideología fundada en la planeación de la elección de la pareja y todo lo que entra en juego en la dinámica de dicha relación). Estilo Agápico (Ideología cuya expresión de amor se basa en la consigna de que la pareja es más importante que uno, ante cualquier circunstancia se busca cubrir primero sus necesidades).

Para el procedimiento de la aplicación, se pide al sujeto que conteste la ficha de datos sociodemográfica marcando con una X el número que mejor corresponda a la forma de interactuar con su pareja, considerando las alternativas propuestas para su respuesta:

Alternativas de respuestas	
Totalmente de acuerdo	5
De acuerdo	4
Ni de acuerdo ni desacuerdo	3
En desacuerdo	2
Totalmente de acuerdo	1

Escala:

Estilo de amor	Ítems
Ágape	11,14,26,58,66,67
Amistoso	3,4,6,10,17,19,23,24,25,27,28,32,33,36,37,40,42,46, 49,50,53,55,59,61,62,64,65,68,69
Eros	1,9,15,18,29,30,31,43,44,56
Ludus	8,12,13,20,21,38,39,52,54,63
Manía	2,5,7,22,35,48,57
Pragma	16,34,41,45,47,51,60

Los puntajes de cada ítem se suman y se los transforma percentiles. La interpretación se la realiza por cada dimensión en base a esta escala:

Percentiles:

Acento de cada estilo de amor:

Muy bajo	(0 – 20)
Bajo	(21 – 40)
Medio	(41 – 60)
Alto	(61 – 80)
Muy alto	(81 – 100)

3. CUESTIONARIO DE PERCEPCIÓN DE CONFLICTOS DE PAREJA (PCP).

Autor. Dr. Edmundo Arévalo Luna. (2014).

Objetivo. Percepción de conflictos de pareja.

Técnica. Cuestionario.

Historia de creación y baremación. El cuestionario de Percepción de Conflictos de pareja (PCP) fue creado por el Dr. Edmundo Arévalo Luna (2014) en la Escuela de Psicología- Facultad de Medicina Humana, perteneciente a la Universidad Privada Antenor Orrego, Trujillo –Perú. Este instrumento tiene su inicio en el trabajo de la psicología clínica y familiar. Luego de un proceso de validación y de prueba experimental se publicó en el Perú el 2014 y hasta el momento ha sido aplicado en el campo de la psicología clínica privada como en instituciones de educación superior, con halagadores resultados. La baremación se dio a través de la aplicación de una muestra de 750 adultos de la ciudad de Trujillo y 150 de la ciudad de Chiclayo, una edad promedio de 39.5 en los varones 35.8 en las mujeres. No se hallaron diferencias significativas en los factores edad ni lugar de origen. Se elaboraron 4 baremos con puntuaciones percentiles y eneatis, dos para varones y dos para mujeres

Confiabilidad y validez.

La confiabilidad de una prueba psicológica se define como la consistencia o estabilidad de una medida; es decir, es el grado en que una serie de medidas está libre de varianzas de error al azar. En un primer momento, se determinó la fiabilidad a través del

método de las mitades, utilizando la fórmula de producto momento de Pearson y corrigiendo los resultados obtenidos por medio de la fórmula de Spearman Brown, en una muestra de 150 adultos, con una relación de pareja de 2 años a más. El coeficiente de fiabilidad de las diferentes dimensiones oscila alrededor de 0.71, lo cual es algo bastante bueno lo que garantiza su uso y aplicación en poblaciones similares a los sujetos de la muestra.

La validez de una prueba se refiere al grado en que el instrumento mide correctamente aquello que pretende medir. Para determinar si los reactivos son válidos o no válidos se utilizaron dos tipos de validez. En primer lugar, la validez de Contenido mediante el criterio de Jueces. Esta técnica consistió en proporcionar el cuestionario a la opinión de jueces: Psicólogos con conocimientos y experiencia en el tema clínico, terapia familiar y de pareja. En segundo lugar, la validez de construcción, mediante la cual se pretende demostrar cuan exitoso y eficiente es un instrumento en la medición de una variable. Los coeficientes de validez del cuestionario de PCP-EAL, a través del método de la correlación de Pearson, se realizó en una muestra de 300 hombres y mujeres de las ciudades de Trujillo y Chiclayo. Los coeficientes de validez alcanzados en el estudio indican la exactitud en la medición de la variable, se aprecian coeficientes que oscilan entre 0,309 a 0,608.

Procedimiento de aplicación y calificación.

El cuestionario de Percepción de Conflictos de Pareja (PCP-EAL) está diseñada para su aplicación a adultos, con un mínimo de 2 años de relación y con hijos. Las cuestiones se presentan con cuatro alternativas de respuesta, siendo estas: Siempre (S), Casi siempre (CA), Casi nunca (CN) y Nunca (N). La prueba no tiene un tiempo limitado, pero generalmente no dura más de 15 minutos. La aplicación de la prueba puede ser aplicada a los miembros de la pareja en su conjunto.

Normas de calificación. Los ítems se corrigen y puntúan pro dimensiones. Todos los reactivos se han elaborado con una direccionalidad positiva, es decir, a mayor puntaje, mayor presencia de la zona de conflicto. Los ítems se califican con puntajes de 4 a 1; es decir a mayor puntaje mayor acuerdo o aprobación al contenido del ítem. Se suman los Puntajes Directos de cada una de las zonas de conflicto, para establecer el Puntaje de la Escala General (PG). Luego, se convierten estos Puntajes Directos (PD) en Puntuaciones Percentiles y eneatis, para luego graficar el perfil y determinar así el predominio de la zona de conflicto

Normas de interpretación. La interpretación de los resultados, se da a través de las puntuaciones (percentiles) obtenidas en cada una de las áreas. En tal sentido se debe realizar la interpretación y verificar el grado de acuerdo o desacuerdo que tienen los miembros de la pareja, en sus perfiles. Cuando existe coincidencia en los hallazgos, (ambos coinciden en percibir las zonas de conflicto, mejoran las posibilidades para la ayuda terapéutica; a mayor discrepancia, menos posibilidades de armonizar la relación.

Los ítems se distribuyen de la siguiente manera:

Zonas de conflicto	Reactivos	P. Máx.	P. Mín.
Doméstica y de crianza	1,10,19,28,37,46,55,64,73	36	9
Económica	2,11,20,29,38,47,56,65,74	36	9
Hábitos personales	3,12,21,30,39,45,57,66,75	36	9
Familia colateral	4,13,22,31,40,49,58,67,76	36	9
Intereses	5,14,23,32,41,50,59,68,77	36	9
Intimidad sexual	6,15,24,33,42,51,60,69,78	36	9
Social	7,16,25,34,43,52,61,70,79	36	9
Metas	8,17,26,35,44,53,62,71,80	36	9
Manejo de celos	9,18,27,36,45,54,63,72,81	36	9

La interpretación se da a través de los siguientes percentiles:

90-99	Evidente insostenibilidad de relación entre los cónyuges, a razón de los continuos desacuerdos, enfrentamientos, los cuales pueden llegar incluso a la agresividad y violencia dentro del hogar. Incompatibilidad de caracteres entre los cónyuges, lo cual predispone a una inevitable ruptura de la relación y posterior separación definitiva.
75-89	Alto grado de experiencias conflictivas en la relación de pareja. Pronostico desfavorable sobre la situación marital del evaluado (a), la cual es consciente de que a pesar de la existencia de sentimientos hacia su pareja, muchos de los

	problemas que se han generado son irremediables. Discusiones constantes dentro del hogar, que imposibilitan la convivencia.
50-74	Presencia moderada de conflictos de pareja. Evidente falta de comunicación y comprensión entre los cónyuges. Necesidad de solicitar ayuda especializada que les permita solucionar los problemas presentes, evitando así que estos lleguen a agravarse con el tiempo, y que se haga previsible la existencia de un mutuo resentimiento entre ambos.
25-49	Bajo riesgo de experiencias conflictivas en la relación de pareja. La interacción y relación que el individuo establece con su pareja es por lo general adecuada, por lo que son pocas las circunstancias que predisponen a que existan desacuerdos, inconvenientes o desavenencias dentro de su relación. Ello significa que el evaluado presenta problemas mínimos y de baja intensidad, como el común denominador de todos los matrimonios.
24 a menos	Ausencia total conflictos de pareja. Riesgo inexistente de llegar a experimentar desacuerdos con su pareja. Evidente armonía, comunicación y felicidad dentro de la relación conyugal, así como la existencia de un adecuado consenso en la forma de cómo educar a los hijos.

4. INVENTARIO MULTIDIMENSIONAL DE INFIDELIDAD (IMIN)

Autor. Romero, S. Rivera y R. Díaz-Loving (2007)

Objetivo del test. Evalúa la conducta de infidelidad.

Técnica. Test psicométrico (Inventario)

Historia de creación y baremación. Este instrumento fue creado por Romero, Rivera y Díaz Loving (2007) con 198 ítems. Fue aplicado ampliamente en diferentes países de habla hispana y se obtuvo de él diferentes versiones; en las más actuales se redujo considerablemente el número de ítems. El instrumento ha demostrado ser de gran utilidad en la psicología clínica, particularmente en el tema de relación conyugal. El inventario fue baremado con la participación de 1200 sujetos voluntarios, de la ciudad de México, mayores de 18 años, 600 hombres y 600 mujeres, con un promedio de edad de 25 años y un rango de 18 a 65 años, involucrados actualmente en una relación de pareja heterosexual. El 36% reportó haber sido infiel en al menos una ocasión (ejecutores de

infidelidad), el 29% reportó haber descubierto que su pareja era infiel (receptores de infidelidad) y el 35% reportó no haber tenido vivencia previa.

Dicho inventario mide diferentes dimensiones de infidelidad, llamadas subescalas. La primera subescala Infidelidad Sexual se define como las conductas que denotan el mantenimiento de un vínculo sexual con otra persona además de la pareja primaria, la segunda subescala Deseo de Infidelidad Emocional significa que denota el deseo de un vínculo romántico con otra persona además de la pareja primaria, sin necesariamente llevarlas a cabo; la tercera subescala de Deseo de Infidelidad Sexual se refiere al deseo de un vínculo sexual con otra persona además de la pareja primaria, sin necesariamente llevarlas a cabo y la cuarta subescala Infidelidad Emocional son aquellas conductas que denotan el mantenimiento de un vínculo emocional romántico con otra persona además de la pareja primaria.

Confiabilidad y validez. La validez se caracteriza porque un instrumento debe medir lo que se pretende medir. Se aplicó un análisis factorial de componentes principales, con rotación ortogonal para obtener la validez de constructo, correlacionando el inventario con la Escala de Actitudes Hacia la Exclusividad Marital (Attitudes Toward Marital Exclusivity Scale) creada por Weis y Fenton (1987) y el cuestionario de Glass y Wrigth (1992) denominado Cuestionario de Razones para el Involucramiento Extramarital (Justifications for Extramarital Involvement Questionnaire JEIQ, 1992) obteniéndose una correlación promedio de 0.69, por lo cual se considera un instrumento válido.

Para determinar la confiabilidad se mide el mismo conjunto de objetos una y otra vez con el mismo instrumento, obteniendo resultados iguales o similares. Por lo tanto, la confiabilidad implicaría estabilidad, fiabilidad y predictibilidad del instrumento. Se utilizó el estadístico alpha de Cronbach para lograr establecer la coherencia interna del Inventario, obteniéndose un valor repetido de 0.92, por lo tanto dicho instrumento es confiable ya que los valores superiores a 0.75 indican una alta confiabilidad, con lo cual se concluye que el instrumento presenta consistencia interna.

Procedimiento de aplicación y calificación. El Inventario Multidimensional de Infidelidad (IMIN, 2007) es aplicable a personas mayores de 18 años, que tengan una relación de pareja de tipo sexual. Cada ítem consta de una escala Tipo Likert de 5 puntos, que van de “nunca” a “siempre”.

Calificación. Todos los reactivos se califican de 1 (nunca) a 5 (siempre). Se tiene que obtener la sumatoria por factor (sumar los reactivos o ítems de cada factor) para después sacar el promedio de cada factor y esa es la calificación de la persona. El resultado final se lo interpreta de acuerdo a esta escala.

Grado de infidelidad	Rango
Nula	48 – 59
Baja	60 – 119
Mediana	120 – 179
Alta	180 - 240

Fuente: Romero, S. Rivera y R. Díaz-Loving (2007)

4.5. Procedimiento

En el presente capítulo se describe en detalle el curso de la investigación en sus diferentes momentos:

Revisión Bibliográfica y elaboración del proyecto de investigación. Esta fase de investigación corresponde a la revisión del material bibliográfico, realizándose la búsqueda y obtención de la información necesaria, en libros, revistas de psicología y páginas web en relación a los conceptos requeridos para la elaboración del proyecto. Asimismo, se consultó todas las investigaciones disponibles sobre el tema para construir un adecuado marco teórico que permitió interpretar los resultados obtenidos y elaborar las conclusiones.

Selección de instrumentos. En esta fase, se seleccionaron los instrumentos adecuados para el recojo de datos, siendo estos los siguientes:

- Escala de evaluación del tipo y fase de la violencia de género. Autores: Jara Romero Pilar, Romero Felip Antoni (2009).
- Inventario sobre estilos de amor. Autor. Ojeda, G. (2006)

- Cuestionario de percepción de conflictos de pareja (PCP). Arévalo Luna Edmundo (2014).
- Inventario multidimensional de infidelidad (IMIN) de Romero, Rivera y Díaz-Loving (2007).

Prueba Piloto. Se realizó la aplicación de los instrumentos a una muestra reducida (5 personas) y se comprobó que los instrumentos seleccionados respondían a los objetivos planteados. Se verificó que todas las frases, expresiones y palabras son comprensibles por las personas de la muestra, se midió el tiempo promedio que cada instrumento tarda en ser respondido y se estableció el orden adecuado de aplicación de los mismos, así como el número de sesiones.

Selección de la muestra. Se realizó la selección de la muestra, la cual quedó conformada por 60 personas que cumplen las características estipuladas en el capítulo de la metodología. El tipo de muestreo que se utilizó para esta investigación corresponde a las muestras no probabilísticas de tipo intencional, ya que se seleccionó a las personas que cumplen con las variables de selección y que voluntariamente manifestaron el deseo de participar en la investigación. Se estableció contacto con jóvenes-adultos entre 18 y 50 años que indicaron haber sido testigos de violencia entre sus padres cuando ellos eran niños. Luego que se les explicó los objetivos de la investigación y que aceptaron colaborar con la misma, se les aplicó la escala reducida de detección de violencia de género en la pareja (OSM, 2018) para verificar si estas personas cumplían con los requisitos de las variables de inclusión. A aquellos jóvenes-adultos que puntuaron en la mencionada escala de 25 para arriba, se les consideró aptos para conformar la muestra. A todos los jóvenes-adultos que aceptaron participar de la investigación se les garantizó la total confidencialidad de sus respuestas y que los resultados se expresarían de manera estadística y que en ninguna parte se identificaría los nombres de los informantes.

Recojo de información. En esta etapa se hizo la administración de los cuatro instrumentos a cada una de las personas de la muestra. Se les proporcionó todo el material necesario, se les realizó la respectiva explicación de las consignas y nos aseguramos que todos hayan entendido muy bien la labor que tenían que realizar. La aplicación de los instrumentos se realizó en cuatro sesiones, separadas por no 48 horas cada una, para de esta manera garantizar la total predisposición a responder con objetividad y dedicación a los mismos. El orden de aplicación de dichos instrumentos fue tal como se establece en la segunda etapa de este capítulo.

Procesamiento de datos. Una vez obtenidos los resultados, se procedió a la sistematización de la información a través de la tabulación de datos, debido a que todos los instrumentos son de naturaleza cuantitativa, se usó el programa estadístico SPSS. Se realizaron los cálculos estadísticos básicos, como frecuencias, porcentajes, medias aritméticas y cruzados de variables. Dichos resultados fueron expresados a través de tablas y cuadros.

CAPITULO V. ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE RESULTADOS

En este capítulo se presentan y analizan los resultados obtenidos a través de los instrumentos utilizados en la investigación sobre el perfil psicológico de hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres en la ciudad de Tarija. El análisis se centra en comprender las variables relacionadas con la percepción de conflictos, estilos de amor y el impacto de la violencia en las relaciones interpersonales de los jóvenes.

Se examinan las distintas percepciones de los hijos e hijas sobre la violencia y cómo estas experiencias influyen en su desarrollo emocional y en la manera en que establecen relaciones en la adultez. Se explorará la relación entre la historia familiar de violencia y los conflictos de pareja que pueden surgir, así como los estilos de amor predominantes que adoptan, analizando si estos reflejan patrones de comportamiento aprendidos en la infancia.

Para la recolección y sistematización de los datos, se utilizó el programa Excel, organizando la información en cuadros que siguen las variables de estudio planteadas en el diseño metodológico. El análisis de los datos se realizó de forma cualitativa y cuantitativa, utilizando métodos de estadística descriptiva que incluyen cuadros de frecuencia y porcentajes, lo que permitirá una comprensión más clara de las dinámicas en juego.

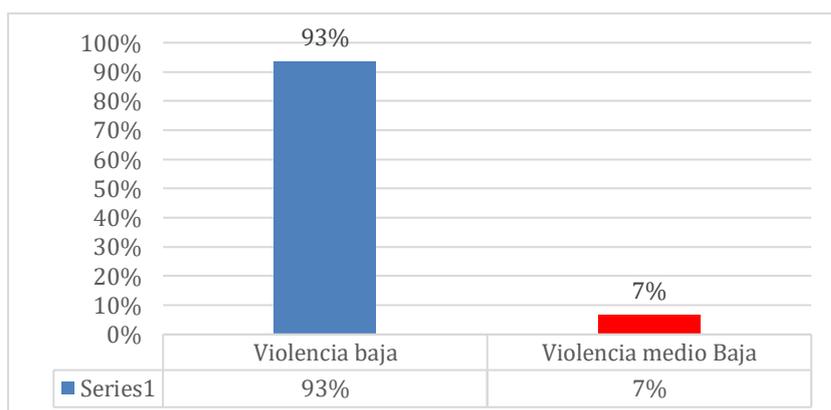
Objetivo 1. Analizar la percepción que tuvieron los hijos e hijas durante su infancia sobre la violencia entre sus padres.

Cuadro N° 1

Niveles de violencia de genero

Violencia de Genero	f	%
Violencia baja	56	93%
Violencia medio Baja	4	7%
Total General	60	100%

Grafica N° 1



Los resultados obtenidos en este estudio sobre la percepción de los hijos ante la violencia de género revelan que, de los 60 participantes, el 93% percibió un nivel de violencia baja, mientras que solo el 7% identificó la violencia como medio baja. Estos hallazgos sugieren que, ya en la adultez, los participantes pueden recordar sus experiencias infantiles como menos graves, posiblemente debido a la forma en que han aprendido a procesar o reinterpretar esos recuerdos con el tiempo, tal vez como una manera de protegerse emocionalmente.

Este fenómeno puede deberse a varios factores subyacentes. En primer lugar, es posible que los hijos normalicen ciertas conductas violentas debido a una exposición prolongada en su entorno familiar. La violencia, cuando se vive en el hogar desde una

edad temprana, puede internalizarse como una parte cotidiana de la vida, lo que lleva a una percepción distorsionada donde se subestima la gravedad del abuso.

Otro factor relevante podría ser el mecanismo de defensa psicológico que los hijos desarrollan para protegerse del dolor emocional. Al minimizar la violencia, los hijos podrían estar intentando reducir la disonancia cognitiva que surge cuando reconocen que un ser querido, como un padre o una madre, está involucrado en actos de violencia. Este mecanismo podría ser particularmente fuerte en contextos donde la violencia no es física, sino más bien psicológica o emocional, ya que estos tipos de violencia son menos visibles y, por ende, más fáciles de racionalizar o justificar.

Además, la influencia cultural y social también juega un papel crucial. En muchas sociedades, la violencia de género aún es un tema tabú, lo que puede llevar a que los hijos no reconozcan ciertos comportamientos como violentos o simplemente no hablen de ellos. Esta falta de reconocimiento puede estar influenciada por los valores culturales que minimizan el papel del abuso, especialmente cuando este no implica daño físico evidente.

Es importante también considerar el papel de la educación y la falta de conocimiento sobre lo que constituye violencia de género. Los hijos pueden no estar plenamente conscientes de las diferentes formas de violencia y, por lo tanto, no identificar ciertos comportamientos como abusivos. Esto puede ser especialmente cierto si no han recibido educación adecuada sobre el tema en su hogar y/o en algún centro educativo.

Finalmente, es posible que los hijos perciban los actos violentos con menor gravedad debido a una necesidad de mantener la cohesión familiar o evitar conflictos. En familias donde la unidad y el evitar confrontaciones son valores importantes, los hijos pueden optar por minimizar o ignorar la violencia para preservar la armonía aparente.

En resumen, la prevalencia de percepciones que subestiman la gravedad de la violencia de género entre los hijos puede ser explicada por una combinación de factores como la normalización de la violencia, mecanismos de defensa psicológicos, influencias culturales, falta de educación adecuada sobre el tema y la necesidad de preservar la cohesión familiar.

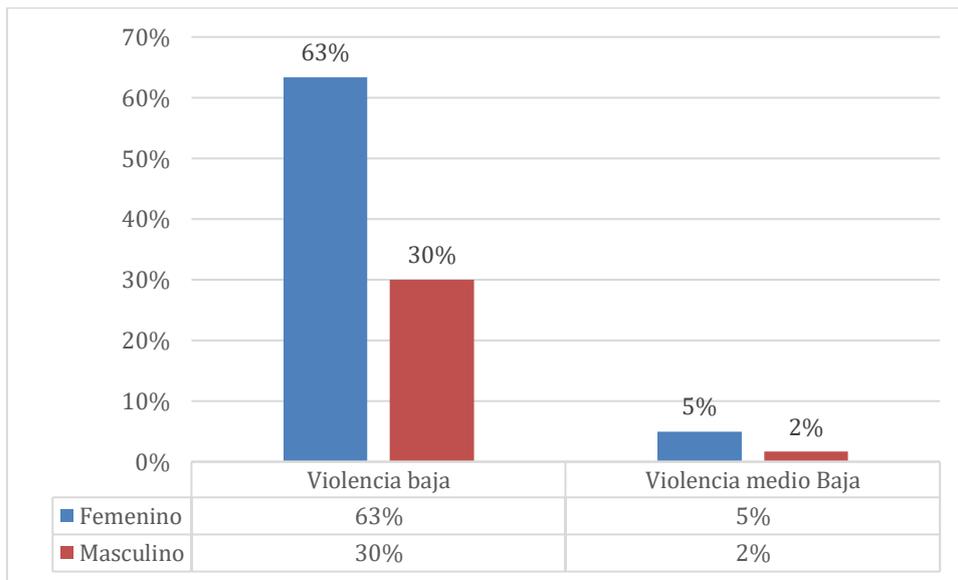
Cuadro N° 2

Niveles de violencia de genero según sexo

Violencia de Genero	Sexo					
	Femenino		Masculino		Total	
	f	%	f	%	f	%
Violencia baja	38	63%	18	30%	56	93%
Violencia medio Baja	3	5%	1	2%	4	7%
Total general	41	68%	19	32%	60	100%

Grafica N° 2

Niveles de violencia de genero según sexo



Los resultados muestran una clara diferencia en la percepción de la violencia de género entre hijos e hijas. De los 60 participantes, la mayoría 68% son mujeres, mientras que el 32% son hombres. Este sesgo en la muestra puede influir en la interpretación de los resultados, pero más allá de esto, hay hallazgos cruciales que destacan.

Un aspecto notable es que el 63% de las mujeres percibieron la violencia como baja, en contraste con solo el 30% de los hombres que compartieron esta percepción. Esto indica que las mujeres, en comparación con los hombres, tienen una tendencia más

marcada a minimizar o subestimar la violencia de género. En cambio, un porcentaje muy bajo, tanto en mujeres 5% como en hombres 2%, percibió la violencia como medio baja.

La marcada diferencia en la percepción entre mujeres y hombres puede deberse a varias razones. Las mujeres, al estar potencialmente más expuestas a situaciones de violencia de género a lo largo de su vida, podrían haber desarrollado una percepción adaptativa donde tienden a minimizar ciertos comportamientos para lidiar con ellos. Este fenómeno puede estar relacionado con mecanismos de defensa psicológicos, como la normalización de la violencia, que permiten a las mujeres gestionar el estrés y el malestar emocional al restar importancia a los actos violentos.

Por otro lado, los hombres, aunque en menor proporción en la muestra, muestran una percepción menos frecuente de la violencia como baja. Esto podría deberse a que los hombres no están tan expuestos a la violencia de género de manera directa, lo que les podría permitir mantener una percepción menos distorsionada de la misma. Sin embargo, el hecho de que un 30% de ellos también minimice la violencia indica que estos mecanismos de defensa o de normalización no son exclusivos de las mujeres, aunque sean menos prevalentes.

Otra posible explicación podría estar vinculada a factores culturales y sociales que influyen en la percepción de la violencia. Las mujeres, al estar más sensibilizadas o socializadas en torno al tema de la violencia de género, podrían percibir ciertos comportamientos como menos graves para evitar el estigma social o el miedo a represalias. En cambio, los hombres, que históricamente han ocupado roles menos vulnerables en contextos de violencia de género, podrían no estar tan condicionados por estas influencias.

En resumen, la diferencia en la percepción de la violencia de género entre mujeres y hombres revela patrones significativos que podrían estar influenciados por la exposición a la violencia, los mecanismos de defensa psicológicos, y las normas sociales y culturales. Estos resultados subrayan la necesidad de enfoques diferenciados y específicos para abordar la violencia de género de manera efectiva y sensible al género.

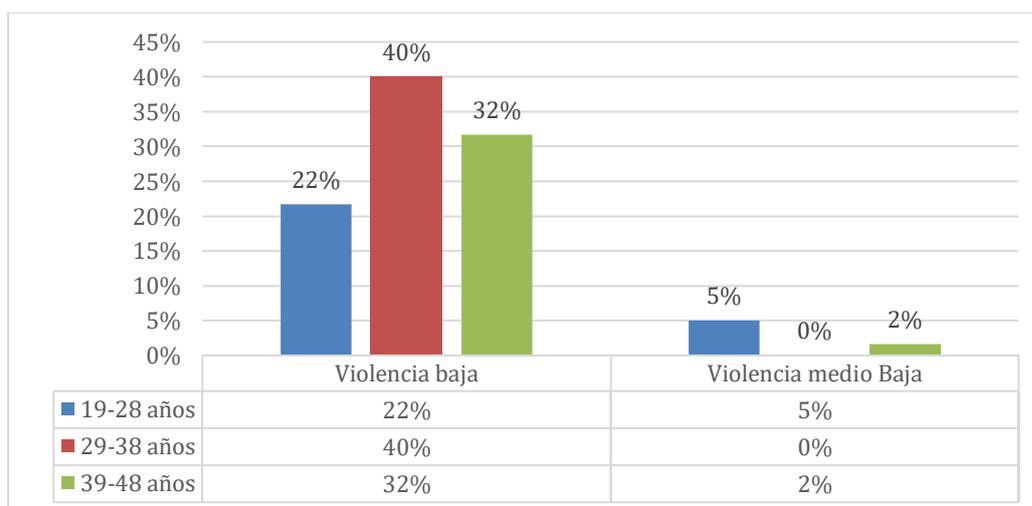
Cuadro N° 3

Niveles de violencia de genero según grupo etario

Violencia de Genero	Grupo Etario							
	19-28 años		29-38 años		39-48 años		Total	
	f	%	f	%	f	%	f	%
Violencia baja	13	22%	24	40%	19	32%	56	93%
Violencia medio Baja	3	5%	0	0%	1	2%	4	7%
Total general	16	27%	24	40%	20	33%	60	100%

Grafica N° 3

Niveles de violencia de genero según grupo etareo



Los resultados obtenidos en la percepción de la violencia de género según el grupo etario muestran patrones significativos que destacan la variabilidad en la interpretación de la violencia en función de la edad. De los 60 participantes, se observa que el 40% pertenece al grupo etario de 29 a 38 años, el 33% al grupo de 39 a 48 años, y el 27% al grupo más joven, de 19 a 28 años.

Un hallazgo relevante es que la mayoría de los participantes en todos los grupos etarios percibe la violencia como baja, siendo más predominante en el grupo de 29 a 38 años, donde el 40% de los participantes tiene esta percepción. Este grupo, en particular, no reporta ninguna percepción de violencia como medio baja, lo que puede indicar una tendencia aún mayor a minimizar o subestimar la violencia de género.

El grupo de 19 a 28 años, aunque es el más joven y con menor representación (27%), muestra una ligera mayor proporción de percepción de la violencia como medio baja (5%). Esto podría sugerir que los más jóvenes tienen una mayor conciencia o sensibilidad hacia la violencia de género, posiblemente debido a una mayor exposición a campañas educativas o a una cultura más abierta en torno a la discusión de estos temas. Sin embargo, la mayoría en este grupo también percibe la violencia como baja, lo que indica que la minimización de la violencia sigue siendo un fenómeno común incluso entre los jóvenes.

En el grupo de 39 a 48 años, que representa el 33% de la muestra, el 32% percibe la violencia como baja y solo el 2% la considera como medio baja. Este patrón es similar al observado en el grupo de 29 a 38 años, lo que sugiere que, a medida que las personas envejecen, pueden tender a normalizar más la violencia de género. Esta tendencia podría estar relacionada con una mayor exposición prolongada a situaciones de violencia o con normas culturales que han sido más rígidas en generaciones anteriores, donde la violencia de género no era tan discutida o reconocida públicamente.

El hecho de que el grupo de 29 a 38 años tenga la mayor proporción de percepción de violencia baja y ninguna percepción de violencia medio baja podría estar relacionado con su posición vital: este grupo está en una etapa donde las responsabilidades familiares y laborales son altas, lo que podría llevar a una mayor normalización de ciertos comportamientos violentos como una forma de manejar el estrés o la presión social. Además, este grupo podría tener menos tiempo o energía para cuestionar o enfrentar la violencia, lo que refuerza la percepción de baja gravedad.

En resumen, los resultados muestran que la percepción de la violencia de género como baja es predominante en todos los grupos etarios, pero con algunas variaciones notables. Los más jóvenes parecen tener una mayor probabilidad de identificar la violencia como más grave, aunque todavía prevalece la minimización. Por otro lado, los adultos de 29 a 38 años y de 39 a 48 años muestran una mayor tendencia a normalizar la violencia.

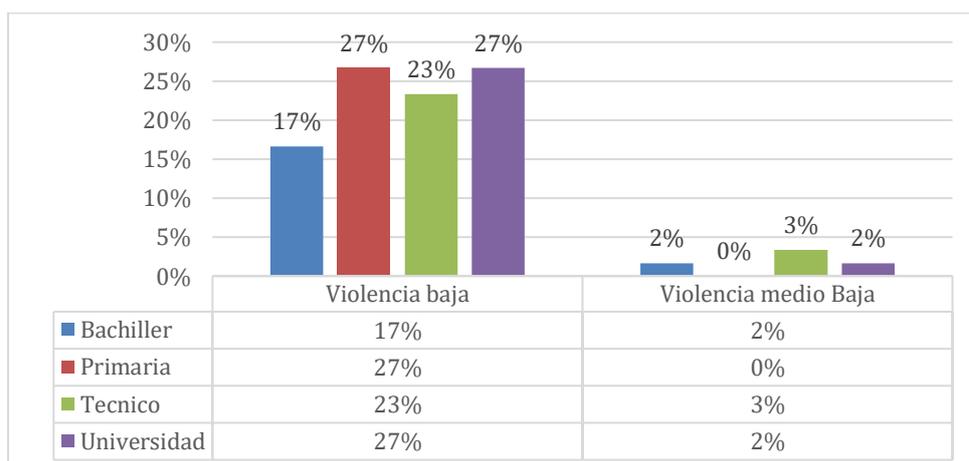
Cuadro N° 4

Niveles de violencia de genero según grado educativo

Violencia de Genero	Grado Educativo									
	Bachiller		Primaria		Tecnico		Universidad		Total	
	f	%	f	%	f	%	f	%	f	%
Violencia baja	10	17%	16	27%	14	23%	16	27%	56	93%
Violencia medio Baja	1	2%	0	0%	2	3%	1	2%	4	7%
Total general	11	18%	16	27%	16	27%	17	28%	60	100%

Grafica N° 4

Niveles de violencia de genero según grado educativo



Los resultados obtenidos sobre la percepción de la violencia de género según el grado educativo revelan patrones interesantes que varían en función del nivel de educación de los participantes. De los 60 encuestados, se distribuyen de la siguiente manera: un 28% con educación universitaria, un 27% con educación técnica, un 27% con educación primaria, y un 18% con educación de bachillerato.

Un aspecto destacado es que la percepción de la violencia como baja es dominante en todos los niveles educativos, con un 93% del total de los participantes compartiendo esta percepción. Sin embargo, al analizar los resultados por grado educativo, observamos que la percepción de violencia baja es más alta entre los participantes con educación primaria (27%) y universitaria (27%), seguida de cerca por los que tienen educación técnica (23%) y finalmente aquellos con educación de bachillerato (17%).

Este patrón podría sugerir que tanto en los niveles educativos más bajos (primaria) como en los más altos (universidad), existe una tendencia similar a minimizar la gravedad de la violencia de género. En el caso de los individuos con educación primaria, esto podría estar relacionado con una falta de acceso a información o recursos educativos sobre lo que constituye violencia de género, lo que lleva a una subestimación de su gravedad. En contraste, aquellos con educación universitaria, a pesar de tener mayor acceso a información y formación, también muestran una tendencia a minimizar la violencia, lo cual podría estar influenciado por la internalización de normas culturales o sociales que restan importancia a ciertos comportamientos abusivos.

Por otro lado, los participantes con educación técnica, que representan el 23% del total, también muestran una alta proporción de percepción de la violencia como baja. Esto podría deberse a que la formación técnica, enfocada generalmente en habilidades prácticas, podría no incluir una formación amplia en temas de género y violencia, lo que limita la capacidad de los individuos para identificar y reconocer la gravedad de estos comportamientos.

Es interesante notar que el grupo con educación de bachillerato, aunque es el más pequeño en tamaño 18%, muestra la menor proporción de percepción de violencia como baja 17% y una pequeña pero notable percepción de violencia como medio baja 2%. Este resultado sugiere que los individuos en este grupo podrían estar en una fase de transición educativa, donde comienzan a cuestionar y reconocer ciertos comportamientos como problemáticos, pero aún no han desarrollado completamente una comprensión crítica sobre la violencia de género.

En resumen, los resultados reflejan que la percepción de la violencia de género como baja es prevalente en todos los grados educativos, aunque con variaciones significativas. Los individuos con educación primaria y universitaria tienden a minimizar más la violencia. Aquellos con educación técnica también muestran una tendencia similar, posiblemente debido a la falta de formación específica en estos temas.

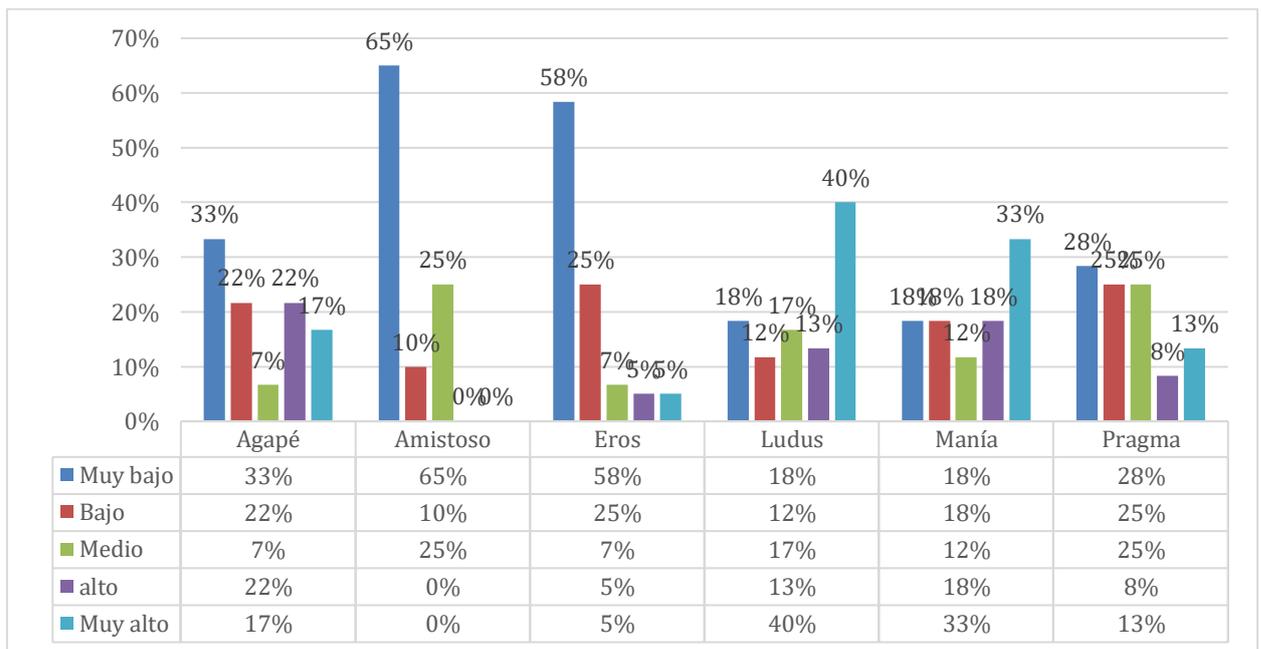
Objetivo N° 2. Identificar los estilos de amor predominante en los hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres.

Cuadro N° 5

Estilos de amor

Estilos de amor	Muy bajo		Bajo		Medio		alto		Muy alto		Total	
	f	%	f	%	f	%	f	%	f	%	f	%
Ágape	20	33%	13	22%	4	7%	13	22%	10	17%	60	100%
Amistoso	39	65%	6	10%	15	25%	0	0%	0	0%	60	100%
Eros	35	58%	15	25%	4	7%	3	5%	3	5%	60	100%
Ludus	11	18%	7	12%	10	17%	8	13%	24	40%	60	100%
Manía	11	18%	11	18%	7	12%	11	18%	20	33%	60	100%
Pragma	17	28%	15	25%	15	25%	5	8%	8	13%	60	100%

Grafica N° 5



Los resultados obtenidos sobre los estilos de amor predominantes en los hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres revelan patrones significativos y variados. A continuación, se analizan los hallazgos más relevantes:

El estilo Ágape, caracterizado por un amor altruista y desinteresado, muestra una distribución relativamente equilibrada. Un 33% de los participantes lo percibe como muy bajo, lo que podría indicar que una parte significativa de estos hijos no desarrolló un amor

basado en el sacrificio o el altruismo. Sin embargo, otro 22% lo percibe como bajo, y un 22% lo sitúa en niveles altos. Este equilibrio sugiere que, aunque la exposición a la violencia pudo haber afectado negativamente la capacidad de algunos para desarrollar este tipo de amor, otros lograron mantener o desarrollar un amor desinteresado, quizás como un mecanismo de defensa o resiliencia.

El estilo amistoso, que se basa en la compañía y el afecto más que en la pasión, tiene una tendencia clara hacia niveles muy bajos, con un 65% de los participantes situándolo en esta categoría. Esto sugiere que la mayoría de los hijos que presenciaron violencia en sus hogares no desarrollaron una fuerte inclinación hacia relaciones amorosas basadas en la amistad. Solo un 25% percibe este estilo en un nivel medio, y ningún participante lo sitúa en niveles altos o muy altos, lo que podría indicar una dificultad generalizada para establecer relaciones amorosas basadas en la confianza y la cercanía emocional.

El estilo Eros, caracterizado por el amor romántico y apasionado, también presenta una tendencia hacia niveles bajos, con un 58% de los participantes situándolo en la categoría de muy bajo y un 25% en bajo. Esto indica que la mayoría de los participantes no tiende a desarrollar un amor apasionado y romántico, posiblemente debido a experiencias tempranas de violencia que pueden haber inhibido su capacidad para confiar o para entregarse completamente en una relación. Un pequeño porcentaje lo percibe en niveles medio (7%), alto (5%) y muy alto (5%), lo que podría reflejar casos donde la violencia presenciada no afectó de manera tan profunda la capacidad de experimentar un amor apasionado.

El estilo Ludus, que implica un amor juguetero y sin compromiso, muestra una mayor variabilidad. Aunque un 18% lo percibe como muy bajo, un 40% lo sitúa en niveles muy altos, lo que indica que un número significativo de estos hijos desarrolló un estilo de amor basado en el juego y la no seriedad en las relaciones. Este patrón podría ser un reflejo de un mecanismo de defensa donde los individuos, al haber presenciado violencia, eligen no comprometerse profundamente para evitar el dolor emocional.

El estilo Manía, caracterizado por la obsesión y la dependencia emocional, presenta una tendencia importante hacia niveles muy altos, con un 33% de los participantes en esta categoría. Además, un 18% lo percibe en niveles altos, lo que indica que muchos de los hijos que presenciaron violencia desarrollaron un amor que se manifiesta en formas obsesivas y dependientes. Este resultado es consistente con la teoría

de que la exposición a la violencia durante la infancia puede llevar a desarrollar relaciones amorosas disfuncionales, marcadas por la inseguridad y la necesidad constante de reafirmación.

El estilo Pragma, que es práctico y basado en la compatibilidad y la conveniencia, muestra una distribución relativamente equilibrada con una ligera tendencia hacia niveles bajos y medios. Un 28% lo percibe como muy bajo, pero un 25% lo sitúa en bajo y medio. Esto sugiere que, aunque algunos participantes tienden a evitar el amor basado en la practicidad, otros lo adoptan como una forma de lidiar con sus experiencias tempranas de violencia, buscando relaciones que ofrezcan estabilidad y seguridad.

En conclusión, podemos encontrar una prevalencia relevante de los estilos Amistoso y Ludus. Los patrones obtenidos sugieren que los hijos que han presenciado violencia en su hogar pueden desarrollar tendencias contradictorias en sus relaciones amorosas. Por un lado, existe una evidente dificultad para formar relaciones basadas en la confianza y la cercanía (Amistoso), y por otro, una inclinación hacia relaciones que eviten el compromiso y la profundidad emocional (Ludus).

Esto indica una estrategia dual en la forma en que estos individuos manejan el amor: evitan la intimidad emocional profunda debido a la desconfianza, y al mismo tiempo, buscan la seguridad en la superficialidad y la falta de compromiso. Ambos patrones parecen ser formas de protegerse del dolor y la inseguridad que asociaron con las relaciones en su infancia.

Cuadro N° 6*Estilos de amor según sexo*

Estilos de amor		sexo			
		Femenino		Masculino	
		f	%	f	%
Ágape	alto	9	15%	4	7%
	Bajo	8	13%	5	8%
	Medio	3	5%	1	2%
	Muy alto	7	12%	3	5%
	Muy bajo	14	23%	6	10%
Amistoso	Bajo	6	10%	0	0%
	Medio	10	17%	5	8%
	Muy bajo	25	42%	14	23%
Eros	alto	2	3%	1	2%
	Bajo	12	20%	3	5%
	Medio	2	3%	2	3%
	Muy alto	2	3%	1	2%
	Muy bajo	23	38%	12	20%
Ludus	alto	7	12%	1	2%
	Bajo	6	10%	1	2%
	Medio	5	8%	5	8%
	Muy alto	16	27%	8	13%
	Muy bajo	7	12%	4	7%
Manía	alto	5	8%	6	10%
	Bajo	10	17%	1	2%
	Medio	3	5%	4	7%
	Muy alto	14	23%	6	10%
	Muy bajo	9	15%	2	3%
Pragma	alto	4	7%	1	2%
	Bajo	8	13%	7	12%
	Medio	12	20%	3	5%
	Muy alto	6	10%	2	3%
	Muy bajo	11	18%	6	10%

El análisis de los estilos de amor predominantes en los hijos e hijas que presenciaron violencia entre sus padres en la infancia revela patrones significativos que reflejan cómo estas experiencias impactan en sus relaciones amorosas en la adultez. Este análisis se enfoca en los estilos más relevantes: Amistoso, Ludus, Manía, Pragma y Ágape, y cómo varían según el género.

El estilo *Amistoso*, caracterizado por un amor basado en la amistad, la confianza y la cercanía emocional, muestra una tendencia notablemente baja, especialmente entre las mujeres.

El 42% de las mujeres se sitúan en el nivel muy bajo de este estilo, con un 10% adicional en niveles bajos. Este hallazgo sugiere que una gran mayoría de mujeres que presenciaron violencia en su infancia tienen dificultades significativas para desarrollar relaciones amorosas basadas en la amistad y la confianza. Esto podría estar vinculado a la desconfianza y el miedo a la vulnerabilidad, que podrían haberse arraigado debido a las experiencias traumáticas en sus hogares.

En comparación, el 23% de los hombres se encuentran en el nivel muy bajo, y ninguno lo percibe en niveles bajos. Aunque también es bajo, la proporción es menor en comparación con las mujeres, lo que podría indicar que los hombres podrían manejar la desconfianza de manera diferente o que el impacto emocional de la violencia en su infancia se manifiesta de otras formas.

El estilo *Ludus*, que implica un amor juguetón y sin compromiso, también muestra diferencias significativas entre géneros, destacándose más en las mujeres.

El 27% de las mujeres se sitúan en el nivel muy alto de Ludus, con un 12% adicional en el nivel alto. Esto indica una tendencia significativa hacia relaciones superficiales y sin compromiso, posiblemente como un mecanismo de defensa para evitar el dolor emocional y la vulnerabilidad. Estas mujeres podrían estar eligiendo mantener sus relaciones en un plano superficial para protegerse de experimentar nuevamente el dolor asociado con la violencia.

El 13% de los hombres se sitúan en el nivel muy alto y solo un 2% en el nivel alto, lo que sugiere que, aunque los hombres también adoptan el estilo Ludus, lo hacen en menor medida que las mujeres. Esto podría estar relacionado con diferencias en cómo hombres y mujeres gestionan el riesgo emocional en sus relaciones amorosas.

además de los estilos Amistoso y Ludus, se pueden identificar otros datos relevantes que podrían aportar información adicional sobre cómo la percepción de la violencia en la infancia afecta las relaciones amorosas en la adultez. Algunos de estos datos incluyen:

El estilo *Manía*, que se caracteriza por una posesividad y celos intensos en las relaciones amorosas, muestra una prevalencia interesante, con un 23% de las mujeres y

un 10% de los hombres situándose en el nivel muy alto. Este dato sugiere que, además de evitar la intimidad emocional (como se ve en los estilos Amistoso y Ludus), algunos individuos pueden experimentar una necesidad obsesiva de control y seguridad en sus relaciones, probablemente como una respuesta al miedo al abandono o la inseguridad derivada de la violencia que presenciaron en su infancia.

El estilo *Pragma*, que se enfoca en un amor práctico y orientado a objetivos, muestra variabilidad interesante entre géneros, con el 20% de las mujeres situándose en el nivel medio, y un 13% en el nivel bajo. Este dato puede sugerir que algunas mujeres, en particular, podrían adoptar una visión más pragmática y racional de sus relaciones, posiblemente como una forma de compensar la inseguridad emocional o de buscar estabilidad en sus vidas amorosas.

El estilo *Ágape*, caracterizado por un amor altruista y desinteresado, muestra cierta polarización, con un 23% de las mujeres situándose en el nivel muy bajo, mientras que un 12% está en el nivel muy alto. Este dato podría indicar que algunas personas adoptan una postura de autosacrificio en sus relaciones, tal vez como una manera de buscar aprobación o compensar la falta de amor y seguridad que experimentaron en su infancia.

Los resultados sugieren que la exposición a la violencia en la infancia influye significativamente en cómo los hijos e hijas perciben y se comportan en sus relaciones amorosas en la adultez. En general, tanto hombres como mujeres tienden a evitar la intimidad emocional y el compromiso profundo, pero lo hacen de diferentes maneras. Las mujeres muestran una mayor inclinación hacia el estilo Ludus, optando por relaciones superficiales y sin compromiso, y también son más propensas a la posesividad y el control (Manía). Por otro lado, aunque los hombres también presentan estas tendencias, lo hacen en menor medida y parecen mostrar un enfoque más pragmático o racional en sus relaciones.

Cuadro N° 7

Estilos de amor según grupo Etareó

Estilos de amor		Grupo Atareó					
		19-28 año		29-38 año		39-48 año	
		f	%	f	%	f	%
Ágape	alto	4	7%	4	7%	5	8%
	Bajo	5	8%	4	7%	4	7%
	Medio	0	0%	2	3%	2	3%
	Muy alto	2	3%	4	7%	4	7%
	Muy bajo	5	8%	10	17%	5	8%
Amistoso	Bajo	2	3%	1	2%	3	5%
	Medio	3	5%	4	7%	8	13%
	Muy bajo	11	18%	19	32%	9	15%
Eros	alto	0	0%	1	2%	2	3%
	Bajo	3	5%	5	8%	7	12%
	Medio	2	3%	2	3%	0	0%
	Muy alto	0	0%	0	0%	3	5%
	Muy bajo	11	18%	16	27%	8	13%
Ludus	alto	3	5%	2	3%	3	5%
	Bajo	2	3%	4	7%	1	2%
	Medio	1	2%	3	5%	6	10%
	Muy alto	6	10%	11	18%	7	12%
	Muy bajo	4	7%	4	7%	3	5%
Manía	alto	3	5%	3	5%	5	8%
	Bajo	5	8%	4	7%	2	3%
	Medio	1	2%	3	5%	3	5%
	Muy alto	4	7%	10	17%	6	10%
	Muy bajo	3	5%	4	7%	4	7%
Pragma	alto	2	3%	1	2%	2	3%
	Bajo	5	8%	4	7%	6	10%
	Medio	2	3%	8	13%	5	8%
	Muy alto	3	5%	1	2%	4	7%
	Muy bajo	4	7%	10	17%	3	5%

El análisis de los estilos de amor según los diferentes grupos etarios revela cómo varía la percepción y vivencia del amor a lo largo de la vida, acompañado de porcentajes que ayudan a clarificar estas tendencias. A lo largo de la vida, las personas experimentan el amor de manera distinta, influenciadas por sus experiencias y las demandas de cada etapa. En el grupo de jóvenes de 19 a 28 años, un 10% muestra altos niveles en el estilo Ludus, reflejando una inclinación hacia relaciones más lúdicas y sin compromiso. Por otro lado, un 18% tiene niveles muy bajos en el estilo Eros, lo que sugiere una cierta

apatía o desencanto con el amor romántico. Esto podría estar relacionado con una fase de exploración e identificación, donde la pasión y el romance no son prioridades centrales.

En el grupo de adultos de 29 a 38 años, se observa una combinación de inseguridad y búsqueda de estabilidad. Un 32% de este grupo presenta niveles muy bajos en el estilo Amistoso, lo que indica dificultades para formar relaciones basadas en la confianza y la amistad, posiblemente debido a las presiones y responsabilidades de la vida adulta. Además, un 18% muestra altos niveles en el estilo Ludus, indicando una tendencia a evitar la vulnerabilidad emocional. La pasión también es baja, con un 27% en niveles muy bajos de Eros, sugiriendo que las presiones de la vida adulta afectan su capacidad para mantener relaciones amorosas plenas.

Finalmente, En el grupo de 39 a 48 años, se observa una mayor madurez y un enfoque más pragmático. Aunque un 10% sigue mostrando altos niveles de posesividad y celos en el estilo Manía, la mayoría parece haber aprendido a valorar más la estabilidad y la compatibilidad en sus relaciones. El estilo Pragma destaca en este grupo, con un 13% en niveles medios, indicando una preferencia por la estabilidad y la seguridad. Esta madurez sugiere que, a medida que las personas envejecen, priorizan relaciones que ofrezcan apoyo mutuo y seguridad, a veces a expensas de la pasión.

Al analizar los resultados, los estilos de amor cambian significativamente a medida que las personas avanzan en su vida, expresando cómo las experiencias individuales y las presiones sociales configuran la vida amorosa. Los jóvenes exploran y buscan experimentar más, optando por relaciones menos comprometidas; los adultos en sus treinta luchan contra la inseguridad y el deseo de seguridad y tienden a sacrificar la pasión por la tranquilidad emocional; más tarde, el amor se aborda con mayor pragmatismo, enfocándose en la compatibilidad y la estabilidad. Sin embargo, incluso entre los mayores, los problemas emocionales asociados con la posesividad y los celos son comunes. Por lo tanto, es esencial que los terapeutas y educadores se adapten a las necesidades emocionales y relaciones de estos grupos, promoviendo relaciones más saludables y satisfactorias.

Cuadro N° 8

Estilos de amor según grado de instrucción

Estilos de amor		Grado de Instrucción							
		Bachiller		Primaria		Tecnico		Universidad	
		f	%	f	%	f	%	f	%
Ágape	alto	4	7%	5	8%	1	2%	3	5%
	Bajo	3	5%	3	5%	5	8%	2	3%
	Medio	0	0%	1	2%	1	2%	2	3%
	Muy alto	1	2%	2	3%	3	5%	4	7%
	Muy bajo	3	5%	5	8%	6	10%	6	10%
Amistoso	Bajo	2	3%	1	2%	1	2%	2	3%
	Medio	2	3%	6	10%	3	5%	4	7%
	Muy bajo	7	12%	9	15%	12	20%	11	18%
Eros	alto	0	0%	1	2%	1	2%	1	2%
	Bajo	5	8%	3	5%	5	8%	2	3%
	Medio	0	0%	1	2%	0	0%	3	5%
	Muy alto	1	2%	2	3%	0	0%	0	0%
	Muy bajo	5	8%	9	15%	10	17%	11	18%
Ludus	alto	1	2%	1	2%	4	7%	2	3%
	Bajo	0	0%	3	5%	1	2%	3	5%
	Medio	1	2%	4	7%	2	3%	3	5%
	Muy alto	6	10%	6	10%	6	10%	6	10%
	Muy bajo	3	5%	2	3%	3	5%	3	5%
Manía	alto	1	2%	3	5%	3	5%	4	7%
	Bajo	1	2%	1	2%	6	10%	3	5%
	Medio	2	3%	3	5%	0	0%	2	3%
	Muy alto	5	8%	5	8%	5	8%	5	8%
	Muy bajo	2	3%	4	7%	2	3%	3	5%
Pragma	alto	0	0%	2	3%	0	0%	3	5%
	Bajo	2	3%	3	5%	4	7%	6	10%
	Medio	2	3%	4	7%	4	7%	5	8%
	Muy alto	2	3%	3	5%	3	5%	0	0%
	Muy bajo	5	8%	4	7%	5	8%	3	5%

Al analizar los estilos de amor en función del grado de instrucción, emergen algunas tendencias interesantes que reflejan cómo el nivel educativo puede influir en la forma en que las personas experimentan y expresan el amor.

Para quienes tienen un nivel educativo más bajo, como los que tienen solo educación primaria, hay una clara tendencia hacia una percepción menos positiva en varios estilos de amor. Por ejemplo, un 15% de esta categoría muestra niveles muy bajos en el estilo Amistoso, lo que podría indicar dificultades para establecer relaciones basadas en la confianza y la amistad. Además, un 15% de las personas con educación primaria tienen niveles muy bajos en el estilo Eros, sugiriendo una menor presencia de pasión en sus relaciones. Esta tendencia puede reflejar un entorno donde el apoyo emocional y las experiencias románticas son menos accesibles o menos valoradas.

En contraste, las personas con educación técnica o universitaria tienden a mostrar una mayor variedad en los estilos de amor, con una inclinación notable hacia el estilo Ludus. En este grupo, un 10% muestra niveles muy altos en Ludus, lo que podría indicar una preferencia por relaciones lúdicas y menos comprometidas, posiblemente influenciada por un enfoque en la autonomía personal y la independencia que a menudo caracteriza a quienes han avanzado en su educación.

Las personas con educación universitaria, en particular, también muestran una notable presencia del estilo Pragma. Un 5% de este grupo muestra niveles altos en Pragma, lo que sugiere una tendencia hacia la búsqueda de relaciones estables y prácticas. Este enfoque podría estar relacionado con la importancia de la compatibilidad y la seguridad en las relaciones, algo que puede ser más valorado a medida que las personas se enfrentan a las responsabilidades de la vida adulta.

En general, el análisis sugiere que el nivel educativo influye en cómo las personas experimentan y expresan el amor. Las personas con menor nivel educativo pueden enfrentar más desafíos en cuanto a relaciones basadas en la amistad y la pasión, mientras que quienes tienen una educación más avanzada tienden a valorar más la estabilidad y la compatibilidad en sus relaciones.

Objetivo N° 3. Evaluar la percepción de conflictos de pareja que tienen los hijos/as que en su infancia percibieron violencia entre sus padres.

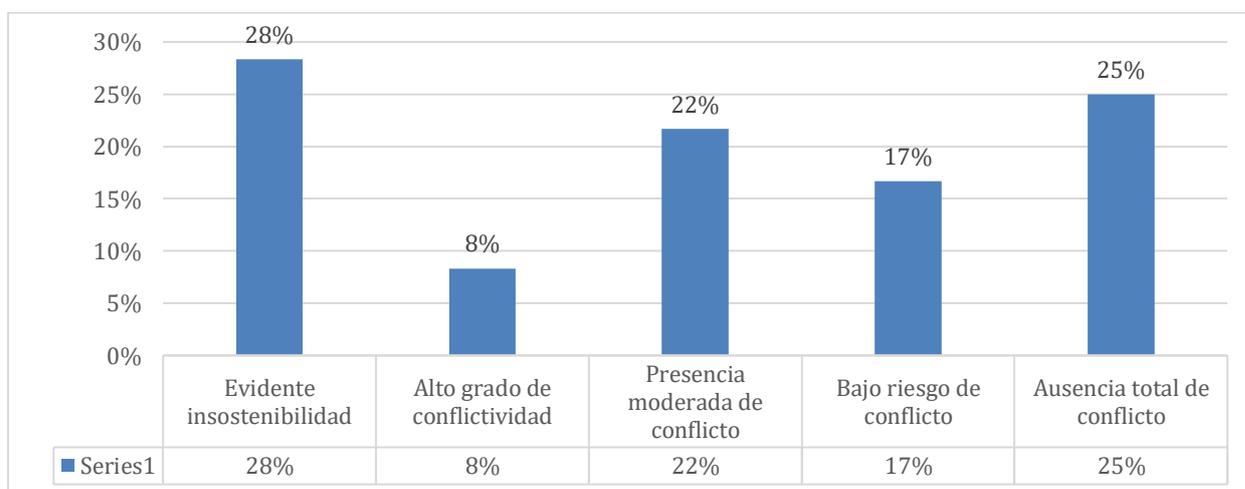
Cuadro N° 9

Percepción de conflictos

Conflictos de Pareja	f	%
Evidente insostenibilidad	17	28%
Alto grado de conflictividad	5	8%
Presencia moderada de conflicto	13	22%
Bajo riesgo de conflicto	10	17%
Ausencia total de conflicto	15	25%
Total general	60	100%

Grafica N° 6

Percepción de conflictos



Al examinar la percepción de los conflictos de pareja entre los hijos que en su infancia presenciaron violencia entre sus padres, se revelan patrones significativos que destacan cómo estas experiencias tempranas influyen en su visión de las relaciones amorosas.

Un 28% de estos individuos percibe los conflictos de pareja como "evidentemente insostenibles". Este alto porcentaje sugiere que las experiencias de violencia en la infancia pueden llevar a una percepción muy negativa de los conflictos en las relaciones, quizás

porque estos individuos han asociado los conflictos con rupturas y tensiones extremas. Este grupo parece haber internalizado la idea de que los conflictos son tan graves que resultan imposibles de manejar o resolver, reflejando una visión pesimista sobre las relaciones.

Por otro lado, un 22% percibe una "presencia moderada de conflicto". Esto podría indicar que, aunque reconocen que los conflictos son parte de las relaciones, no los ven como insuperables ni destructivos. Esta percepción más equilibrada puede ser el resultado de haber aprendido a lidiar con conflictos de manera menos extremista o de haber desarrollado estrategias para manejar los desacuerdos de forma más saludable.

El 17% que reporta un "bajo riesgo de conflicto" sugiere que algunos hijos de familias con violencia pueden haber aprendido a minimizar o manejar los conflictos de manera efectiva, quizás debido a la necesidad de adaptarse a un entorno conflictivo durante su infancia. Esto podría indicar una capacidad para abordar los conflictos de manera pragmática y menos alarmista.

En contraste, un 25% de los encuestados experimenta "ausencia total de conflicto". Este dato podría reflejar un esfuerzo consciente por evitar el conflicto, posiblemente como una estrategia aprendida para mantener la armonía en sus relaciones. Alternativamente, podría sugerir que algunos individuos han encontrado formas de evitar conflictos en sus propias relaciones, tal vez debido a la influencia de sus experiencias pasadas que los lleva a evitar cualquier forma de confrontación.

Finalmente, el 8% que percibe un "alto grado de conflictividad" es el grupo menos representado, pero su presencia es significativa. Este grupo puede estar experimentando dificultades en sus relaciones actuales, reflejando quizás una internalización más profunda de los conflictos observados en su infancia.

En resumen, la percepción de los conflictos de pareja entre quienes vivieron violencia en su infancia varía ampliamente, desde la creencia de que los conflictos son insostenibles hasta la percepción de una ausencia total de conflictos. Estos resultados destacan cómo las experiencias tempranas pueden influir en la forma en que las personas ven y manejan los conflictos en sus relaciones.

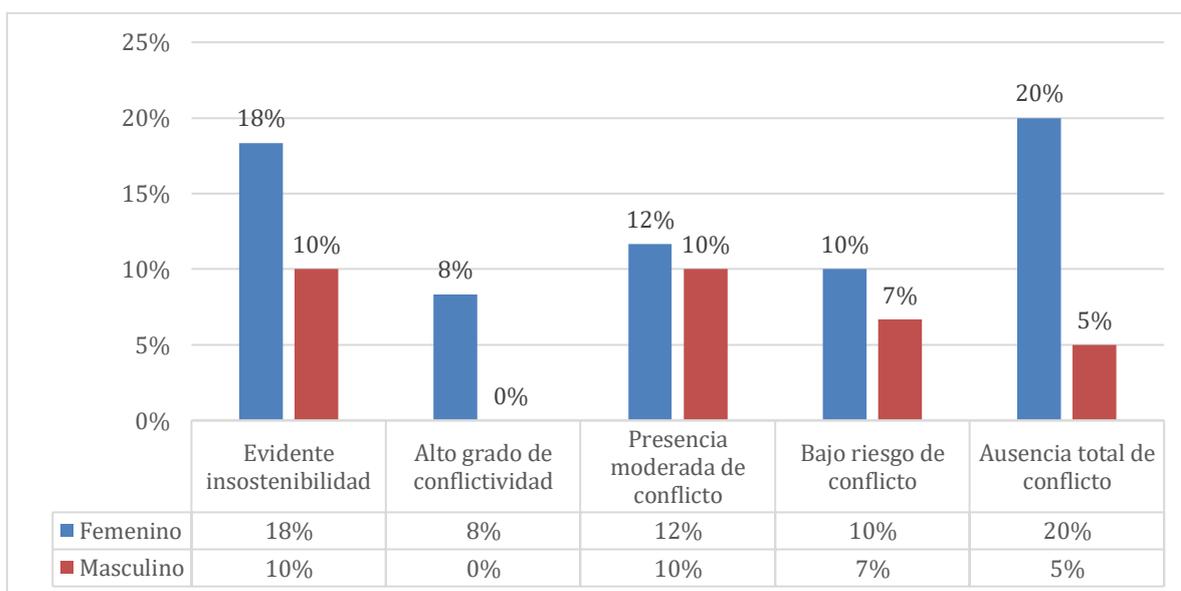
Cuadro N° 10

Percepción de conflictos según género

Conflictos de Pareja	Sexo					
	Femenino		Masculino		Total	
	f	%	f	%	f	%
Evidente insostenibilidad	11	18%	6	10%	17	28%
Alto grado de conflictividad	5	8%	0	0%	5	8%
Presencia moderada de conflicto	7	12%	6	10%	13	22%
Bajo riesgo de conflicto	6	10%	4	7%	10	17%
Ausencia total de conflicto	12	20%	3	5%	15	25%
Total general	41	68%	19	32%	60	100%

Grafica N° 7

Percepción de conflictos según Género



Al analizar la percepción de conflictos de pareja según el sexo de los hijos que vivieron violencia entre sus padres, emergen algunas diferencias notables que reflejan cómo las experiencias pasadas pueden influir de manera distinta en hombres y mujeres.

Entre las mujeres, un 18% percibe los conflictos de pareja como "evidentemente insostenibles". Este grupo parece llevar consigo una visión muy negativa y alarmante de los conflictos, tal vez influenciada por su exposición temprana a la violencia. La

percepción de que los conflictos son insostenibles puede indicar una falta de confianza en la resolución de problemas dentro de las relaciones, quizás porque han aprendido a asociar los conflictos con situaciones irresolubles o destructivas.

Además, un 20% de las mujeres reporta una "ausencia total de conflicto". Este dato sugiere que, a pesar de sus experiencias pasadas, algunas mujeres han desarrollado una estrategia para evitar los conflictos en sus relaciones actuales, posiblemente como una forma de protegerse de las tensiones que experimentaron durante su infancia. Este enfoque puede ser una forma de buscar la paz y la estabilidad en sus relaciones, alejándose de las dinámicas conflictivas que conocieron de cerca.

En contraste, entre los hombres, solo un 10% percibe los conflictos de pareja como "evidentemente insostenibles", y un 7% reporta un "bajo riesgo de conflicto". Estos porcentajes son menores en comparación con los de las mujeres, lo que podría sugerir que los hombres, en promedio, tienden a tener una perspectiva menos extrema o alarmista sobre los conflictos. La menor proporción de hombres que perciben conflictos como insostenibles puede reflejar una tendencia a manejar los conflictos de manera más pragmática o menos emotiva. El hecho de que no haya hombres que reporten un "alto grado de conflictividad" también es relevante. Esto podría indicar que los hombres podrían tener una tendencia a minimizar o evitar la confrontación directa, lo cual puede estar relacionado con las normas de género que influyen en cómo se espera que los hombres manejen los conflictos.

Finalmente, las diferencias en la percepción de conflictos entre hombres y mujeres pueden reflejar cómo cada sexo internaliza y maneja sus experiencias de violencia infantil. Mientras que las mujeres podrían estar más inclinadas a evitar conflictos para protegerse emocionalmente, los hombres podrían adoptar una postura más neutral o pragmática hacia ellos.

En resumen, los datos sugieren que las mujeres que vivieron violencia en la infancia tienden a ver los conflictos de pareja como más insostenibles o prefieren evitar los conflictos, mientras que los hombres parecen tener una visión menos alarmista.

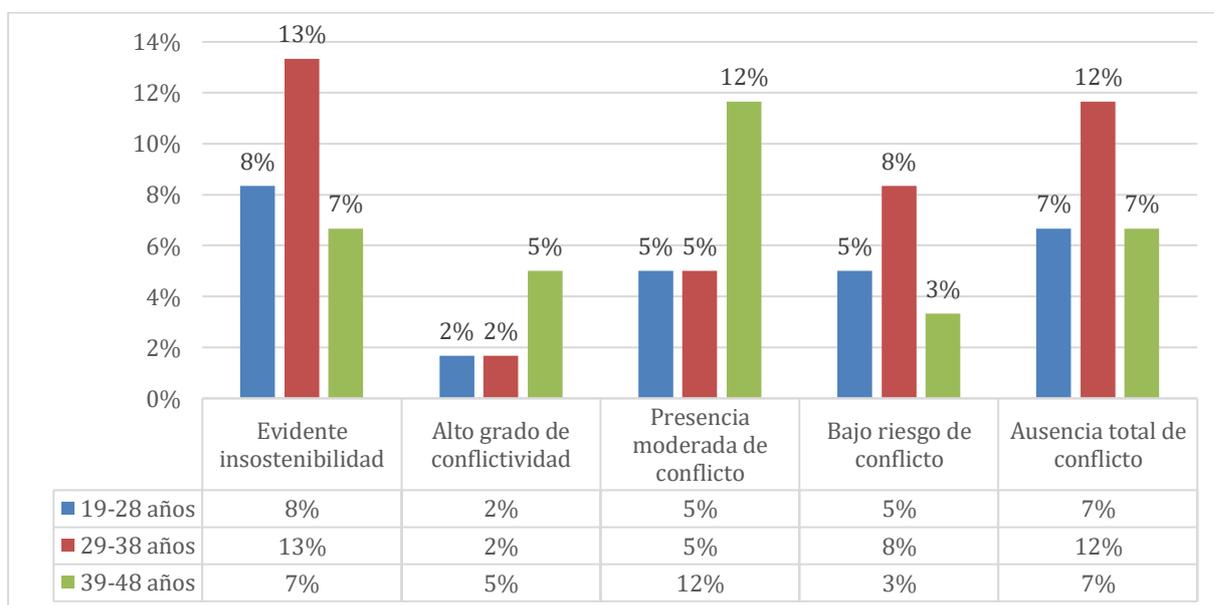
Cuadro N° 11

Percepción de conflictos según grupo Etareó

Conflictos de Pareja	Grupo Etareo							
	19-28 años		29-38 años		39-48 años		Total	
	f	%	f	%	f	%	f	%
Evidente insostenibilidad	5	8%	8	13%	4	7%	17	28%
Alto grado de conflictividad	1	2%	1	2%	3	5%	5	8%
Presencia moderada de conflicto	3	5%	3	5%	7	12%	13	22%
Bajo riesgo de conflicto	3	5%	5	8%	2	3%	10	17%
Ausencia total de conflicto	4	7%	7	12%	4	7%	15	25%
Total general	16	27%	24	40%	20	33%	60	100%

Grafica N° 8

Percepción de conflictos según grupo etareo



Al examinar la percepción de conflictos de pareja según el grupo etáreo de los hijos que vivieron violencia en su infancia, surgen patrones interesantes que reflejan cómo las experiencias tempranas pueden influir en la percepción de los conflictos a lo largo de la vida.

En el grupo de 19 a 28 años, se observa que un 8% percibe los conflictos de pareja como "evidentemente insostenibles". Aunque esta cifra no es alta, indica una tendencia a ver los conflictos de pareja con preocupación, posiblemente debido a la falta de experiencia en el manejo de conflictos y una sensibilidad mayor a las dinámicas problemáticas. Este grupo también muestra una notable percepción de "ausencia total de conflicto" en un 7%, lo que puede reflejar un deseo de evitar las confrontaciones, buscando estabilidad en sus relaciones para alejarse de las experiencias negativas vividas en la infancia.

Para el grupo de 29 a 38 años, la percepción de los conflictos de pareja es más variada. El 13% considera que los conflictos son "evidentemente insostenibles", una proporción más alta que en el grupo más joven. Esto puede estar relacionado con una mayor experiencia y posiblemente con una mayor exposición a conflictos en sus propias relaciones. Este grupo también presenta un 12% que reporta una "presencia moderada de conflicto", sugiriendo una conciencia y manejo más realista de los conflictos en sus relaciones, quizás como resultado de una experiencia más madura y reflexiva.

En el grupo de 39 a 48 años, aunque el porcentaje de aquellos que perciben los conflictos como "evidentemente insostenibles" es menor (7%), se observa una proporción considerable (12%) que reporta una "presencia moderada de conflicto". Esto podría reflejar una visión más equilibrada o adaptativa de los conflictos, con una mayor capacidad para gestionar y resolver los problemas de manera constructiva, posiblemente debido a la experiencia acumulada a lo largo de los años.

En general, los datos sugieren que los jóvenes adultos tienden a experimentar y percibir los conflictos de manera más extrema, posiblemente debido a la falta de experiencia o a una sensibilidad agudizada. A medida que las personas envejecen, tienden a desarrollar una perspectiva más equilibrada y adaptativa sobre los conflictos, probablemente gracias a una mayor experiencia y madurez en el manejo de las relaciones.

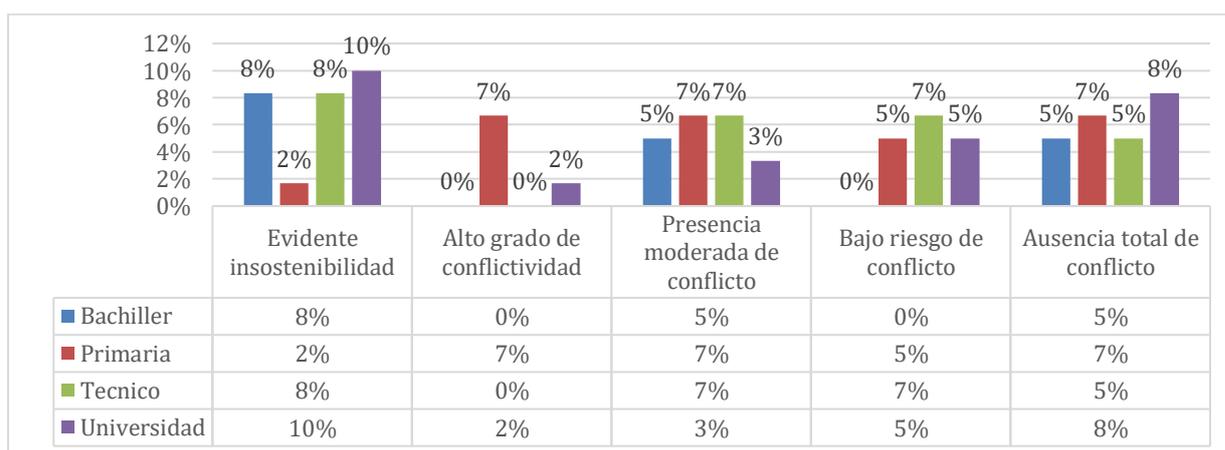
Cuadro N° 12

Percepción de conflictos según grado educativo

Conflictos de Pareja	Grado Educativo									
	Bachiller		Primaria		Tecnico		Universidad		Total	
	f	%	f	%	f	%	f	%	f	%
Evidente insostenibilidad	5	8%	1	2%	5	8%	6	10%	17	28%
Alto grado de conflictividad	0	0%	4	7%	0	0%	1	2%	5	8%
Presencia moderada de conflicto	3	5%	4	7%	4	7%	2	3%	13	22%
Bajo riesgo de conflicto	0	0%	3	5%	4	7%	3	5%	10	17%
Ausencia total de conflicto	3	5%	4	7%	3	5%	5	8%	15	25%
Total general	11	18%	16	27%	16	27%	17	28%	60	100%

Grafica N° 9

Percepción de conflictos según grado educativo



Al analizar la percepción de conflictos de pareja en función del grado educativo de los hijos que vivieron violencia en su infancia, se evidencian patrones interesantes que reflejan cómo el nivel educativo puede influir en la manera de enfrentar y percibir los conflictos en las relaciones.

Para aquellos con nivel educativo de “Primaria”, un 7% percibe los conflictos de pareja como de "alto grado de conflictividad", mientras que un 2% considera que los conflictos son "evidentemente insostenibles". Estos porcentajes sugieren que las personas con menor nivel educativo podrían enfrentar más dificultades para gestionar y resolver conflictos, posiblemente debido a la falta de recursos y estrategias que suelen adquirirse con una mayor formación educativa.

Por otro lado, las personas con “Bachiller” y “Técnico” muestran una percepción más equilibrada de los conflictos de pareja. Un 8% de los bachilleres y un 8% de los técnicos ven los conflictos como "evidentemente insostenibles". Sin embargo, el grupo de bachilleres no reporta casos de "alto grado de conflictividad", lo que puede indicar una menor exposición o intensidad en los conflictos. Los técnicos, a pesar de reportar un 7% de "presencia moderada de conflicto", no muestran alta percepción de conflictos insostenibles, sugiriendo que su formación les puede haber proporcionado mejores herramientas para enfrentar los conflictos.

En contraste, el grupo con “Universidad” presenta un 10% que percibe los conflictos como "evidentemente insostenibles", y un 2% con "alto grado de conflictividad". Esto podría indicar que, a pesar de tener un mayor nivel educativo, las personas pueden tener una percepción más crítica o desafiante de los conflictos en sus relaciones, posiblemente debido a una mayor capacidad para reflexionar y analizar las dinámicas de pareja con profundidad.

En general, estos resultados sugieren que el grado educativo influye en la percepción de los conflictos de pareja. Las personas con menor nivel educativo pueden enfrentar y percibir los conflictos de manera más intensa, mientras que aquellos con niveles educativos más altos pueden tener una mayor capacidad para manejar y analizar los conflictos, aunque no siempre necesariamente evitan una percepción crítica de los mismos.

Objetivo N° 4. Establecer el grado de infidelidad que presentan en sus relaciones los hijos/as que en su infancia percibieron violencia entre sus padres

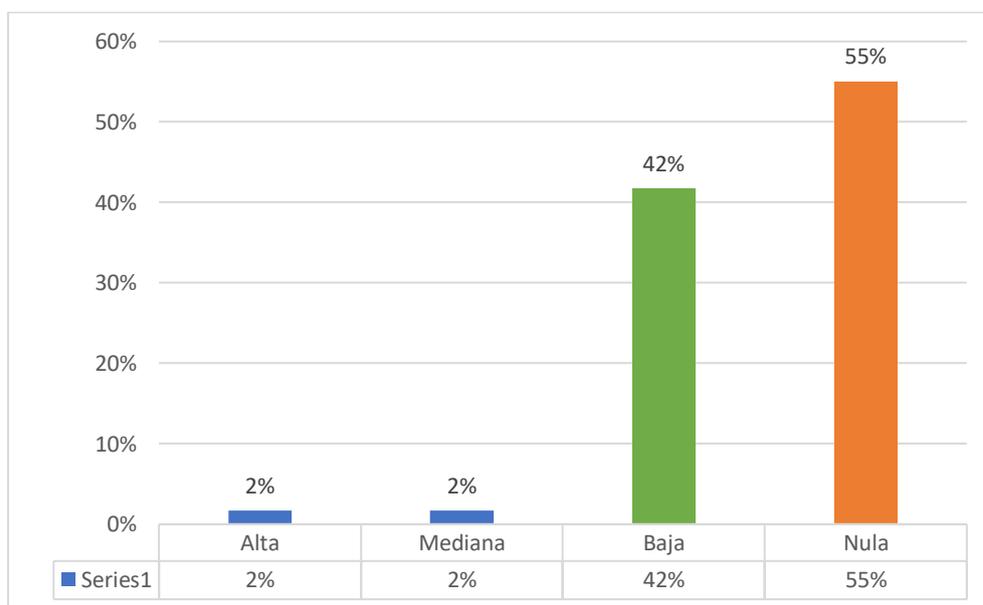
Cuadro N° 13

Nivel de infidelidad

Infidelidad	f	%
Alta	1	2%
Mediana	1	2%
Baja	25	42%
Nula	33	55%
Total general	60	100%

Grafica N° 10

Nivel de infidelidad



Al revisar los resultados sobre el grado de infidelidad en las relaciones de los hijos que vivieron violencia en su infancia, emergen patrones interesantes que reflejan cómo estas experiencias pueden influir en la fidelidad en las relaciones amorosas.

La mayoría de los encuestados, un 55%, reporta una infidelidad nula. Esto sugiere que una gran parte de estos individuos se esfuerza por mantener relaciones monógamas y estables, a pesar de haber experimentado violencia en su hogar durante la infancia. Esta tendencia podría estar relacionada con un deseo consciente de romper con patrones disfuncionales del pasado y crear relaciones basadas en la confianza y el compromiso.

Un 42% de los encuestados perciben una infidelidad baja, lo que indica que, aunque mantienen una mayoría de relaciones fieles, algunos pueden enfrentar dificultades para mantener la exclusividad en sus relaciones. Este grupo podría estar lidiando con inseguridades o problemas emocionales derivados de su crianza en un entorno violento, lo que puede influir en su comportamiento en las relaciones actuales.

En contraste, solo 2% de los encuestados reporta infidelidad alta o mediana, lo que sugiere que, aunque algunos individuos pueden tener problemas con la fidelidad, este no es un fenómeno predominante. La baja proporción de infidelidad alta podría indicar que, a pesar de los desafíos emocionales, muchos están comprometidos en hacer funcionar sus relaciones de manera ética y fiel.

Estos resultados sugieren que, aunque la violencia en la infancia puede tener un impacto en las relaciones adultas, no necesariamente se traduce en un alto grado de infidelidad. La mayoría de los individuos en este grupo tiende a mantener un compromiso fuerte y una fidelidad en sus relaciones, posiblemente como un esfuerzo consciente para establecer patrones más saludables y positivos que los que vivieron durante su infancia. Sin embargo, la presencia de infidelidad baja en una proporción significativa también indica que los desafíos emocionales derivados de experiencias pasadas pueden seguir afectando la dinámica de pareja.

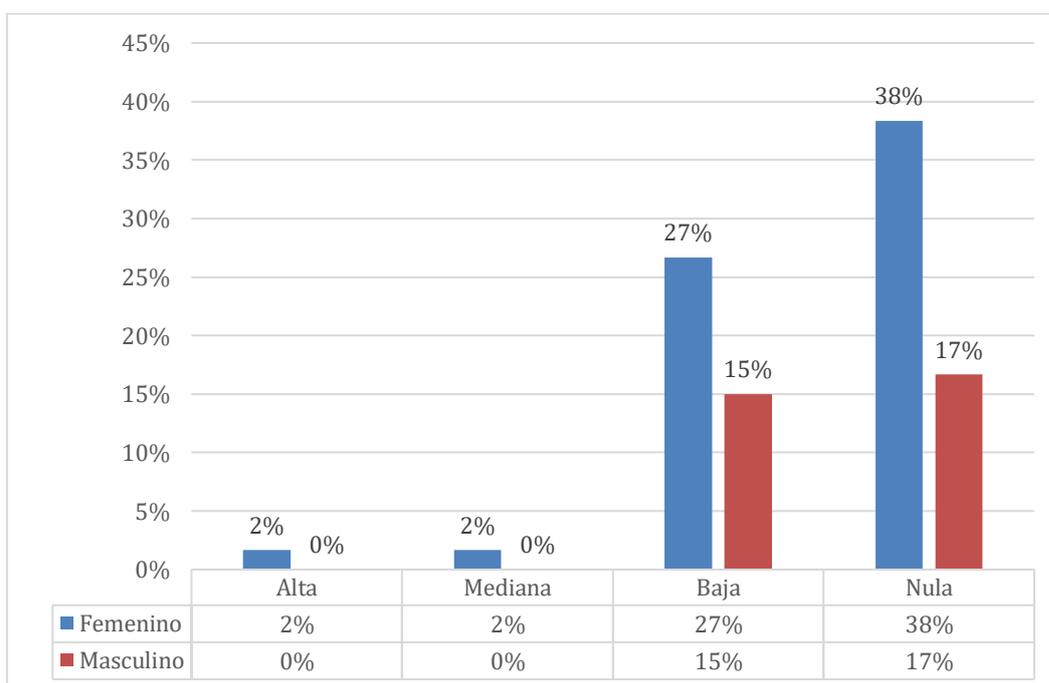
Cuadro N° 14

Nivel de infidelidad según sexo

Infidelidad	Sexo					
	Femenino		Masculino		Total	
	f	%	f	%	f	%
Alta	1	2%	0	0%	1	2%
Mediana	1	2%	0	0%	1	2%
Baja	16	27%	9	15%	25	42%
Nula	23	38%	10	17%	33	55%
Total general	41	68%	19	32%	60	100%

Grafica N° 11

Nivel de infidelidad según sexo



Al analizar los resultados de infidelidad en las relaciones de hijos e hijas que percibieron violencia entre sus padres durante la infancia, se observan diferencias según el sexo. De forma general, la mayoría de las personas, en ambos grupos, reportan niveles

bajos o nulos de infidelidad, con un 42% de los encuestados mostrando una baja tendencia a la infidelidad y un 55% declarando no haber sido infieles.

Desglosando por sexo, las mujeres tienden a mostrar una mayor fidelidad, con un 27% reportando infidelidad baja y un 38% infidelidad nula, frente al 15% y 17%, respectivamente, de los hombres. Este patrón sugiere que las mujeres pueden estar haciendo un esfuerzo consciente para evitar repetir los patrones conflictivos que vieron mientras crecían, en favor de relaciones estables y seguras.

Por otro lado, la ausencia de reportes de infidelidad alta o media entre los hombres podría sugerir una tendencia a minimizar o no reconocer estas conductas, posiblemente influenciada por las normas sociales que desalientan a los varones. expresión de vulnerabilidades emocionales Este hallazgo sugiere que, aunque ambos géneros buscan relaciones más seguras después de haber crecido en familias conflictivas, las mujeres parecen ser más propensas a priorizar el tema de la infidelidad como un mecanismo de protección y estabilidad emocional.

Estas diferencias podrían explicarse a través de la teoría del apego, *“donde las mujeres, tras experiencias de apego inseguro durante la infancia, buscan crear relaciones de apego seguro en la adultez”* Feldman (1998). Además, las normas de género que promueven la fidelidad femenina y el rol protector en las relaciones podrían estar reforzando este comportamiento. Por su parte, la mayor reticencia de los hombres a reportar infidelidad podría estar ligada a la presión social para mantener una imagen de control y fortaleza, lo que limita la expresión honesta de sus comportamientos en encuestas.

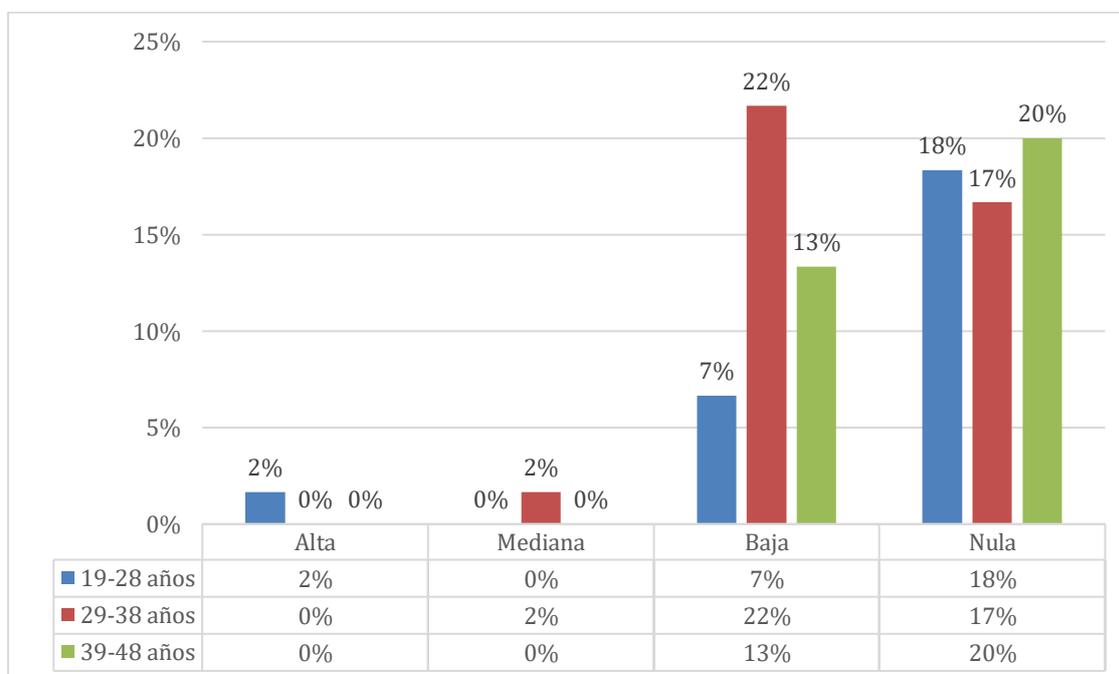
Cuadro N° 15

Nivel de infidelidad según grupo Etareo

Infidelidad	Grupo Etareo							
	19-28 años		29-38 años		39-48 años		Total	
	f	%	f	%	f	%	f	%
Alta	1	2%	0	0%	0	0%	1	2%
Mediana	0	0%	1	2%	0	0%	1	2%
Baja	4	7%	13	22%	8	13%	25	42%
Nula	11	18%	10	17%	12	20%	33	55%
Total general	16	27%	24	40%	20	33%	60	100%

Grafica N° 12

Nivel de infidelidad según grupo etareo



Al analizar los resultados sobre el grado de infidelidad en relaciones de personas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres, es evidente que la mayoría de

los participantes reporta niveles bajos o nulos de infidelidad, con un 42% mostrando una tendencia baja y un 55% indicando infidelidad nula.

El grupo etario de 19-28 años muestra un indicador de un 18% que refleja como infidelidad nula, lo que podría sugerir un esfuerzo consciente para formar relaciones estables y evitar repetir patrones de disfunción observados en su infancia. Sin embargo, también hay un pequeño porcentaje (2%) que reporta infidelidad alta, lo que podría ser un indicio de conductas experimentales o de búsqueda de validación en esta etapa temprana de la vida adulta.

Grupo etario de 29-38 años: En esta etapa, el 22% reporta una infidelidad baja y el 17% infidelidad nula. Estos datos pueden indicar que, aunque las personas en este grupo están comprometidas en relaciones más estables, aún enfrentan desafíos en términos de fidelidad, quizás debido a la presión de equilibrar las responsabilidades familiares y laborales, lo que puede generar tensiones y vulnerabilidades dentro de la relación.

Grupo etario de 39-48 años: Este grupo parece haber alcanzado un mayor grado de estabilidad en sus relaciones, con un 20% reportando infidelidad nula y un 13% infidelidad baja. La ausencia de infidelidad alta o media en este grupo podría reflejar un enfoque más maduro y pragmático hacia las relaciones, donde la estabilidad y la confianza son prioritarias. Esto puede estar vinculado a una mayor auto-reflexión y aprendizaje a lo largo de los años, así como a la importancia de preservar la unidad familiar y el bienestar emocional en esta etapa de la vida.

Desde la perspectiva de la teoría del apego, es posible que aquellos en el grupo de edad más joven aún estén en proceso de desarrollar un estilo de apego seguro, lo que puede explicar la mayor variabilidad en las conductas de infidelidad. A medida que las personas envejecen y adquieren más experiencia, es probable que busquen relaciones que refuercen un apego seguro y que sean menos propensas a conductas que puedan amenazar esa estabilidad. Además, la teoría del ciclo de vida familiar sugiere que, a medida que las personas pasan por diferentes etapas del ciclo vital, como la crianza de los hijos o la preparación para la jubilación, las prioridades y los valores en sus relaciones también cambian, lo que se refleja en los patrones de infidelidad observados.

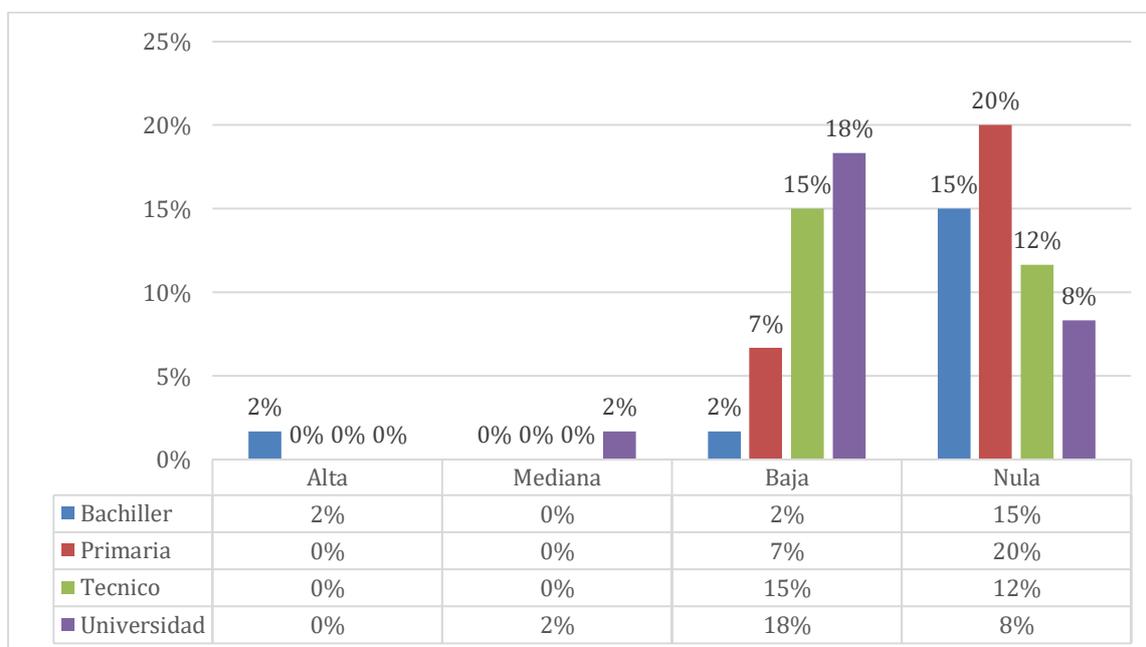
Cuadro N° 16

Nivel de infidelidad según grado educativo

Infidelidad	Grado Educativo									
	Bachiller		Primaria		Tecnico		Universidad		Total	
	f	%	f	%	f	%	f	%	f	%
Alta	1	2%	0	0%	0	0%	0	0%	1	2%
Mediana	0	0%	0	0%	0	0%	1	2%	1	2%
Baja	1	2%	4	7%	9	15%	11	18%	25	42%
Nula	9	15%	12	20%	7	12%	5	8%	33	55%
Total general	11	18%	16	27%	16	27%	17	28%	60	100%

Grafica N° 13

Nivel de infidelidad según grado educativo



Al analizar el grado de infidelidad según el nivel educativo de los individuos que en su infancia percibieron violencia entre sus padres, se pueden observar diferencias

notables que reflejan cómo la educación influye en las actitudes y comportamientos en las relaciones de pareja. Los niveles de infidelidad alta y media son prácticamente inexistentes en todos los grupos educativos, lo que sugiere que, independientemente del nivel educativo, la mayoría de las personas que vivieron situaciones de violencia en su infancia no muestran una tendencia significativa hacia la infidelidad extrema. Esto podría reflejar un rechazo consciente de conductas que podrían perpetuar los patrones negativos que observaron en su infancia.

Sin embargo, el grado de infidelidad baja varía según el nivel educativo, destacándose entre aquellos con educación técnica (15%) y universitaria (18%). En contraste, solo el 2% de los bachilleres y el 7% de quienes tienen educación primaria reportan un nivel de infidelidad baja. Esto podría sugerir que los niveles educativos más altos permiten un mayor acceso a recursos que fomentan el desarrollo personal y la reflexión sobre la conducta en las relaciones, lo cual podría llevar a una mayor conciencia y control sobre la infidelidad. Además, en términos de infidelidad nula, se observa que las personas con educación primaria (20%) y bachillerato (15%) son las que presentan los porcentajes más altos. Esta diferencia sugiere que los individuos con menor nivel educativo pueden adherirse más fuertemente a valores tradicionales que condenan la infidelidad, lo que podría estar vinculado a un contexto sociocultural que promueve la fidelidad como un valor central en las relaciones.

Estas tendencias podrían estar relacionadas con la teoría del aprendizaje social, que sugiere que las personas modelan sus comportamientos a partir de las experiencias y observaciones de su entorno. Aquellos con mayor educación pueden estar más expuestos a discursos que cuestionan y analizan críticamente las dinámicas de poder y comportamiento en las relaciones, lo que podría influir en sus decisiones respecto a la fidelidad. Por otro lado, aquellos con menor educación pueden estar más influenciados por normas culturales que valoran la estabilidad y la fidelidad, lo que podría explicar los niveles más bajos de infidelidad en estos grupos.

5.1. Análisis de Hipótesis

En base a los resultados presentados, se presenta el siguiente análisis de hipótesis:

Hipótesis N° 1.

La fase de violencia que presentan los hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres, es de nivel medio.

La hipótesis planteada sostiene que los hijos e hijas que perciben violencia entre sus padres en su infancia presentan un nivel de violencia intermedio. Al observar los datos presentados en el análisis, se ve que el 93% de los encuestados perciben la violencia entre sus padres como baja y solo el 7% de ellos la percibió como medio baja la violencia de género. Estos resultados indican que la gran mayoría de los hijos e hijas intenta minimizar la gravedad de la violencia que presencian en sus hogares.

Por lo tanto, los resultados permiten rechazar la hipótesis que postulaba un **nivel medio de percepción de violencia** debe ser rechazada, ya que los resultados muestran predominantemente una percepción de **violencia baja**.

Hipótesis N° 2.

Los estilos de amor predominante en los hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres corresponde, a amor de entretenimiento lúdico (juego).

La hipótesis establece que el estilo de amor predominante en los hijos e hijas que percibieron violencia entre sus padres corresponde al amor de entretenimiento lúdico (Ludus). Según los resultados, el estilo Ludus muestra una notable variabilidad, con un **40%** de los participantes ubicándolo en niveles muy altos, mientras que un **18%** lo percibe como muy bajo (estilos de amor). Aunque una parte significativa de los hijos parece desarrollar este tipo de amor basado en el juego y la no seriedad en las relaciones, otros no comparten esta tendencia.

Con base en esta distribución, la hipótesis **puede ser aceptada parcialmente**, ya que una proporción considerable adopta el estilo Ludus, pero no es dominante en todos los casos.

Hipótesis N° 3.

Los conflictos en pareja que tienen los hijos e hijas, que en su infancia percibieron violencia entre sus padres, se debe al manejo de los celos como relación insostenible de conflicto.

La hipótesis sugiere que los hijos/as que en su infancia percibieron violencia entre sus padres experimentan conflictos de pareja debido al manejo de los celos como un factor insostenible. Sin embargo, al analizar los resultados, no se observa una relación directa entre los celos y la insostenibilidad de los conflictos. Gran parte de estas personas percibe los conflictos como insuperables y destructivos, pero sin señalar los celos como el principal detonante. Una proporción significativa adopta una visión más moderada o tiende a evitar los conflictos por completo. Estos resultados reflejan una amplia gama de percepciones, lo que lleva a rechazar la hipótesis, ya que no se identifica evidencia clara que vincule los celos con la insostenibilidad de las relaciones.

CAPÍTULO VI. CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

6.1. Conclusiones.

En respuesta al Objetivo N° 1, **Analizar la percepción que tuvieron los hijos e hijas durante su infancia sobre la violencia entre sus padres.**

Los resultados revelan que el 93% de los hijos e hijas perciben la violencia entre sus padres como baja, lo que puede deberse a la normalización de conductas violentas en el hogar y a mecanismos de defensa psicológicos para reducir el impacto emocional. Las mujeres tienden a minimizar más la violencia que los hombres, probablemente debido a una mayor exposición a la violencia de género. Los participantes de 29 a 38 años muestran una mayor prevalencia de percepción de violencia baja, mientras que los más jóvenes son más conscientes del problema. La minimización es común en todos los niveles educativos, influenciada por la falta de información o la internalización de normas culturales.

Respondiendo al Objetivo N° 2. **Identificar los estilos de amor predominante en los hijos/as que en su infancia percibieron violencia entre sus padres.**

Los resultados sugieren que los estilos de amor en los hijos que presenciaron violencia en sus hogares varían significativamente. El estilo Ludus, caracterizado por relaciones superficiales y sin compromiso, es predominante en un grupo considerable, lo que sugiere que estos individuos evitan relaciones profundas para protegerse del dolor emocional. Sin embargo, otros estilos también muestran presencia relevante, como el estilo Manía, que se manifiesta en relaciones obsesivas y dependientes, indicando patrones disfuncionales. En general, los hijos que percibieron violencia parecen optar por estrategias que los alejan del compromiso emocional, en un intento de evitar la vulnerabilidad.

Respondiendo al objetivo N° 3. **Evaluar la percepción de conflictos de pareja que tienen los hijos e hijas que en su infancia percibieron violencia entre sus padres.**

Los hijos e hijas que presenciaron violencia entre sus padres en la infancia muestran una diversidad significativa en la percepción de los conflictos de pareja. Un 28% los considera insostenibles, lo que refleja una visión destructiva de las relaciones, mientras que un 22% tiene una perspectiva moderada y un 25% reporta ausencia de conflicto, lo que sugiere una tendencia a evitar confrontaciones. Las mujeres tienden a percibir los conflictos de manera más alarmante que los hombres, quienes adoptan una

postura más pragmática. La percepción también varía con la edad, siendo los más jóvenes los que ven los conflictos de manera más extrema, mientras que los mayores muestran un enfoque más equilibrado. El nivel educativo influye igualmente: quienes tienen menor formación perciben los conflictos de manera más intensa, mientras que aquellos con mayor formación los manejan de forma más pragmática. En resumen, las experiencias de violencia influyen, pero estas percepciones dependen del género, la edad y el nivel educativo.

6.2. **Recomendaciones**

Para personas que vivieron en un ambiente de violencia

1. **Buscar apoyo psicológico:** Es vital asistir a terapia para procesar las experiencias de violencia y evitar replicar patrones dañinos en las relaciones adultas.
2. **Fortalecer habilidades de comunicación:** Desarrollar habilidades para gestionar conflictos y expresar emociones puede ayudar a construir relaciones más saludables.
3. **Reconocer los patrones:** Identificar y aceptar que las dinámicas conflictivas vividas en la infancia pueden influir en la vida adulta es un primer paso hacia la sanación.

Para las autoridades

1. **Desarrollo de programas preventivos:** Implementar programas en escuelas y comunidades que enseñen a los niños a manejar conflictos y a reconocer conductas violentas en sus hogares.
2. **Capacitación en salud mental:** Capacitar a profesionales de la salud y educación sobre los efectos a largo plazo de la violencia familiar en la vida adulta para brindar una intervención oportuna.
3. **Fomentar la participación de la universidad** para trabajar con campañas de sensibilización y crear espacios de diálogo entre estudiantes, comunidad y autoridades.

Para la población en general

1. **Fomentar la concienciación:** Promover la sensibilización sobre los efectos duraderos de la violencia infantil y cómo estas experiencias influyen en las relaciones adultas.
2. **Promover el apoyo comunitario:** Crear espacios seguros en las comunidades donde las personas puedan compartir sus experiencias y recibir apoyo para superar los efectos de la violencia.
3. **Responsabilidad compartida:** La sociedad debe reconocer que romper los ciclos de violencia es una tarea conjunta, que incluye el apoyo a quienes han sido víctimas.

Para futuros investigadores

1. **Efectos a largo plazo:** Ampliar estudios sobre cómo la violencia infantil impacta otros aspectos de la vida adulta.
2. **Intervención temprana:** Investigar la efectividad de programas de intervención en niños que presencian violencia.
3. **Estilos de amor:** Explorar cómo factores culturales y socioeconómicos afectan los estilos de amor.
4. **Variables culturales:** Considerar diferencias culturales en la percepción de la violencia.
5. **Análisis longitudinales:** Seguir a individuos en el tiempo para ver cómo evolucionan los patrones de comportamiento.
6. **Influencia del género:** Profundizar en cómo las normas de género afectan el manejo de los conflictos e infidelidad.
7. **Apoyo social:** Estudiar cómo el apoyo social en la adultez mitiga los efectos de la violencia infantil.